

Literatura hispanoamericana

LA RUMBA

**Ángel de Campo
y Valle**
(1868-1908)


BIBLIOTECA DIGITAL
del ILC

La rumba

COLECCIÓN AUTORES DEL SIGLO XIX

COORDINACIÓN GENERAL DE INNOVACIÓN EN
TECNOLOGÍAS EDUCATIVAS BIBLIOTECA DIGITAL

Diseño de portada:

Primera edición, 2009

Ángel de Campo y Valle

D.R. INSTITUTO LATINOAMERICANO DE LA
COMUNICACIÓN EDUCATIVA

Calle del Puente #45 Col. Ejidos de Huipulco 14380 México D.F.

Coordinación General de Innovación en Tecnologías Educativas

Las particularidades de esta edición están protegidas por derechos de autor

Hecho en México

La rumba

Primera edición

Ángel de Campo y Valle

INSTITUTO LATINOAMERICANO DE LA
COMUNICACIÓN EDUCATIVA

I

La iglesia era una ruina; el terciopelo del musgo bordaba las cornisas, daba tintes negruzcos a la cúpula y descendía en alargadas manchas hasta el piso como si fuera el rastro de seculares escurrimientos de lluvia.

Se perfilaba tristemente su torre sin campanas en el incendio de la púrpura vespertina; recortábase como una filigrana en el horizonte, bocas de fragua parecían o sus ventanas ojivales y ligera red de alambres sus enmohecidas rejas. Diríase que era una momia, oscura, con huellas de lepra, respirando muerte si algunos pájaros en festivo grupo no alegraran el silencio del abandonado campanario. Abatíanse en los florones de la cúpula, aleteaban en la torcida cruz, picoteaban el libro abierto que tenía en la mano un santo de cantería, y atronaban entrando al coro —per los vidrios rotos o viajando de una enorme cuarteadura llena de nidos al alambre del teléfono y de ahí a un árbol de pirú, que lloraba sus frondas cargadas con racimos de coral sobre los arcos de la casa del cura.

Siempre estaba cerrada por falta de culto. Los domingos, repicaba su campana rajada llamando a la única misa que se celebraba: la de doce.

Alzábase carcomida sobre el enjambre de casucas miserables del suburbio y haciendo más grande la soledad de La Rumba, inmensa plazuela que se extendía a su frente y en la cual desembocaba un dédalo de oscuras callejuelas.

La Rumba tenía fama en los barrios lejanos; contábase que era el albergue de las gentes de mala alma; una temible guarida de asesinos y ladrones, y citaban el nombre de un Florencio Carvajal, que debía siete vidas; Marcos Pezuela, zapatero, había envejecido en Belén y después de extinguir su condena se había refugiado en aquel vivero de malhechores.

Y era triste aquel lugar enorme, desierto; una fuente seca que servía de muladar era el centro; los desechos de todo el vecindario: ollas rotas, zapatos inconocibles, inmundicia, hasta ramos de flores marchitas de la parroquia

se hacinaban en aquella fuente, de la que surgía una cruz de piedra, que conservaba pedazos de papel dorado, colgajos de papel de China y una podrida guirnalda de ciprés, restos quizá de alguna fiesta, destruidos por la lluvia, el viento y la intemperie.

Un chopo escueto se bamboleaba a su lado, tan falto de frondas y llenos de varejones, que parecía una escoba de ramas secas enterrada en el polvo.

En derredor corría un círculo de casas. Bajo un portal estaba un tenducho: La Rumba; en una esquina la pulquería Los ensueños de Armando; en las enmohecidas rejas de la casa menos vieja y en el fondo de un pizarrón, el blanco letrero de Amiga Municipal; una maderería elevaba hasta el cielo una pirámide de tablones que sobresalían de las tapias, y más allá arrojaba un penacho de humo la negra chimenea de no sé qué fábrica.

Reinaba un profundo silencio en aquel lugar; llegaban confusos los toques de corneta del cuartel cercano. De un lado a otro no podía distinguirse a una persona y aparecía como una mancha amarilla el tranvía que desembo-caba del callejón del Tecolote.

Sonaban lejanos, metálicos, los martillazos de una herrería: la de Cosme Vena, que se adivinaba en la acera contraria por el manchón rojizo de las ascuas en el fondo de una casuca.

Raros eran los transeúntes: el cura que atravesaba de la parroquia a la tienda; a las once, los soldados que hacían la limpieza de los caballos en La Rumba, y les daban agua en larga pileta pegada a la tapia de la Iglesia; algunos arrieros que se apeaban en la pulquería y dejaban vagar sus recuas en el polvo, mientras el jefe desensillaba su rocinante y en un ayate le despar-ramaba un poco de trigo, y con un cabestro lo ataba al chopo. El animal comía a la delgada sombra del árbol, importunado por la negra nube de moscas que surgía de las basuras de la fuente y lo acosaban sin que cesara de sacudir su cola enlodada a diestra y siniestra.

Alguna mujer enmarañada, encorvada, sucia, sin rebozo, descubierta la camisa grasienta, acarreaba grandes cubos de agua para la atolería, en la que

palmoteaban, lanzando soeces carcajadas, las tortilleras.

Los hombres eran de rostros patibularios, amarillentos, de mirar siniestro, ensabanados, con cara de convalecientes del hígado, silbando en la esquina, charlando todos con el gendarme, que empolvado y sudoroso, caldeado por un sol fundente, se refugiaba en la fresca pulquería, cuya húmeda atmósfera arrojaba a la acera encandecida un hálito rerefrigerante.

Los perros se encarnizaban en los montones de basura; uno que otro pordiosero los espantaba para buscar hilachos, removiendo los montones y haciendo relampaguear los fondos de botellas, insensibles al olor de la inmundicia calcinada y de los gatos muertos achicharrados por el sol.

Pero llegaba la tarde, calmábase el calor, volvían los artesanos del trabajo, sonaba allá melancólica el arpa de un aguador, y más acá la vihuela del zapatero; cantaban sonos tristes y lánguidos, a los que hacía segunda el de la tienda, un bajo profundo.

Vomitaba la puertecilla de la Escuela una turba de muchachos que correteaban dándose empellones, tirándose pedradas, gritándose sobrenombres, y lanzando estridentes silbidos. Unos lloriqueaban, golpeábanse otros y dejaban en sus casas pizarras, silbarios y sombreros para retozar en el polvo de la plazuela.

El sol bajaba proyectando en el suelo la sombra enorme de la iglesia.

En la rubia transparencia del ocaso, como negro dibujo en fondo de oro, destacaba sus labrados el campanario, se erguía el palo del teléfono; fugaces siluetas de pájaros nadaban en el ardiente crepúsculo y con finas y delicadas líneas se cinceleban las secas ramazones del escueto chopo.

Entonces los acentos languidecían, resonaban los toques del cuartel y respondía el eco a lo lejos; repiqueteaban los cascabeles del tranvía y se oían claros los acordes de la vihuela rasgueada con furor en casa del zapatero y acompañando a un coro de borrachos que cantaban gemebundas canciones de celos y profundo amor.

Parecía aquello un pueblo perdido en los arenales de no sé qué desierto, pero cruzaba los aires el Angelus tocado en Catedral; susurraba a lo lejos la gran ciudad; perdíanse en las sombras sus altas torres, sus elevados edificios y eso hacía más grande el contraste de aquel suburbio triste. Llegaba el sereno, trepaba la escalera de mano y prendía el farol que colgaba de un alambre y dos postes y la flama fuliginosa describía un círculo sangriento en el negror de tinta de aquella plaza envuelta por la sombra.

Delgadas rayas de claridad se filtraban por las rendijas, hacían un lunar de luz en los respiraderos de las puertas ya cerradas, con excepción de la tienda, la atolería, cuyo brasero flameaba con llamas azuladas, y la herrería de Cosme Vena, cuyo horno encandecido arrojaba llamaradas de infierno; su reflejo, rojo y larguísimo como un cono de lumbre se proyectaba en las tinieblas de la plazuela, daba perfiles diabólicos a los transeúntes que pasaban por su puerta, y se oía en el silencio el fatigoso resoplar del fuelle y el metálico chocar del yunque y el martillo que arrancaban chispas a las barras de fierro hechas ascuas.

En las noches lóbregas nadie cruzaba La Rumba; el viento gemía medroso removiendo las basuras, levantando olas de polvo y silbando en las callejuelas, y se adivinaban cerca de las fuentes grupos vagamente destacados; eran parejas de amantes que ocultaban en la sombra sus relaciones.

Las noches de lluvia se hacía un lago de la inmensa Rumba, lago en que flotaban cadáveres de animales, pedazos de sombreros de palma, ollas destilladas, petates deshechos y hojas de maíz con canastas desfondadas y zapatos boquiabiertos.

Danzaban en los sucios charcos el relámpago de la fragua y la moribunda luz de la tienda, en cuyo dintel una vendedora de elotes lanzaba su plañidero grito que tenía todo el acento de un sollozo.

Cuando había luna, edificios y plazuela ofrecían el contraste de la luz y la sombra; el negro y el suave reflejo de la vía láctea que el astro arrojaba a las paredes blancas. Todos los muchachos salían de sus casas desarrapados; sin

zapatos; niños de dos años de paso no firme, con ropón y sin calzones, y los menores, barrigones, de piernas flacas, hirsutas greñas y completamente desnudos. Las muchachas cargaban a los recién nacidos envolviéndolos en harapientos rebozos. El horizonte se agrandaba en el inmenso fondo de nubes cenicientas. En un lago de oscuro azul vagaba dulce, lenta la luna. ¡Cómo ardían los azulejos del campanario! ¡Cómo parecían de plata las ramas del chopo y tenían brillazones fosforescentes los guijarros del muladar! Parecían placas de metal las vidrieras relampagueantes y espectros las mujeres vestidas con trajes claros. El zapatero sacaba a la acera su silla y en pechos de camisa rasgueaba ahí la guitarra rodeado de los ebrios cantores, mientras los recién nacidos, boquiabiertos, mudos, babeantes, miraban la dulce marcha de la luna sin parpadear, la luna que prendía una chispa en sus ojos admirados.

Afuera retozaban los chicuelos. Allá encorvado Chito hacía de burro y se oían claros los palmotazos que daban en sus espaldas. Más acá, un grupo jugaba a los soldados y la gritería que imitaba a las trompetas era atroz. Casi en la sombra se veía una vidriera abierta, una lámpara con globo opaco: era la pieza del cura y bajo sus balcones jugaban al toro los hijos del tendero y la atolera, oíanse los toques de mando ¡tararií! los gritos ¡torooo! ¡éntrale toro pinto! El que hacía de toro, abatida la cabeza, en ademán de embestir, correteaba a todos, lanzaba resoplidos de fiera y rojo de fatiga, sudando, sin tregua, perseguía a los que mariposeaban frente a él blusas y chaquetas. Tomaba a uno del brazo, ¡no se vale! ¡estoy en valla! gritaba el prisionero pugnando por desasirse, pero no había remedio, sufría una feroz embestida. Cabalgaban los picadores armados de carrizos en los hombros de los más fuertes, y estallaban disputas a cada suerte.

Los perros, locos, alegres, correteaban también, ladraban, se metían entre las piernas y lanzaban mordiscos a los trapos o a los fondillos de los pantalones.

Las niñas, más tranquilas que los varones, se refugiaban en las escalinatas del templo, hacían un muñeco de un envoltorio de trapos y oprimiéndole contra el regazo, lo mecían como se aduerme a un niño; recitaban larga charla maternal, monólogos tiernos, o cantaban:

Duérmeme niñito duérmeme yáa, etc.

Y seguían su arrullo murmurando, chó, chó, chó, ai viene el coco.

Sus juegos eran más serios, hacían comiditas con pedazos de papel y pedrezuelas. Fingían visitas:

—Señorita, ¿está usted bien?

—Bien, ¿y usted?...

—¿Y el señor?

—Se fue al trabajo.

—¿Y el niño?

—Mírelo usted, está dormido.

Y destapaba el envoltorio de trapos mostrándolo con maternal complacencia.

—¡Qué gordo! Pues ya vengo, señorita; memorias al señor.

Y lleno el cuerpo de dulces meneos, tapándose con el rebozo, paseaba al nene.

Los chiquillos querían tomar parte en el juego: pero les pegaba y poníanse a sollozar:

—Te voy a acusar con mi mamá.

—Vaya, soplón! ... vaya; al fin que no me hacen nada —y le sacaban la lengua.

—Ora verás —gritaba la madre desde la accesoria—. Ora verás, Justa; sigue, y te pego.

Pero Justa lanzaba al chico frases insultantes.

—¿Cuánto te dieron por el chisme?

—¿Qué te importa?

—Come torta.

—En tu boca se conforta.

—¡Cállese, tarugo!

—Taruga serás tú, que el otro día... Anda; me alegro.

Y, como quien rasguea una guitarra, rascábase la barriga el desvergonzado monigote.

Tales disputas acaban por golpes, y tales golpes precedían a feroces tundas que les daba a los beligerantes la madre.

Había una muchacha seria entre aquéllas, una rapazuela que no jugaba ni al pan y queso, ni al San Miguelito, ni a las visitas. Decíanle la "Tejona" por su cara afilada y sus modales broncos; era la hija de D. Cosme Vena, era Remedios.

Prometía ser una mujer de aspecto varonil; rasgaban casi su estrecho vestido las formas precozmente desarrolladas, con enérgicas curvas. Era muy niña; pero en sus ojos de dulzura infantil, cruzaban a veces esos relámpagos elocuentes, esas miradas de mujer que en nada se parecen al candor. Acentuábase el relieve de sus labios de sonrisa impúdica, acorde con la nariz picarescamente arremangada y el andar atrevido, el ademán provocativo de la muchacha, la más bonita del barrio. Era muy niña; pero ya el cura la detenía en el confesonario más tiempo que a las otras muchachas de la

Doctrina; el tendero le tomaba la mano, se la oprimía largo rato, mientras ella reía como una loca, echando atrás sus opulentas y negrísimas greñas.

Era suave el cutis de su enérgica garganta morena y robustos sus brazos, que tenían algo de pétalos de flor entrevistos por las desgarraduras de las rotas mangas. Los muchachos la temían por sus fuerzas. Chito quiso un día abrazarla, decirle al oído frases aprendidas muy temprano, que ella sin comprender sospechaba qué decían, y derribó a Chito de un empujón y Chito era el valiente entre los chicos de La Rumba.

Remedios trabajaba como un hombre: su padre el herrero, ebrio consuetudinario, la ocupaba en el oficio como a un oficial cualquiera; levantaba grandes barras, golpeaba con pesados martillos, mordíase la lengua, se bebía el sudor, pero no daba tregua al golpear constante de barandales y pies de cama. En aquel antro había crecido sólida como aquellos metales, ardiente como aquellas llamas que hacían brillar sus pupilas como ascuas, templada como el acero para el trabajo y muerta ya bajo la suave ternura de su pecho la poesía de la virgen, pero con la cabeza poblada por los caprichos de la mujer.

Era hosca, feroz, intratable. Cuando su padre estaba ebrio y le arrojaba puñetazos, ella los paraba como un maestro de pugilato y daba lástima ver en su epidermis de capullo tierno los moretones, rastros de la cólera brutal del herrero.

Nada le llamaba la atención si no era el tranvía a cuyos pasajeros veía, y si eran mujeres bien vestidas, con insistencia mayor.

Guardaba como un avaro los centavos que pedía descaradamente al tendero en medio de coquetas muecas y miradas que subyugaban al rubio mocetón.

Su mejor paseo, su felicidad mayor era ir al centro, ponerse zapatos, vestir la enagua morada y el tapalillo a cuadros, única prenda elegante de aquel barrio en que todas usaban rebozo.

Al volver de aquellas correrías sentábase en el quicio de la puerta y muda, seria, algo triste, repasaba los cuadros tentadores de aquellas calles concurridas; si volvían el rostro los hombres cuando ella pasaba, le lanzaban soeces galanteos, la seguían, se veía en los escaparates y platicaba con Guadalupe, una amiga modista, que le había enseñado muchas cosas... Amargas cosas que despertaban en su interior un deseo vago, no definido de algo que no fuera su existencia de bestia de carga y aquellos recuerdos la ponían pensativa, mugía en su interior una cólera oculta, una sorda rebelión contra su suerte; hacía castillos en el aire, los castillos que puede hacer una muchacha ignorante; se desalentaba, pero el recuerdo de las calles concurridas volvía a aguijonearla, odiaba a las elegantes, a las rotas que visten de seda; sentía una inmensa rabia de ser una cualquiera y casi sollozaba cuando oía a sus espaldas el roncar del fuelle, el choque del yunque, el chisporroteo de las brasas y a su frente miraba La Rumba, negra, sola, oliendo a muladar, poblada de perros hambrientos que aullaban: se ponía en pie, miraba a lo lejos, flotaba sobre la ciudad oscura y dormida, como una bruma luminosa, el reflejo de la luz eléctrica, murmuraba no sé qué frases, como si soñara en voz alta diciendo;

—Yo he de ser como las rotas...

II

El boleterero dormitaba apoyado en la plataforma del vagón con los brazos cruzados y la gorrilla sobre los ojos; un señor notario hacía gestos. Llevaba poco tiempo de usar dientes postizos, quizá no hechos a la medida, porque los sacaba y metía con movimientos de lengua; tales visajes ponían nervioso a un cura que se sofocaba envuelto en los amplios pliegues de una capa española que dejaba descubierta a veces una sotana enrollada sobre el abdomen; veía con atención al notario y a los pocos momentos no sé qué tendencias imitativas le producían movimientos nerviosos en la boca; un empresario de carros, de zapatos enlodados y rostro asoleado, se refugiaba en rincón opuesto, alzaba los pies sobre el asiento, subía la persiana y poniéndose el gris fieltro sobre los ojos, roncaba momentos después. El gran Cornichón, con el sombrero de paja y cinta negra, echado atrás, un

gran puro en la boca y el brazo en la ventanilla abierta, se entretenía en leer todos los letreros de casas de comercio. Muy fastidioso era aquel viaje de las dos de la tarde. Un sol de infierno convertía el pequeño vagón en una hornaza: la resolana deslumbraba y los pasajeros tenían que cerrar vidrios y persianas; mareaban el polvo y el humo de los cigarros, adormecían con venenoso sueño, provocado por la digestión, el calor y la marcha lentísima del vehículo. Sudaba el señor cura, impacientábase el notario de los dientes, que se quitaba el sombrero y se hacía aire con un periódico; dormía el carrero con rostro de apoplético y despertaba sobresaltado cuando una mosca se le paraba en los labios, cosquilleaba sus narices, o una detención brusca del tren lo precipitaba fuera del asiento. Cornichón seguía deletreando, empuñaba la gran cartera de cobranzas amarilla, menos acalorado que los demás, gracias a su saquillo de alpaca negra.

Lástima causaba ver al vehículo cuando atravesaba la enorme plazuela de La Rumba bañada del sol y reverberante; el cochero silbaba dormitando, sosteniendo apenas las riendas de la mula, que caía de cabeza, oscilantes las orejas y tranquilo el paso, rumiaba el freno. Cuando Remedios, conocida por el nombre de La Rumba subía, todo cambiaba; el boletero, muy político la saludaba gorra en mano y muy ruborizado; el notario suspendía el movimiento de mete y saca de su dentadura; el cura abría un solo ojo para verla y el carrero adoptaba una postura decente; pero el más complacido era Cornichón: ¡cómo se iluminaba su fisonomía! ¡cómo brillaban sus ojos azules y qué de prisa pagaba al boletero, que con la punta de los dedos ofrecía la vuelta a la gentil costurera, y haciendo equilibrios para no caer, cogido de los tirantes y murmurando un "usted dispense" para cada pisotón, volvía a la plataforma prendiendo en el alfiler de seguridad de su solapa los boletos recogidos.

Cornichón y La Rumba dialogaban; él martirizando su bigote cobrizo y ella magullando el bulto de telas que llevaba bajo el tápalo.

Era una mujer hermosa, una de esas que ponen fuera de sus casillas a los devotos de lo monumental, y ella lo era por su alta estatura, su robustez y aquel aire de diosa guerrera de su rostro, aquel mirar que penetraba hasta la médula y aquella sonrisa nada mística de sus labios gruesos, rojos, húm-

edos y sanos.

El calor de la siesta le daba una peligrosa hermosura; tal parecía que circulaba lumbre en sus venas, pues llevaba las mejillas y las orejas enrojecidas y la fatiga hacía latir su seno levantando la pañoleta de estambres azules que lo cubría.

¿Qué platicaban ella y Cornichón? El Notario, muy quieto, los observaba; el carrero estaba verdaderamente nervioso y el señor cura se ponía serio, pero ¡nada! su cuchicheo los impacientaba sin que oyeran una frase clara, y sólo de vez en cuando ella se torcía en el asiento y lanzaba una carcajada que hacía volver en sí al de los carros, que comenzaba a dormirse de nuevo, refunfuñar al eclesiástico y sacar de quicio la dentadura del notario.

Eran novios, no cabía duda; el boletero juraba que el barcelonete no tenía cobro que hacer por aquellos rumbos; además, la costurera siempre se iba al taller a pata, así es que no había duda, algo traían entre manos. Y, también, ¿qué significaba aquello de estar dos horas en una esquina para despedirse?

Era cierto; el empleado de la Última Confección era novio de Remedios, costurera de la Casa de Modas de Madame Gogol, "Modista de París".

La Rumba comenzaba a realizar su sueño; pasar de una herrería a un taller de calle céntrica había sido un paso bastante largo; ser amada por un Cornichón era casi estar en los umbrales de la dicha.

Aquella tarde llegó Remedios muy preocupada al taller. Cornichón le había hablado de cosas que la sumían en profundas reflexiones. Con acento mal seguro le juró y perjuró que la amaba mucho y ¡si vivieran juntos!... y al despedirse con aire solemne le dijo al oído: "Tengo que hablarle a usted de un asunto muy serio."

Fue ella al Cajón de Comichón, que vendía en aquellos momentos una vara de felpa a cierta señora.

—¿Nada menos?

—Es el último precio...

—¿Y no tiene usted una más barata?

—Pero no de esta clase.

—¿A ver?

Y Napoleón, después de revolver la tienda dejó caer dos o tres piezas del género en el mostrador, y con la vista baja y pintando rayas con el lápiz que tenía tras la oreja, habló en voz baja a La Rumba, que muy mortificada, con la vista fija en un hacinamiento de tapetes, hacía signos negativos con la cabeza. El parecía impacientarse.

—Conque, ¿en qué quedamos?

—No, eso no, Napoleón, no conviene.

—¿Quiere decir ~~—mordiéndolo~~ ~~el lápiz~~ y con rostro adusto ~~—~~, quiere decir que usted no me quiere ya?

—Sí, hombre, pero ya sabe usted que no puedo, no puedo...

—¿No soy un caballero? ¿Cree usted que si de mí dependiera no hubiera ya...? Remedios, me caso, pero... pero habiendo amor nada tiene de participar un viajecito aquí cerca, nada más a Toluca.

—¿Y ésta me la da usted más barata? ~~—~~interrumpió la de las felpas.

—Ya sabe usted, dos pesos ~~—~~respondió Cornichón a la compradora,

—Es usted muy carero. Doce reales... (con ojos dulces) .

—(Sonriendo irónicamente.) No se puede...

—Entonces vuelvo.

—Conque ¿qué sucede?

—No... no... no. Cornichón, una cosa es una y otra es otra...

Mire usted, ahora que salga hablaremos y la convenceré a usted.

Veremos... ¿cuánto es del forro?

—Nada...

—¿Cómo nada? Tenga usted —pero el dependiente no quiso admitir el dinero y la muchacha salió desconcertada.

—¿Qué haría? Su cabeza era un mundo de encontradas ideas, debía reflexionar. Cornichón pedía una resolución violenta... ¿qué responderle?

Entró a los portales, en los que se oprimía un apiñado gentío... comenzaban las luces a encenderse, los vendedores desbarataban sus puestos de mercería y juguetes; italianos vestidos de cocineros con blanco gorro y delantal, rebanaban jamones, galantinas y chorizones en el fondo de zaguanes vivamente iluminados. A la luz de los quinqués brillaban los dulces baratos, una turba de muchachos voceaba "¡La Política de a centavo!" "¡El Chismito con la noticia del afusilado!" "¡El Nacional y El Tiempo de mañana!" Unos corrían, otros doblaban en el suelo los grandes pliegos recién impresos, húmedos todavía, agrupándose en derredor de la alacena de Martínez, que echado atrás el sombrero, mascullando con un lado de la boca un puro y a la luz de una lámpara tomaba notas en un gran libro, surgiendo de la inmensa mole de periódicos. Sospechosos sujetos vendían bastones y paraguas usados; una música tocaba en el kiosco del Zócalo; se oían cascabeles y bocinas de trenes que descomponían los nervios al chirriar en las curvas, y dominando el bullicio de los presurosos transeúntes y el rodar de los coches, se levantaban de la Catedral las graves notas del Angelus para perderse en la calma del sereno cielo de la tarde.

El bullicio aturdiría a Remedios, los ruidos eran voces para ella, voces que respondían a mil preguntas elocuentes que se hacía en su interior. ¿Se iría con Cornichón? ¿Abandonaría a su familia?

Y los recuerdos surgían en su memoria, los cuadros de La Rumba distante, el padre ebrio, la madre colérica, los hermanos sucios, imbéciles, incapaces. "¿qué podía esperar de aquella herrería? ¿Qué de la casa de modas? ¿Qué de Cornichón? Odiaba aquella enorme plazuela, moriría de tristeza en aquella herrería; la mataba su calor sofocante, la asfixiaba el polvillo de carbón que todo lo ennegrecía, hasta el carácter; no podían respirar en aquel cuarto maloliente y estrecho... No, no había nacido para vivir encorvada sobre la costura, recibiendo un miserable sueldo, buscándose una enfermedad del pecho o el pulmón. Salía del taller con los ojos ardiendo, los dedos dormidos, las piernas entumecidas y luego ¡ande usted dos leguas para llegar a la casa con los zapatos rotos, sin abrigo, tropezando en los hoyancos! ¿Y para qué? para encontrar rostros serios, palabras duras, airados ademanes...

¿Qué la esperaba? La casarían con don Mauricio el tendero, aquel azaf-ranado antipático a quien le hacía desaire tras desaire, que la tenía hasta el copete con su piloncillo, sus almendras de los domingos y sus pasas de todos los días. Oía a queso, le revolvía el estómago su camisa de cuadritos que sólo se cambiaba la Semana Santa y los días de San Juan y Señor Santiago. ¡Ah, el brusco, el pecoso tendero! ¡Nunca! Jamás se refundiría en la tienda que olía a chiles en vinagre, ni era su carácter para estarse detrás de un mostrador espantando moscas, sacudiendo barriles de chicha, partiendo azúcar y pesando frijoles. No lo podía ver ni pintado. ¡Y luego con aquellos dientes verdes! ¡Fuchi! ¡Qué asco! Y estremecida agregaba: "Si no he de pasar de una cualquiera, prefiero mil veces a Cornichón." ¿Qué le importaba lo que dijeran? Y sobre todo, que en vistiendo bien y gastando mucho, nadie habla. ¿No lo veía?

La Tullitas, esa que se compraba los trajes con la Gogol, era horrorosa, tenía cuerpo de tabla, y sin embargo, ahí están los periódicos: lindísima, graciosa, espiritual... como que entraba en sus vestidos más algodón que género. Sin ir más lejos, la Repello no podía tener peor fama: había sido una

pelada, y ahí está, vive con un sastre, casado por más señas, y sin embargo, anda de aquí para allá sin que nadie diga una palabra, y figura en la buena sociedad de los advenedizos. Todo, todo lo hace el dinero, y ya que Cornichón era francote, gastador, rico... ¿por qué no se había de levantar como las rotas? "Ande yo caliente..."

Pensaba con tal intensidad aquella loca Remedios, que para no verse interrumpida en sus lucubraciones, avanzaba por calles solas sin fijarse en nadie... Su pensamiento se parecía a esas olas en que flotan los restos de un naufragio y arrojan a la arena flores deshechas, jirones de seda y se atropellan el labrado de un mueble y el trozo podrido de una tabla. La podrida tabla que empujaba sus anhelos de grandeza era La Rumba, el recuerdo de aquel hogar en que había crecido como una planta exótica, creyendo que la herrería sucia no era sino una estación de paso en la que se había detenido algunos años mientras emprendía el largo viaje de una accesoria a una casa amueblada. Todo era ahí triste y soez, hasta el amor. Recordaba la pasión de Chito, el aprendiz de su padre, aquella pasión brutal declarada a empellones. ¡Cuánto mal habían hecho a sus ideas aquellas citas de plazuela, aquellos diálogos en los que el platonismo brillaba por su ausencia, y la más tierna de las caricias del burdo amante era magullar entre sus manos callosas de herrero los dedos picoteados por la aguja de la costurera! Y juzgaba al amor por los actos del patán que escupía groseramente, la llamaba a silbidos y la trataba como a una soldadera.

¡Cuánta amarga experiencia dejó La Rumba. en su corazón ya frío para los sueños! ¡Qué venenoso cálculo echó raíz en su conducta! Y la comparación, esa comparación cómplice de las tentaciones, la hacía poner frente a frente su barrio y las calles céntricas, los amores de plazuela y los amores de Cornichón. Aquel lujo que desbordaba de los escaparates, aquel mundo alegre que reía en el arroyo, aquellos coches que hundían el adoquinado, la atmósfera de riqueza de las grandes calles había hecho nacer en su alma no el lirio puro en cuyo cáliz blanco duerme la dulce quimera de la virgen, sino una flor deslumbrante pero venenosa; brillante, pero seca; seca como las que prendían bajo el ala de un pájaro en los sombreros de mujer...

Al entrar en La Rumba zumbaban sus oídos con el ruido persistente del

público andariego; flotaba ante su vista la hilera de escaparates henchidos, el brillo de las joyas, el relampagueo de las sedas, el rápido rodar de los carruajes y hasta la luz del sol, elegante, iluminando a la riqueza... y todo ese mare magnum de visiones ¿para qué? Para encontrarse el tenducho de don Mauricio oliendo a borracho; las casas arrojando el soplo pestilente de las atarjeas removidas y el roncar prosaico de la fragua, dominado por la voz del padre brutal que le decía:

—¡Alza burro! — porque se había parado sobre una cinta de fierro.

Mariposa parecía, confusa mariposa atraída por la luz, y quería precipitarse en el fuego con las alas abiertas.

Oíase cerca un sordo rumor, algo como un torrente, algo como un desplome de piedras que ruedan: eran los coches que volvían del Paseo. Había llegado a la esquina; titubeaba si caminaba; a la derecha, allá lejos donde comenzaban a encenderse los faroles, la esperaba La Rumba silenciosa y negra; a otro lado el ruido del tumultuoso regreso de los paseantes la llamaba; allá estaba don Mauricio, aquí Cornichón. Detúvose, veíanse desfilar a lo lejos las linternas de los coches, el relampagueo del barniz, los arneses chispeantes, fingiendo una procesión de antorchas, pasaban por la bocacalle; trajes claros, jinetes encorvados, grupos de infantes que se perfilaban en la sombra, se detenían en las esquinas para no ser atropellados por aquel desbordamiento de trenes.

Dio algunos pasos, volvió sobre ellos, sentía una inmensa angustia. Llegó a la esquina; el desfile se había detenido, la fascinaban los carruajes y contemplaba con aire estúpido a las damas que tiritaban friolentas bajo sus sacos de abrigo en los coches abiertos; hundían sus pies en las pieles de una carretela, o se reclinaban adormecidas en el cristal de un cupé abrigado... Los coches se pusieron en marcha, sonaban los arneses, las pisadas de las herradas bestias, silbaban los látigos y se encabritaban unos friones; querían galopar, pero un simón reumático se lo impedía, viejo coche de gris caja, flojos vidrios, gemebundos ejes y raquítrico tronco. El auriga harapiento pateaba, silbaba, azotaba, ¡todo inútil! los jamelgos no dejaban su trotecito de bestias cansadas cabeceando con aire de fatalismo;

en el interior unos toreros ebrios cantaban peteneras. Ese era el emblema: el coche impaciente eran ellos y Cornichón; el desvencijado vehículo ella y don Mauricio... Pero no; ¿quién haría la cena en su casa? ¿quién se levantaría con el alba? Su padre era tierno cuando no estaba ebrio; ¿sufría tanto el pobre! no, no, ¿huirse de su casa? ¡nunca! Y volvió sobre sus pasos con los ojos humedecidos: era una cualquiera, y debía refundirse en La Rumba; pero ya no era tiempo: le dieron una palmadita en el hombro; tembló de pies a cabeza; cosquilleó su espina un calosfrío de espanto: era Cornichón.

—¿Mi vida?

—Váyase usted... por favor, no, no, estése quieto, suélteme Cornichón... Resistió, luchó, y por fin se perdió en el gentío... Llegó a la Alameda, creyó que la perseguían, estuvo a punto de caer, cuando después de un chirrido hubo una explosión de luz: los focos eléctricos que se encendían, y daban a su rostro tintes de cadáver y proyectaban su sombra grotesca, larguísima, en el empedrado.

La Alameda parecía un antro: trémulas lucecillas rojas palpitaban a lo lejos, las negras frondas cuchicheaban y en su negror ardían con luz suave, fosforescentes y fugaces constelaciones de luciérnagas.

Grupos mudos yacían en las bancas; clareaban entre el ramaje las faldas claras de pintadas señoras de tapalito; el velador envuelto en su capote recorría las calzadas... Reinaba una calma de bosque dormido y veíanse lejos ya trenes a todo vapor que pasaban, y el rumor sordo, lejano, de los últimos coches que rodaban en el asfalto.

¿Y Remedios? No, no es cierto que haya momentos de locura en que todo se olvida, no; antes de responder a Cornichón pensó en La Rumba, resistió en el tumulto de las calles céntricas y escuchó desfallecida como una romanza aquellas frases, aquellas promesas, aquel amor de Cornichón que le decía temblando:

—Júramelo...

—Te lo juro, seré tuya, siempre tuya...

Y se alejaban hundiéndose a lo lejos en las calzadas, envueltos por las sombras: esas eternas cómplices.

III

De día, la tienda de don Mauricio era bastante triste, tan oscura que no se distinguían bien los objetos y solamente el metal de las balanzas lanzaba un pálido reflejo en la sombra. Abatíanse las moscas en negra nube sobre las manchas de licor, los grandes trozos de azúcar que surgían de un cajón abierto, y materialmente cubrían un rosario de chorizos enjutos que pendían de un hilo al lado de las amarillentas velas de sebo y un queso de bola aprisionado en una redecilla, sin color, endurecido, y que se balanceaba melancólicamente.

Raros eran los marchantes en el día; pero llegaba la tarde, flotaban las sombras en el tenducho dándole todo el aspecto de una cueva húmeda, quitaba el dependiente los cucuruchos que protegían a las lámparas del polvo y de las moscas, encendíalas y a su amarillento, claro y brillante fulgor adquiría La Rumba no sé qué alegría, no sé qué aseo que le negaba la claridad del sol.

Hacinados pilones de azúcar, almacenados en el tapanco, llegaban hasta el techo envueltos en forros grises; corrían a lo largo de las paredes y en el blanco armazón una doble hilera de botellas; la riqueza de la casa, los vinos escogidos, que brillaban en su cárcel de vidrio tras las chillantes etiquetas, orgullosas botellas que parecían erguirse sobre los cascos acostados de los vinos tintos de palo de Campeche, los plateados envoltorios del té, las casi desiertas alacenas en que dormían una caja de galletas vacía y una de puros jamás abierta. Y sin embargo, sólo de año en año descendían de la tabla una media botella de anisete malo y otra media botella de peor coñac con todo y su alambrado.

Eran las regiones tranquilas que no servían más que de ornato, de contraste

a aquellos cajones embutidos en la pared, henchidos de frijoles y garbanza, maíz y arvejones, chile pasilla y tuberculosas papas... Pequeños envoltorios tapizaban una repisa en forma de cojines de papel de estraza, angostos y largos, sobre un haz de periódicos destrozados y abolladas pesas.

Sobre un banco, leproso, empolvado, rodeado de pedacería, un queso añejo cortado a pico, difundía su olor fuerte; en opaca botella se maceraban largos chiles, flotando en la salmuera, junto al barril pintado con vivos colores, depósito de chicha. Crujían las enmohecidas balanzas, comenzaba a descascararse el molino de café fijo al mostrador, pero siempre estaban llenas las prismáticas botellas que tras una especie de jaula de alambres, en un rincón, al lado de la cerveza de peor clase, formaban la cantina, cantina de barrio, miserables colecciones de menjurjes nauseabundos, los venenos baratos de la plebe.

Algunos anuncios de cigarros pegados a la pared completaban la decoración de aquel tenducho, el único de aquellos apartados rumbos.

Comenzaba el comercio a la oración de la noche. A un lado de la puerta colocaba su mesilla un vendedor de té de hojas, enorme cafetera en forma de casa, en cuyo techo se alzaba una mole de panes de a centavo y en cuyos sótanos ardían vivos tizones... lumbre para los que no tenían cerillos y en ellos encendían sus cigarros. Friolentos léperos se calentaban con el descolorido café, bebido a grandes sorbos en enormes tazas azules. Una vendedora de elotes les hacía compañía, en tanto que la tienda comenzaba a llenarse.

Flotaba en su atmósfera saturada de alcohol una densa nube de humo de cigarrillos. Magullábanse en el rincón los artesanos; el zapatero cargando sus recortes de suelas, el carpintero su berbiquí, el cargador su mula, y pedían, pedían con furia y en voz alta copa tras copa, decimal tras decimal.

El dependiente, un peloncito vivaracho, de manos despellejadas, apenas se daba a basto.

Don Mauricio platicaba con don Encarnación, que vihuela en ristre

fumaba un cacho de puro recortado; el maestro de la Municipal jugaba al ajedrez con otro vecino. No chistaban palabra, tapábanse la boca con la mano, sombrero atrás, y casi echados de bruces sobre el zinc del mostrador, movían las ennegrecidas piezas.

—¡Al rey! Jaque. Me enroco. Ya se va su trovador. ¿Me la como? A la reina, etc. —murmuraban fruncido el entrecejo y meditabundos.

Don Mauricio estaba muy preocupado, echaba ojeadas a la plazuela, preguntaba la hora cada cinco minutos y no atendía a una sola palabra de don Encarnación.

—Oiga usted, Cervantes —díjole al de la Municipal—¿qué horas tiene?

—Siete y cuarto.

—¿Está bien?...

—Con Catedral —dijo mostrando su reloj.

—¿No ha pasado el último tranvía?

—No.

Entraban varias mujeres y depositaban sus canastas en el mostrador.

Canastas llenas de compras: en hojas secas de elotes la manteca, en tapiz de col los bisteces; revueltas con el pan y desbordando el asa, las velas de sebo con sus grandes mechas colgantes.

—¡Tlaco de té, don Mauricio; del bueno!...

—¡Cuartilla de azúcar!

—¡Pilón de chile pasilla y pilón de frijol bayo!

—¡Dos centavos de añejo y una onza de café!...

—¡Medio de arroz!

—¡Haco de aceite; pero no del español, del francés! Barajábanse los gritos, patinaba de aquí para allá el infeliz Mauricio, vaciando el abollado platillo lleno de semillas en los rebozos, en pedazos de papel; revolvía los centavos del cajón del vuelto, aventábalo sobre el mostrador, palmoteaba en él, iba y venía, pero a su espalda, golpeando el zinc con una moneda le gritaban los impacientes:

—¿Qué sucede, no me despacha?

—¿Don Mauricio, pilón de sal!...

—¿Se me hace malobra, don Mauricio!...

"Francizquillio" en un rincón lavaba copas.

—Un tequila con membrillo y dos naranjas con amargo!

—Ande, compadre, ande don Chema.

Esto decía un sujeto de mala catadura y sombrero ancho, a dos amigos, cortado de la cara el uno y medio borracho el otro, alargándoles las copas de grueso cristal llenas hasta los bordes del líquido que Francisquillio servía de golpe.

El mostrador era un charco de aguardiente.

Los ebrios echábanse el sombrero atrás y sin parpadear, de un trago apuraban el ardiente licor, capaz de raspar, quemar una garganta de fierro; paladeaban, chupábanse los bigotes, y después de enjugarse los amoratados labios con el dorso de la mano, buscaban en lo más profundo del bolsillo el montón de centavos.

—Vamos otro. Ora a mí me toca.

—¡Una repetición!

Y seguían bebiendo. Las charlas comenzadas en voz baja subían de tono, corría la caja de cigarrillos, se iluminaban los ojos, palidecían intensamente los rostros, sentían flaquear las piernas, el pulso temblaba: al encender los cigarrillos y cada palabra sospechosa les arrancaba una carcajada brutal.

—¡Ah qué don Cherna!

—! Ah qué mi compadre!

—¿De veras, mano?

Se volvían muy tiernos, se daban fraternales golpecitos en la espalda y hacían alardes de valor. Tratábanse con minuciosa política.

—Encienda...

—Usted primero...

—No, usted.

—Vaya, con permiso —y tocándose el ala del sombrero prendían el cigarrillo casi deshecho y lo tiraban a las tres fumadas.

El escándalo ensordecía y el gendarme, envuelto en un capote azul asomaba las narices. Cuando había riñas los llamaba al orden, y cuando no, se conformaba con decir:

—Buenas noches.

—Adiós, vecino.

Los grupos se disolvían para reunirse de nuevo en la calle. No era extraño

escuchar airadas interjecciones, monólogos balbucidos, palabras incoherentes, sollozos, náuseas: el alcohol comenzaba a hacer su efecto.

—Vámonos, Celedonio...

—No quiero...

Anda, papá, vámonos.

—No quiero.

—De que te pones briago, Celedonio ...

—No quiero.

—Mira que viene el gendarme.

—No quiero (por monosílabos). No quiero (subido de tono). No quiero (gritando) ¡Y no quiero! (en voz baja).

Y el borracho se quedaba y la familia se iba.

Don Mauricio seguía preocupado: hablaba del matrimonio.

—Amigo, eso es un albur —le respondía el de la Municipal— y lo mejor de los dados es no jugarlos.

—Las mujeres son el mismo diablo... —agregaba el zapatero.

—Pero, hombre, se llega a una edad en que es preciso ir a la parroquia.

—Y luego en estos tiempos. Antes, amigo, eran de otro modo: hoy de que les da por rotas, malo; de que empiezan con el tapalito y el zapatito... Mire usted a la hija de don Cosme, a Remedios, esa va a acabar mal... Le dio por leida y escribida, dizque iba a no sé qué escuela, de ahí, que modista; apenas habla, está hecha una catrina; contesta con puros gringos, y acuérdesese

don Mauricio, esa acaba mal. De que se ven bonitas ya quieren salir de su clase, y no, hombre; si semos probes así tenemos que quedamos, aunque... Sí señor, buen traje, mascada de seda, ¿ya ve todo eso? pues acaba mal.

Muy serio dijo don Mauricio tales frases, como si le hubieran llegado al corazón, y respondió el de la Municipal:

—Usted exagera, maestro. La instrucción es la única base del adelanto de las masas, el punto de mira que perseguimos los amantes del progreso, la única palanca (señalando con el índice la caja del papel florete) de la regeneración... y el perfeccionamiento...

El tranvía pasaba en aquel momento. Don Mauricio alargó el cuello, no sonó el timbre, no se paró el vehículo, un solo pasajero dormitaba en un rincón, y se preguntó en voz muy baja:

—¿Por qué no vendrá Remedios?

—Sí, señor —dijo con vehemencia—, tiene usted razón, la inorancia es lo peor...

—Peor es —agregó el zapatero, que se la echaba de filósofo—, peor es, don Mauricio, que se pierdan. Sí, convénzase amigo, el que nació para suela nunca ha de ser oreja...

—¡Hombre, hombre! Usted profana los sagrados principios de la democracia...

—Lo que sé es... —dijo don Mauricio.

Chito, el aprendiz de don Cosme, entró desaforado y díjole al oído y sin tomar resuello a don Mauricio:

—Que dice doña Porfiria que vaya usted luego, luego, porque Remedios se ha perdido...

—¡Con permiso! —y saltó del mostrador y disparóse a la calle sin sombrero...

—Échese una cantada —dijo el de la Municipal al zapatero. Afinó éste y con temblorosa voz lanzó al aire las populares notas de La Golondrina:

y Aben Ahmed ed ed...

A partir de Granaaa... da dá...

IV

Grande fue el escándalo que produjo en la rumbeña gente la fuga de Remedios. El infeliz tendero la noche memorable del acontecimiento tomó un coche, y en compañía de Chito recorrió medio México: todo inútil. Encontró la "Casa de Modas" cerrada. Gualupita, la amiga íntima de La Rumba, no pudo darle noticia alguna.

El pobre azafranado estaba inconsolable; detenía a todas las muchachas de tapalito a rayas grises que encontraba, parando el vehículo para cerciorarse de que no eran Remedios.

Tuvo que dar la triste noticia, sembrando el desconsuelo en el hogar de Cosme Vena. ¿Le habría pasado alguna desgracia?

—¡Ánimas que Cosme venga tarde!

Deseaba su cónyuge una de aquellas borracheras que lo postraban en el petate de la embriaguez dos y tres días, con tal de que no llegara a saber la triste verdad.

Allá, a deshoras de la noche, llegó el herrero en un estado atroz; trabajo costó convencerlo de que no había asesinos en su casa, pues quería dormir en la plazuela acosado por los primeros síntomas del delirio de persecución.

Al otro día, Porfirita comisionó de nuevo a don Mauricio para que fuera al taller de la Gogol.

—Usted es —decía al conmovido mocetón—, usted es, don Mauricio, mi paño de lágrimas. Ya usted ve, da hasta la desgracia de que estas riumas no me dejan mover. Si le digo a usted...

—Señora, ya sabe que conmigo cuenta para todo, y lo que se le ofrezca, nada más me manda un recado...

—¡Gracias, don Mauricio, gracias, ¡Dios se lo pague!...

—Las que a usted adornan, señora.

Y emprendió nuevas caminatas el abarrotero. Recibiólo en el taller una obesa matrona que echó pestes contra Remedios.

—Mais je ne sais pas, Monsieur, ¡je ne sais pas! Usted comprende que uno no saber dónde se van éstos... muy informal la Remedios... muy...

—Adiós, señora...

Iba y venía destapando cajas y hundiendo y exhumando de ellas formas de sombreros, plumas y trapos, con el metro echado al cuello, saludando a ésta, mostrando a aquella otra marchante un abrigo de abalorios, sonriendo a todo el mundo, en tanto que las modistas reían del pobre Mauricio que, muy rojo, daba vueltas a su sombrero de pelo color de café tostado, retrocediendo, avanzando, haciendo torpes caravanas para no ser arrastrado por el vertiginoso ir y venir de la Gogol atareadísima.

—¿Y no sabe usted?...

—¡Moi, je ne sais pas! Tres pesos, señora, es lo menos.

—Pero, ayer vino ...

—¡Oh, sí, vino, y se fue más temprano! ¡Oh, madame, muy bien queda usted el negro! Veinte pesos...

—Conque quiere decir que vino ayer y no sabe usted...

Para cada palabra pujaba el buen tendero, atropellado por aquel mundo de señoras que entraban.

—Conque ¿me decía usted que ayer?...

—¡Oh, usted no haberme oído! ¡Je ne sais pas! ¡Je ne sais pas! Mi cree que se ha de haber ido con Cornichón. Esta Remedios andaba mal... Adiós.

Lo dijo tan serio la Gogol, que el pobre Mauricio se salió sin despedirse, con un dolor inmenso. Más valía que se hubiera muerto; pero, ¡fugarse! ¿con quién? No había entendido el nombre y recorría todos los apellidos extranjeros. Sí, en ón, en ón acababa, lo tenía en la punta de la lengua; pero... la amaba, sí, la amaba, y si no, ¿por qué sentía tan sorda rabia? ¿Cómo diablos daría la noticia a la madre?

Anduvo calles y más calles; volvió sobre sus pasos; detúvose frente al escaparate de la Gogol y se puso a contemplar, ya un pájaro de plumaje amarillo que abría sus alas disecadas sobre una pieza de tul, ya una guía de flores de trapo, y ¡nada! no le ocurría una sola idea. ¿Dónde estaría Remedios? Y fijaba la mirada, en las pupilas de vidrio de un busto de mujer de porcelana, vestida con prendas de la casa. Rascándose con aire desconsolado, cabeza, frente y narices; no podía resolver el problema.

Avanzó hasta la esquina y preguntó al gendarme por una muchacha, así como de veinte años, morenita, alta, gruesa, con un lunar a un lado de la boca.

El guardián del orden público respondió que conocía tantas de esas señas, que no era fácil acordarse y, además, no había estado de servicio la noche anterior. No hubo remedio. El azafranado tomó el tren que debía dejarlo en su barrio y tuvo que informar a doña Porfiria de su infructuosa

averiguación.

Todo lo sabía la señora, porque Chito la había visto en un coche de sitio de caballos tordillos con uno de sombrero de paja y cinta negra; un güero él de bigote... y ¿qué significaba aquello? Que La Rumba se había huído.

—Morí para ella, don Mauricio. Todo lo paso, pero huirse...

—Si me pone un pie aquí —agregó el herrero que entraba a la sazón— la mato, sí, la mato, la mato... —decía con indignación, y después de la nube de cólera que enrojecía su frente, callaba pálido de tristeza...

Flotaba en torno no sé qué atmósfera de duelo. Chito tiraba suavemente de la cuerda del fuelle que soplaba dulcemente, levantando apenas violadas llamas, cortas lenguas de fuego que surgían del lecho de granates ardientes de la fragua. Campanadas fúnebres parecían los ecos antes alegres del martillo y el yunque, y hasta los muchachos con voz muy queda dialogaban en los rincones.

—¿Y ora?,—preguntó el tendero.

—¿Ora qué?

—¿Qué hacen?...

—¿Qué hacemos? —Algo duro iba a responder don Cosme, pero se conformó con decir: —Ora cada cual que se rasque con sus uñas.

—¿No se sienta, don Mauricio?

—Gracias, señora, voy a echar un vistazo a mi finca. Hasta luego.

—Hasta luego...

Eclipsóse el azafranado, y marido y mujer, en silencio, siguieron en su faena; él pintando de azul celeste y en la banqueta, una cama, y ella remen-

dando una camisa.

A un paso, la vecindad se desataba en comentarios y las lenguas implacables, empapadas en un veneno amargo, murmuraban de la perdida Remedios.

—Tenía que ser: si de que empiezan con la hebilla y el botín, y la mascadita, y el anillito, y se la echan de gente decente, ¡Ave María!;perdición segura!...

—Ya me lo esperaba. ¿Qué le dije a usted, doña Marcelina? ¿Pos qué tiene don Cosme para que la catrina de su hija ande todos los días en tren?

—A mí me dio la corazonada, comadre, desde que vide al gringo ese que nada más la andaba tanteando desde la esquina.

—¿Ah, si fuera miya le hubiera dado más azotes! Se lo he dicho: eres pobre y nada de trapos; más vale ser pobre pero que no se tenga qué decir, a andar hecha una banderilla; pero... ¡gracias a Dios que a Tonche no le da por allí!

Llamaban a los chicos de la herrería y les preguntaban en voz muy baja:

—Oye, ¿qué han sabido de Remedios?

—Pos que dizque se fue afueras de México... a ver a mi tío que está malo.

La pobre Porfirita no podía asomar las narices sin que la acatarraran con pésames y más pésames...

—¿Ya estaría de Dios! ¡La de malas! ¡Ojalá y se arrepienta!

—Se me cae la cara de vergüenza, vecina; pero eso yo siempre se lo dije: mira, Remedios, no te metas en enredos porque no has de sacar de ellos nada bueno; pero ya usted ve...

Mauricio nada decía, pero ante su aspecto serio desternillábanse de risa los asiduos y nocturnos concurrentes de la tienda; no perdonaban sátira alguna y enderezábanle indirectas que ponían mohino al pecoso mocetón.

Cómplice, la vihuela acompañó canciones subversivas, desde aquella:

¿ Pos para qué Marciala me engañaste?

¿ Pos para qué aumentaste mi pasión?

que arrancaba gritos, risas y aplausos a los implacables chuelistas, hasta los más tiernos, que hacían casi llorar al viudo platónico.

—Se la birlaron, patrón...

—Al fin hay muchas, vecino.

—Usté sí, don Mauricio, que hizo la torta para que otro se la comiera.

Intimidado por tan crueles burlas el mocetón callaba, llevando a la broma cuanto le decían, pero sufriendo como puede sufrir un hijo de Asturias dedicado a la venta de productos nacionales y extranjeros.

Pasaron los días, y lo que fue un drama, quedó poco a poco menos vivo en la memoria de los rumbeños.

Evocaban la falta de Remedios tres cosas tan sólo: el llanto furtivo de doña Porfiria, la melancolía del tendero y aquel elocuente papel que, pegado con obleas en la puerta de la iglesia, decía:

Se suplican tres Ave Marías por la enmienda de una joven en peligro.

¿Sería alusión a Remedios? Sólo el anónimo autor de aquellos renglones y el cura lo sabían...

"Casa de la Preciosa Sangre" "No se permite entrar cabalgaduras."

El último rótulo era inútil, pues un hombre alto tenía que doblarse para caber por el bajo y angosto zaguán que tenía dos números: el 20 y el 1815 de la nueva nomenclatura.

Largo rato estuvo indecisa Gualupita frente a la puerta. Se decidió a entrar acercándose a un cuarto y consultó un nuevo letrero: Casera.

En el quicio y en primitiva desnudez, dos sucios muchachos escarbaban un hoyo llevándose a hurtadillas a la boca algunos montones de tierra.

—Dígame usted, señora, ¿aquí vive Remedios Vena? —preguntó Gualupita asomándose al antro que hacía veces de habitación.

—No vive aquí —respondió la mujer interpelada, que sentada sobre sus talones frente a un metate y entre una batea de maíces cocidos y un comal, palmoteaba una tortilla.

—¡Me dijeron que en el 5! Es una (agregó describiéndola con el ademán y la palabra) así, todavía muchacha, gordita, alta, que trae un vestidito pajita, un tapalito aplomado y negro... tiene un lunar... hace poco se mudó... se llama Remedios.

—¡Ah! —enjugándose el sudor con las enaguas y sonándose después con las mismas— ¡Ah, es la que vive con el francés! No sabía yo cómo se llamaba.

Pues, pase usted a este patio, y en el otro se carga usted a mano izquierda, sube usted y donde hay una rejita verde, ahí es.

—¿Estará ahí?

—¡Pues quién sabel!...

—Entonces con permiso ¿eh? Y ¡gracias!

—De nada...

Lupita atravesó los dos patios, subió la deteriorada escalera, recorrió un corredor entre dos hileras de apolillados bancos y rotas macetas, que a pesar de los abrojos habían puesto los gatos en inmundo estado. Llegó a la rejilla y tocó.

—¡Lupe!

—¡Remedios!

—¿Qué milagro?

—Eso te he de decir. ¡Milagro será verte por allá! ¿Pues qué te ha pasado? Desde que eres... ¡La Rumba! la esposa del ¡Rumbo!

—Pasa, anda, pasa —y Gualupita entró a la desmantelada pieza. Algunas sillas de tule, una mesa de madera blanca, un catre de tijera y un equipal, formaban el mobiliario.

—Conque —dijo la otra echándose atrás el tápalo y resollando fuerte—, ¡qué calor, tú! Si parece que escupen lumbre las paredes. ¿Me das tantita agua? Vengo ahogándome; donde que la emprendí a pie, porque ya sabes lo que son los trenes; no daba con la casa.

—¿Quién te dijo?

—Pues él, Cornichón me dijo; tanto que me encargó que te sermoneara. ¡Dizque estaban de chiflis! Déjame poner aquí mi sombrilla.

—Toma el agua; te la traigo en taza porque la muchacha ha acabado con los vasos. A ver, presta tu tápalo.

No, no; si me voy luego... si vine un momentito de pasada. ¡Qué chula es el agua fresca! (Enérgico lengüetazo y suspiro de satisfacción.)

—Pues, mi alma, lo que es yo, ya te había echado la bendición.

—No, tú; pero ya ves el quehacer. —Y cuéntame ¿por qué se han enojado?

—No; yo no me he enojado; sino que ¿dime si no tengo razón? Si me he salido de mi casa ha sido con la condición de que le hable a papá, y día y día y siempre es mañana y nada. Ahora se lo dije; mira Napoleón, tú eres hombre y nada pierdes ¿pero yo? Vaya, paso por todo; pero lo que no puedo sufrir es que sea como es; celoso, tú! Todo el mundo cree que me enamora. La otra noche, en las tandas, por nada se agarra a golpes con uno. Y de que se la pone, peor... Dime, ¿podemos estar bien? No trae un solo centavo; cuanto anillo me regaló lo ha mandado al empeño. Amanezco sin un centavo; le pido, y yo quisiera que lo oyeras...

—Eso está malo.

—Malísimo. ¿Qué hago? ¿Me largo? ¿Me echo en medio de la calle? La verdad, no y no. Le da coraje que lllore; pero me dicen que mi mamá está en cama. Me lo contó el zapatero. Le dije lo que me pasaba y me hizo escribirle una carta a papá pidiéndole perdón, porque de veras estoy arrepentida. Ni siquiera me contestó. Don Mauricio quedó en venir...

—¿El azafranado?

—Sí, ¡pobre! se ha portado bien. —Con tal que a Cornichón no se le haya metido en la cabeza...

—Pues estás amolada ...

Quedáronse pensativas las dos, viendo los flojos e incompletos ladrillos del piso. Oíase afuera la algarabía de la vecindad, ladridos de los perros, el chic—chac rítmico de la bomba, el chorro del agua en el tinaco y en la

cocina el freír de la comida.

Algo sombrío recordaba Remedios, porque tenía húmedos los ojos. Lástima causaba su palidez de insomne, la debilidad de su mirada y el desorden de sus cabellos no peinados. La pieza no barrida, las sábanas sucias, malolientes, hechas banderas, caían del catre destendido al suelo; el chaleco de Cornichón, sin botones, colgado del respaldo de una silla; una vela de sebo en candelero de hoja de lata sobre el equipal, y volcadas en la mesa dos tazas con huellas y asientos de chocolate frío y mendrugos del desayuno.

La Rumba era triste, es cierto; pero el rumor de la herrería, el silbato de la cercana fábrica, el golpear de los martillos, la encandecida fragua y la gritería de los muchachos, daban un aire al hogar, distinto, muy distinto al de aquella pieza en que reinaba el silencio de las situaciones trágicas, ese silencio en el que parecen resonar más las voces interiores que protestan, acusan, sollozan una falta.

Mezclábanse en el hueco cerebro de La Rumba ya reminiscencias melancólicas, ya pensamientos de arrepentida o una desesperación infinita, la del orgullo abatido.

No había saciado sus caprichos, no había figurado en otra esfera, no se levantó del pantanoso nivel de los rumbeños, no; había descendido..., sí, era descender, morir, enlodarse, aquello de estar a merced de un ebrio miserable a quien le pedía de rodillas una reparación y respondía... ¡no me he de casar sino con muchos pesos!

Se le escapaban algunos detalles o más bien no quería pensar en ellos porque su amor propio quedaba por los suelos. Cornichón se lo hizo comprender en una agria disputa. Quiso botas y no podía andar con ellas, la sofocaba el corsé, se le ladeaba el sombrero, se le despegaba el vestido y no, no. Era preciso confesarlo, no había nacido para rota. La Rumba de tápalo aplomado arrancaba cuchicheos respetuosos a algunos varones, pero la Remedios disfrazada de catrina, era otra cosa, le hablaban de tú los toreros, las señoras decentes la señalaban como paya. El modesto peinado de costurera le daba un aire gracioso; el fleco sobre los ojos, los rizos, verdaderas patillas,

que se enrollaban en sus sienes, el polvo de arroz, hacía que la confundieran con una "de esas".

¿Qué consiguió con andar en coche, vestir de seda y abandonar su casa?

Sentía inmensos deseos de volver a la polvorienta Rumba, abrumadora nostalgia engendraba en ella el poderoso anhelo de respirar la atmósfera del taller, extrañaba el ruido de la máquina, el chocar de las tijeras, la blanca costura y el desnudo maniquí y aquel sordo rumor de mar, aquel vaivén de ruidosa gente que desfilaba frente a la "Casa de Modas", aquel runrun que arrulló sus primeros sueños de grandeza.

¡Ser rota! Aquellas palabras eran para ella, después del fiasco, sinónimos de imbecilidad.

—¡Sea por Dios! —exclamó suspirando, mientras Lupita bostezó y dijo:

—Pero de todos modos estás aquí mejor que en tu casa. ¡Qué plazuela aquella! Es de correr... Horrible... Yo me moriría.

—No lo creas, no hay como su casa. No hay como las gentes de uno: ahí no pasaba hambres. Ahorita, donde me ves, no sé qué comer. Cornichón no me ha dado, y por no dejar ni come aquí, dice que se va con unos amigos, ese es su tema, no creas, lo veo preocupado... ¡Quién sabe! no anda bien, tiene ideas muy raras; de todo se enoja... Esa maldita copa, tú, eso es lo que lo tiene así. ¿Dime, qué hago con ese genio? Por ejemplo, ahora, ¿de dónde saco? Es capaz hasta de pegarme.

—Mira, Remedios, no te dejes; al que se vuelve miel se lo comen las moscas, y al que se pone en cuatro pies lo ensillan. Póntele tiesa y díceselo. ¿Sabes, yo en tu lugar qué hacía?

—¿Qué?

—Le ponía un papelito y se lo mandaba al cajón para forzarlo.

—y se lo mando ¿con quién?

—Yo se lo llevo.

—¿Tú? (admirada)

—Yo (resuelta).

—¿No te vas para atrás?

—No me conoces... ándale...

—Mira, arráncale esta hoja en blanco a este libro... ¿Tienes lápiz?

—No tengo nada. Se lo voy a pedir a la vecina...

—¿Y qué le digo?

—Pues nada: Napoleón, no tengo un centavo; hazme favor de mandarme, tanto...

—¿Y si se enoja?

—¡Que se enoje! peor es que no comas...

—Bueno; pues ándale, porque a la una sale...

—Me voy en el tren... Si uno no te anima eres capaz de dejarte degollar.

—¡Ah qué tú!...

—Dame otra poca de agua, ¡qué sed! Y me voy... ni me despido, vuelvo: ahí te dejo ese envoltorio, es un corte... ¿Mi bolsita? ¿y mi sombrilla? Aquí es tán... Conque... nos vemos...

Quedóse Remedios sola: sacó de su seno una carta escrita en papel azul

rayado y que decía:

Remeditos:

Le di la carta a don Cosme y se enojó: dice que no quiere ni que se la mienten. Don Mauricio le contará a usted lo que dijo su mamá, que está tirada desde el martes en la cama por las riumas. Su serbidor

Encarnación Zapata.

Entristeci6se la muchacha, apoy6 en la mano la quijada y el codo en la mesa. Sigui6 con la mirada fija en la pared el rastro de los nocturnos insectos, y con los ojos h6medos, como si soñara despierta en algo muy triste, dijo con acento que partía el alma por su elocuencia:

—¡Pobre de mi mamacita!

VI

—Síntese hija mía—y el padre Milicua tir6 del cord6n del transparente y despu6s de alzarlo tom6 asiento.

—Conque...

—Pues padre —dijo doña Porfiria, pues ella era la interlocutora—, aquí me tiene usted; quería que su merc6 me diera un consejo sobre lo que ha pasado.

Ya usted sabrá...

—Nada...

—Lo de Remedios, padre...

—Nada sé.

Quitóse los anteojos, limpiólos con un billete arrojándoles vaho y abriendo y cerrando un Breviario, fijó su mirada, aquella mirada que nada decía, en el rostro de doña Porfiria, que muy roja, con la boca seca, inquietísima en la silla, no encontraba palabras para expresar su idea, por más que enrollaba y desenrollaba el fleco de su rebozo azul.

—¿Cómo? ¿No ha sabido usted nada?

—Nada... —~~tor~~ volvió a responder el padre, apoderándose de una barra de lacre.

—Pues ha de saber usted que la muchacha se nos ha huído.

—¿Oiga?

—Sí, señor, ya hace días se fue sin avisar con uno que dizque está en un cajón de ropa, y ya usted se figurará, padrecito, cómo estaremos; yo quiero que usted me dé un consejo, señor, para ver si la muchacha no se pierde. Mi marido, padrecito, en nada quiere meterse, diga usted... Y eso, señor, de que se pierda así nomás. " Queríamos ver si acaso hablándole usted se convencía de que Remedios volviera.

—Hum... (con visible malhumor).

Era conmovedora, en verdad, la angustia de doña Porfiria, notábase en ella inmensa emoción que ahogaba en sus labios una súplica; torpes eran sus frases, tenía los ojos humedecidos y crispábanse sus manos ya en los pliegues de su vestido, ya en el tule del asiento, en el fleco del rebozo o las enclavijaba tronándose los dedos.

Grandes meditaciones precedieron a la visita trascendental que hacía al cura. Cosme no transigía, negaba su perdón a la muchacha.

—¡Mira, Cosme, que se pierde!

—Que se pierda —respondía el herrero— que se pierda. El que por su gusto muere... Tú tienes la culpa.

Y la tímida Porfiria no se atrevía a oponer ni la más mínima objeción a su marido.

Consultó con las vecinas; pero las vecinas no le dieron consejo alguno; habían envidiado a La Rumba, y verla sucumbir era un alivio para aquel escozor que las volvía malévolas.

Por fin, don Encarnación la inclinó a reclamar la protección del cura, cuya influencia podría calmar la cólera del consuetudinario.

Vistióse la madre de Remedios con las mejores prendas: sus zapatos de charol, las enaguas azules con ribetes de terciopelo negro, y el rebozo azul que olía a nuevo... Lavóse la cara y presentóse al padre Millicua. Había estudiado su peroración, pero habíasele olvidado en aquellos instantes, desconcertada por la seriedad del cura, que jugueteaba con la barra de lacre, perdidos los ojos en el techo. Ella había callado y él no decía palabra.

—Eso es malo —agregó por fin— muy malo. De que las muchacha, se van... mal negocio. ¿No se lo dije a usted? Señora, mientras no cuide usted a esa niña, nada bueno ha de salir. Si usted la hubiera puesto en un colegio...

—Iba a la escuela, padre.

—Pero, ¡a qué escuela! Sí, señor, ¡a qué escuela! A una escuela donde sabe Dios lo que las niñas aprenden, las amistades que entablan y las ideas que sacan. ¿Se acuerda usted cuando le propuse que mi tía la enseñara a bordar? No quiso la muchacha. ¿Por qué? Porque aquí estaba a un paso, no tenía amigas ni el pretexto para andar sola calles y más calles, y ella me lo dijo... Quería aprender física, y aritmética, y qué sé yo; cosas que de nada les sirven a las mujeres, cuyo porvenir está encerrado en el hogar, y para saber lo que en él se debe hacer, no se necesita geometría, sino buena educación. No me hicieron caso y allí tiene usted el fruto. ¡Cuántas veces la

regañé porque me venía a misa con los chinos en la frente, enmarañada, y quitaba la devoción a todo el mundo con sus volteados, sus risotadas y sus meneos... Se lo dije: circunspección, hija, que estás en la casa de Dios; pero ya usted lo vio, no volvió a poner un pie aquí, dizque porque tenía que ir al taller y oíría misa en la Profesa.

Pretextos, señora, pretextos para andar azotando calles ...

—Un día la llamé y se lo advertí. Hija: no es bueno que platiques con los hombres en el tren, porque todo el mundo te calificará mal. Que es mi primo, me respondió. Otra vez resultó su patrón; más tarde, su amigo, y ahora salimos con que es el seductor. Todo eso ha venido de que quiere picar muy alto, sí; señora; no se conforma con ser lo que es, hija de un artesano, sino que quiere andar en bola con las de tapalito y botincito... Todas, señora, todas éstas son pasto para el infierno.

La señora se había enternecido y se bebía las lágrimas. En su ignorancia comenzaba a darse cuenta de aquellas amargas verdades, que, por no ser comprendidas a tiempo, fueron causa de tan malos efectos.

—~~Por~~ eso nunca adelantan ustedes —prosiguió el cura, sacudiendo el lacre, y golpeando con él el borde de la mesa— ~~por~~ eso, porque no se conforman con lo que son, y quieren estar más altas, sin hacer méritos para conseguirlo. Se avergüenzan de su posición y quieren remediar una falta con otra mayor; no tienen dinero y roban; están tristes, se emborrachan; tienen hambre, y se visten... Eso es insoportable.

Rompióse el lacre y dejólo en paz el cura para apoderarse del timbre y dar con él un enérgico campanillazo.

—¿ Me hablaba usted?

—Mi chocolate ...

La criada desapareció de la entornada puerta para traer el chocolate en una gran charola sembrada de bizcochos, que rodeaban a un pocillo rebosante

de espuma. Tanteó la temperatura con una sopa el cura, y encontrándola alta, hizo a un lado la merienda y prosiguió humedeciéndose los labios con un trago de agua.

—Lo que usted debe hacer ahora, es que las menores no sigan el camino de la hermana, que Cosme no se emborrache y usted rogar a Dios.

—Puse en la puerta un papel...

—No basta eso. Además, procurar que alguien aconseje a la muchacha que abandone a ese individuo, viva como Dios manda para que su padre vea que, aunque oveja descarriada, vuelve al redil... Dígale a Cosme que me venga a ver; se está cayendo uno de los barrotes del coro y lo he mandado llamar como tres veces. Desde el mes pasado le di a soldar una tina y no me la ha entregado... y no lllore usted: con lágrimas nada se consigue.

Partió en dos, lustroso y tostado hueso de manteca: tomólo con dos dedos y lo hundió suavemente en la espuma del "Flor y Campana". Abrió las fauces cuan grandes eran, alzó la sopa y entrecerrando los ojos y dilatando las ventanas de la nariz, saboreó gran rato.

—Son pruebas que Dios nos manda —agregó mascullando y limpiándose los labios con la bien doblada servilleta— pruebas para apreciar nuestra paciencia...

Después de dos sorbos ruidosos y de engullir unos tres entrenzados, lanzó un silbidito a cuyo ruido apareció el Chino, un gato gordo que le saltó a las faldas con lentos movimientos de cola. Se dejó acariciar el dorso, restregando la cabeza contra la sotana, maullando dulcemente y olfateando las sobras de la merienda ...

—Toma, y vete. —Dióle una sopa y arrojólo al suelo; hizo un buche de agua y lo arrojó al patio abriendo el balcón. Después de chuparse, los dientes sacó su pluma.

—Conque haga eso que le digo, y venga a verme, y no se aflija.

—No, padre.

Oyóse un gemido bajo su rebozo, era un pollo que despertaba. Tomándolo por las patas, doña Porfiria lo presentó con una sonrisa al padre...

—Le traje a usted este animalito. Usted ha de dispensar ...

—¡A qué hija! ¡a qué hija! ¿Para qué hace usted esto?. Hágame el favor de dárselo por la cocina a Matiana ...

—¿Conque va usted a ver a Cosme?

—No, no, que él venga; ya usted ve, que no tengo tiempo; estoy cargado de quehacer... ¡No tengo un momento libre! —y se escarbaba los dientes con furor.

—Pues ya me voy... ¿La mano?

Besó la mano del padre Milicua, y, "con permiso, buenas tardes."

—Adiós, Porfiria.

Alejóse la señora enjugándose los ojos, en tanto que el cura, silbando, preguntaba:

—¿Qué andarás haciendo sobre la cómoda, Chino? ¿Qué andarás haciendo?

VII

—Ella es la que no me quiere, Gualupita; se lo aseguro a usted.

—No, Cornichón, no, lo que sucede es que es usted como todos los hombres, ¡incapaz!

Lo decía con aire tan malicioso Guadalupe, que Cornichón soltó una — franca carcajada que hizo volver el rostro a los compradores más cercanos.

—Ahora estuve con ella y me lo dijo... Que se pasan días sin que ponga usted un pie por allá; que no le da usted para el gasto; que es usted muy celoso. Por supuesto que no le diga usted nada, porque como Remedios es tan así, se puede figurar que la pongo mal.

—¿Conque eso le dijo a usted? Bueno es saberlo. Mire usted, eso me da coraje, que hable por hablar, cuando no tiene razón, porque si alguien ...

—No, sí la tiene, francamente. Si yo quisiera a una gente y esta gente después de haberme sacrificado por ella, me hiciera menos... La verdad me había de poder mucho. No se ría; así son los hombres, muy sinvergüenzas. Cuando uno no les hace— caso ¡ay, Dios mío; son unas mieles! pero después ¿qué tal?

—Oiga Guadalupe, la verdad está usted muy guapa. (Entrecerrando los ojos.)

—Ah, sí guapísima ¡si le digo a usted! (Medio mortificada.)

—Esos ojos. ... (Durmiendo los suyos.)

—¿Primorosos, verdad? (Irónicamente.)

—Esa boquita ... esa barba, ese ¡ay! (Voz desmayada.)

—Hombre. ¿Cuándo hablará usted en serio? ¡Que lo oyera Remedios!

—¿Y qué conque me oiga? ¿que se cree usted que soy su esclavo o qué?

—No, pero ...

—Vaya ¡nada más esa me faltaba! que no pudiera ni echarle una flor a una

polla tan guapa como usted. ¡Qué uñitas, si parecen! ..

—Suélteme, suélteme, no sea tentón; ya sabe que conmigo no se juega... a ver, tráigame el percalito, ese que me dijo.

—No corre prisa, mialma.

—¿Mialma? ¿De cuándo acá? Ándele que ya me voy, y lea ese papel.

—¿De quién es?

—Léalo...

Recargóse el barcelonete al barnizado mostrador y recorrió las líneas del manuscrito indiferente al principio, con extrañeza después y al último, con rabia.

—¡Hambre! —gritó casi—, es un abuso ya. Dígale usted que no le mando nada. ¿Cree que tengo mina o qué.? Pide y pide. Eso sí, llora porque le doy mal trato, pero no se acuerda de que me jeringa a cada rato, con su dame, y dame y dame. ¿A dónde vamos a parar? Dígale usted que no tengo. Ya me está cargando.

—Oiga Cornichón. Yo le he traído ese papel porque me rogó mucho...

—Ya lo sé, Lupe, no se mortifique. ¿Usted qué culpa tiene? Ojalá y fuera como usted; pero dígame ¿quién le busca tres pies al gato, ella o yo? Una cosa es una y otra es otra. Sé lo que debo hacer y no necesito que me estén mandando papelitos. ¡Y esto es todos los días, no vaya usted a creer! Ya me tiene hasta aquí—y señalaba el copete—. Cree que soy millonario.

—No sea malo, mándele; peor es que le pida a otra gente.

—¿A quién? —dijo rojo de cólera—¿A quién?

—No se enoje ¡de veras que es usted celoso! a nadie, a nadie.

—Que le pida a otra gente. ¡Verá usted si me tiento el corazón para ponerla de patitas en la calle!

—Pero si parece que me va usted a comer: ¡qué genio!

—No, pero dígame usted; no crea, no me da buena espina eso de que llore y ande con recaditos a su casa y don Encarnación por aquí y don Mauricio por allá; y que si don Mauricio no es como yo. Son picones que me da, pero yo no entiendo de chanzas. Si no le conviene, que se largue con don Mauricio; nadie la detiene.

—No, pero sí es bueno hablar con justicia. Don Mauricio sí la quiere.

—Pues se la regalo.

—¿A que no lo dice de veras? Ya quisiera yo verlo. Vamos a ver, ¿qué haría usted si fuera llegando y los encontrara muy amigotes?

—¿Qué hacía? A ella por coqueta le levantaba la tapa de los sesos y a él... más vale no hablar. Dígame usted la verdad, Lupe (muy apurado) ¿sabe usted algo?

—¡No, hombre, no sé nada!

—Sí, dígamelo... usted sabe algo.

—No sé...

—Entonces ¿por qué me dice eso? Donde el río suena agua lleva.

—No; se lo dije por chiste; por hacerlo enojar nada más.

—¿Palabra?

—Palabra. —y dejó estrechar su mano por la de Cornichón.

—La verdad, sí me puso en cuidado, porque una cosa es una y otra es otra.

—¿Y mi percal?

—Voy a traérselo...

Guadalupe estaba contenta; algo le cosquilleaba en su interior, algo como un remordimiento de haber atizado la susceptibilidad de Napoleón. Remedios era su amiga, pero... Para ahuyentar aquellas ideas encontraba una disculpa ¡al fin todo ha sido en chanza! Era terrible Cornichón: le había dejado doliendo la mano del apretón tan fuerte que le había dado. ¡Suceden unas cosas! Quién había de decir que un hombre como él, tan afortunado, había ido a parar con una cualquiera como Remedios. Yo la quiero mucho, se decía, pero eso no quita que comprenda uno lo cierto, y lo cierto era que su amiga no servía ni para descalzar a Cornichón. Remedios era muy tonta; podía haberse aprovechado. Yo, ¡qué capaz! ¡me hubiera dado una vidurria! Remedios tenía ese defecto, creer que todo se lo merecía, echársela de gran señora, ver a todos sobre el hombro. Si ella la había aguantado era porque, en fin, la conocía desde chiquita. Remedios no valía más que ella; no era pretensión, pero conocerse no es alabarse y si Cornichón, no se había enamorado de ella, era porque se había dado su lugar y por no traicionarla; pero si ella, hubiera querido. Además, eso de coquetear no le gustaba.

—A ver, aquí tiene usted éstos; mire el azulito es muy bonito; buena clase, es el que está de moda.

—¿A cómo?

—Real y medio.

—¿Real y medio? ¿Ya se le olvidó que somos marchantes?

—Es lo menos...

No hubo remedio. Tuvo que sacar los seis reales de las cuatro varas, y los

puso con disgusto en el mostrador. ¡ Creía que se los iban a regalar por sus buenos servicios!

—Tenga. ¿Es doble ancho? Deme cuatro varas ¿pero es lo menos? ¿ lo menos?

—Se lo doy a precio de costo. En otra parte no lo encuentra.

—En "La Sorpresa".

—Pero no de esta clase...

Midió Cornichón la tela; dióle un tijeretazo y rasgóla. Después ruidosamente con las manos, la envolvió ert grueso papel amarillo y entrególa a Guadalupe que le dijo:

—Conque ¿qué le digo?

—¿A quién?

—Pues a Remedios.

—¿De qué?

—¡Ah qué memoria! Pues de eso del papel...

—Que no tengo nada; que no puedo mandarle. —Hizo un gesto de disgusto y dio la media vuelta.

—Entonces ¡adiós!.. Oiga, y todo fue chanza ¿eh?

—Adiós...

Retiróse la muchacha decepcionada, y encontradas ideas preocupaban su magín. Le daba lástima su amiga; pero sentía inmensos deseos de darle la mala noticia, exagerándola con interior placer.

Llegó de prisa a la casa de Remedios, y dejóse caer en el catre de tijera.

—Dame tantita agua, chula.

—¿Qué hubo?

—Malas noticias, tú. Hice todo lo posible; pero no pude. Se enojó, y ya sabes, de que se enoja...

—¿De modo que no te dio nada?

—Nada.

—Pues me amoló. ¿Qué hago? ¿Tú no tienes?

—¡A buen santo te encomiendas!

—Te lo pago. Figúrate; no tengo ni un centavo; lo que se llama nada.

—Está enojado el señor, tú; y es preciso que te andes con tiento. Dice que ya te vas descomponiendo; que los recaditos, que don Mauricio. Ya ves, te Jo dije; que no sospeche nada ...

—¿Me dijiste? Pues no me acuerdo, y sobre todo que ni siquiera he visto a don Mauricio.

—Pues ya te digo; ándate con tiento porque ya sabes lo que es Napoleón. Y eso sí, es chistoso como él sólo; me ha hecho desesperar, ya lo conoces; me hizo mortificar. ¡Ah qué Cornichón! Chuleándome, tú; es incapaz; a mi me da pena porque las gentes son muy habladoras. ¿Crees que me regaló un percal? Míralo, está bonito. No lo quería coger, pero se empeñó.

—Eso es (amargamente) ¡Y no tiene para mandarme un real siquiera!

—No te enojas, mialma; si no tiene nada de particular; bien sabes que a mí

no me da por Cornichón. ¡Ah qué tú! La verdad me ofendes encelándote.

—¿Celosa? ¿Yo? y luego de ti.

—Si ya lo sé que no valgo nada, pero con todo y eso, no creas. No solo tú tienes quien te mantenga.

—¡Pero, no te enojés!...

—Sí, sí me enojo: después de que me expongo a desaires por hacerte un favor, después de que le hablo por ti, vienes allí echándome indirectas...

—No, Lupe, no te exaltes, si te he ofendido, perdóname, no lo he dicho por ti

—Ya lo sé, si te conozco, y yo tengo la culpa. Ese orgullito te ha de echar a perder; por tu orgullito de querer tratar a uno al poco más o menos te ha de ir mal, muy mal.

—¡Tú si que estás fresca! ¡Orgullosa yo! Me extraña que tú lo digas. Si alguien es orgullosa eres tú, que apenas dice uno una palabra, te sulfuras.

—¡Bueno, ya está, doblemos la hoja! Allí te dejo el percal de tu Cornichón... no creas que me gusta vestir de dado, ni nací para mantenida... Tómalo... por cierto lo que me importan tú y Cornichón... me tienen sin cuidado...

—Y ahora qué, ¿quieres buscar pleito? Te aprovechas de la ocasión para echarle a uno los perros. Eres muy díscola.

—Más vale y no...

Accionaban metiéndose las manos en la cara; estaban pálidas de ira. Levantóse Guadalupe y dirigióse a la puerta y la siguió la otra preguntándole:

—¿Y no qué? ¿Y no qué? Dilo...

—Y no mantenida de un hombre casado ...

Dio la vuelta y lanzóse a la puerta.

—¡Mientes! no es casado... ¡Mientes! —y apretaba los dientes con rabia—
¡Mientes! —aulló; pero la otra pisaba ya los primeros peldaños de la escalera, no se detuvo y desde lo alto le gritó:

—¿Envidiosa... envidiosa!...

Lo que Guadalupe le respondió no pudo oírse porque ella, ciega de furor, cerró la puerta, dejóse caer desfallecida en el sillón y sollozando gemía con rabia.

—¡Es casado! ¡Envidiosa! ¡Cochina! ¿Es casado? ¡Miente! ¡Si es cierto, soy capaz de matarlo!

VIII

—A ver, Cenizón, escriba usted lo que voy a dictarle. Púsose en pie una especie de cafre de ocho años de edad, dirigióse al pizarrón, empuñó en una mano el gis, en la otra la toalla y...

—Borre usted.

Borró el muchacho un triángulo isósceles, una suma de quebrados y esperó.

—César... —dijo con voz grave el de la Municipal, el ínclito Borbolla. —
Escriba usted: César.

—Cé sar, —respondió el cafrecito escribiendo.

—Borre usted y escriba más alto: César.

Tornó el muchacho a borrar y a escribir de puntillas, extendiendo el brazo cuan grande era... César.

—Coma.

—Coma.

—Aquel grande hombre.

—Aquel... grande hom—bre...

—Otra coma.

—Coma.

—Fue asesinado por Bruto.

—Fue... ase—sin—ado ¿por qué?

—Per Bruto.

—Per bruto.

—Bruto con mayúscula y punto.

—Punto.

—Ahora analice usted. ¿Qué parte de la oración es César? Linares, siéntese usted derecho, que no está usted en su cama. Usted Montes de Oca, no esté platicando con Perea. ¡Trujillo! (golpe en la papelería) ¡a su lugar!

—Conque —prosiguió Borbolla—¿qué decíamos? ¡Ah! (recordando).
¿Qué parte de la oración es César?

—¡Ay Linares! Ya te veo, sigue, sigue; ya me estás acabando la paciencia ...

y verás, verás, te dejo a dormir aquí. ¿Qué hace usted ahí, Perea?

—Pidiendo mi arismética...

—Siéntese y atienda.

—Conque..

No pudo proseguir el ínclito profesor, porque el rapazuelo más cercano a la puerta le gritó con voz de falsete: "¡Ahí buscan a usted, señor!"

Dirigió sus adormecidos ojos a la puerta y vio la rubicunda cara de don Mauricio, que tímidamente se acercó al bufete.

—Adelante, vecino —dijo en voz alta— ¡en pie señores! ¿No les he dicho que cuando entre una persona de respeto se paren?

Con un gran ruido de bancas, púsose en movimiento el infantil ejército, y con gran rubor y tropiezos repetidos, llegó junto a Borbolla el de la tienda.

—¿Qué milagro, mi grande y buen amigo? ¿Qué dice esa famosa salud?

—Bien, ¿y usted?

—Aquí con esta percha de borricos. ¡Silencio, Montes de Oca! ¡A su lugar! Es la vida cansada, vecino... Conque ¿a qué se debe esta su grata?

—Pues —respondió el brusco y asturiano acento del tendero, contrastando con la voz meliflua de Borbolla, —pues, vengo a un negocilio que quiero, ¿no está usted ocupado?

—Absolutamente compañero. Diga usted, Pedreguera, coloque usted con mucho cuidado el sombrero del señor (mostrando a don Mauricio), y sin tirarlo, en el perchero.

—Pues venía yo a pedirle consejo sobre... ¡qué quiere usted, la de malas,

vecino!

El asturiano hablaba muy conmovido y en voz queda que se perdía en la alharaca atroz que armaban los muchachos, murmullo incesante de voces que se barajaban, trazos de lección estudiados en voz alta, risas, golpes de bancos, conversaciones: uno y uno, dos; dos y dos, cuatro; y aquel sonsonete dominaba el tumulto general, en tanto que maestro y tendero, de codos en la mesa, se entregaban a interesante diálogo: el uno, Burbolla, escuchaba gravemente; el otro relataba, confuso, avergonzado, tímido, no se qué cosas ...

—¡Pero, vecino! ¿Usted? ¿Usted enamorado?

—La de malas... ¡qué quiere... me llegó mi hora!

—¿Y de quién?

¡Ah, qué nube de tristeza pasó por la frente sudorosa del tendero! ¡Qué acento tan triste el de su frase! ¡Qué ansiedad para decirlo con los ojos bajos, como si arrojara su alma toda en aquel nombre!

—De Remedios.

—¿De Remedios? (estupefacto). ¡Pero... vecino! ¿De Remedios?

—De Remedios (amargamente).

—¿Pero no sabe usted lo que pasa?

—Todo lo sé.

—¿Entonces?

—Eso es lo que digo: fue la de malas. ...¡Oh, sí! la quiero y jamás me figuré, se lo juro, vecino, que podría quererla tanto, tanto. —Y se le humedecían los ojos al enternecido asturiano—. Sé que es mi perdición —agregó—,

pero... Sé que ha cometido una falta, y sin embargo, ¿qué culpa tiene uno de querer?

El maestro miraba con lástima, profunda lástima a don Mauricio, como si comprendiese el trágico estado de su espíritu y jugueteaba nerviosamente con la cadena de acero de su reloj.

—Conque, ¿qué dice usted?

—Pues que eso es una locura, vecino, una locura y acuérdesse usted de lo que le digo. Me extraña que usted tan juicioso... tan formal se haya chiflado por esa loca porque es una loca. No le conviene a usted. Si usted me viene a pedir consejo, yo como amigo le aconsejo que no la vea siquiera.

—Pero si ella me manda llamar. ¿Qué quiere usted que haga?

—No ir.

—Eso no, dirá que...

—¡Que diga lo que quiera! ¿Qué le importa a usted lo que diga? Corre usted un grave, un inminente peligro, vecino; cuídese. Ya hablaremos con más calma, pero ¿por qué se va? Siéntese. Descanse otro rato.

—No, tengo que ir hasta el centro, nos vemos allá esta tarde.

—Pues, felicidades. ¡En pie, señores! ¡Adiós vecino! Cenizón... ¿qué es César?

Desconcertado, detúvose junto a las ventanas y frente a la inmensa plazuela don Mauricio. ¿Iría o no iría? Pesaba las razones del de la Municipal, pero su pasión, su deseo, una necesidad avasalladora de ver a La Rumba idolatrada, callaba aquella voz, aquella amenaza, aquella terrible profecía del sesudo Borbolla.

Permanecía indeciso, como uno de esos niños que no quieren desobede-

cer a la mamá, y niño parecía, inocente niño, y llevaba su candidez hasta consultar a la suerte. Lo sabía: si iba a ver a La Rumba, estaba perdido, era capaz de hacer una locura...

—Vamos a ver lo que diga la suerte. ¿Águila o sol? —y metió la mano al bolsillo—. Si sale águila, voy; si no sale, no voy. Conque ¡águila! —Vio la moneda y un gastado sol había salido.

—¡ No se vale! —dijo desconsolado—. A la otra. ¡Águila! ¡Gané! A la tercera es la vencida. ¿Águila o sol? ¡Águila! ¡Qué tal! —dijo loco de gusto.

Vínole una última preocupación, pero ahogóla entrando a la tienda y diciéndole a Francisquillo:

—Envuélveme unas pasas, unas almendras, unas galletas de esas de animalitos, y dame una botella de jerez del bueno; pero pronto, porque ahí viene el tren.

Cargado con el gran bulto, subiósese al tranvía que pasaba.

Cuando llegó a la casa se apoderó de él una timidez tal, que sintió vivos deseos de volverse a su tienda y dejar a La Rumba en paz; pero aquel perfil picaresco, representado más bello aún por el deseo, lo subyugaba y dábale valor. Llegaba a la mitad del patio y retrocedía al zaguán, indeciso, leyendo, releyendo y volviendo a leer el inmenso rótulo: Casa de la... y no seguía adelante. Trémulo, sudando frío, cobarde como un marica, pudiendo apenas sostener la botella y los bultos de papel de estraza.

Fingió esperar un tren; avanzó hasta la Sedería, volvió al zaguán, llamó a un perro tísico, hizo cariños a un muchacho, hasta que la casera, alarmada por el ir y venir sospechoso del asturiano, le preguntó:

—¿A quién buscaba usted?

—A la señorita Remedios...

—Aquí vive —y le indicó con la mano la vivienda de La Rumba, hizo de tripas corazón Y ¡adelante!

Cómo temblaría, qué tal sería su palidez, cual su emoción que la casera lo siguió con la vista hasta que hubo desaparecido.

Tocó sabe Dios cómo, y...

—¿Quién?

—Yo...

—¿Qué mandaba usted?

—¿La señorita?

—Voy a ver si está.

Quitóse el sombrero, enjugóse el sudor y esperó. Estuvo a punto de caer cuando oyó correrse el pasador y se abrió la vidriera... era la criada.

. —Siéntese usted, vaya ver si está...

Se desplomó en el equipal, y hubiera jurado que se oían sus latidos en el silencio de la desmantelada pieza. Zumbaban las moscas abatiéndose en el fondo de un vaso con heces de pulque, olvidado en la mesilla iluminada por un rayo de sol.

El catre de tijera estaba tendido y el asturiano sintió que su corazón se oprimía al ver los pantalones enlodados de Comichón sobre una silla y el sombrero de paja y cinta negra en el cuello de un botellón de barro.

¿Estaría ahí Comichón? Malo, malo. ¿Cómo explicaría su visita?

Encendió un cigarro con temblorosa mano, dio dos fumadas y lo arrojó al piso...

¿Qué sucedería con la criada? ¡Pobre Mauricio! Si hubieras estado con más calma, habrías oído en la cocina este elocuente diálogo en voz baja:

—¿Mauricio?

—Sí, niña...

—¿Y si viene Napoleón?. Ni lo quiera Dios. Estar las cosas como están, y luego ...

—Entonces, ¿qué le digo?.

—Mira, dile que no estoy, que creías que estaría yo aquí junto... pero que salí, ¿eh?. y que si tiene algún recado... Ándale... Espérote.

Y conteniendo el resuello, oyó partir a la criada...

—Pues señor, no está ahí...

—¿No está?

—No, yo creí que estaría aquí junto... pero... dicen que salió... ¿Tenía usted algún recado que dejarle?

—Sí, le dice usted que don Mauricio la vino a buscar y le dejó estos bultos y... esta carta (un billete de a cinco pesos dentro de un sobre pegado), y que volveré.

—Adiós

—Adiós.

Descendió desconsolado las escaleras y la casera no dejó de preocuparse cuando lo vio buscar por todos los rincones.

—¿Qué buscaba usted, señor?

—El inodoro.

—Ahí, detrás de la puerta.

Cuando desapareció dijo la casera a una vecina:

—¿Petrita, vido al gachupín ése? Que se me hace que trae algo entre manos: no me ha dado buena espina.

—Ni a mí tampoco; estaba como con miedo.

—Sí, lo noté... pero que se ande con tiento, porque el patrón es de cajeta.

—La verdad que no le arriendo las ganancias. Mauricio se decía en la esquina: "¡Estoy de desgracia!" Y sí lo estaba.

IX

—Buenas noches —refunfuñó Comichón arrojando sobre el catre su sombrero.

—Buenas noches —le respondió Remedios interrumpiendo la importante ocupación de tejer no sé qué, bostezando, alargando los brazos y llevándose las manos a los ojos. Cruzó la pierna y...

—¿Qué tal?

Cornichón no respondió. ¡Malísima señal! De que el barcelonete callaba, era signo de que estaba enojado o borracho. En tales casos se hundía en el equipal, metía las manos en los bolsillos del pantalón, veía fijamente a la pared, meneaba sin tregua un pie y se pasaba las horas enteras sumido en el mutismo más desesperante.

Paróse dirigiéndose a la pieza, recostóse en una cama de fierro que en ella había, volvió a los pocos momentos para instalarse por segunda vez en el equipal.

Sobre el catre había un bulto. Conoció el parcal comprado por Guadalupe y frunció el entrecejo; adquirió su rostro un aire de ferocidad y comenzó a proponerse cuestiones. ¿Qué significaba aquella tela en casa de su querida? Alguna mala respuesta se daba a sí mismo, porque apretó los dientes, pujó y llevóse la mano a la frente; el movimiento de su pie derecho era vertiginoso.

La Rumba fingiendo indiferencia, seguía tejiendo y solamente se notaba que ni avanzaba un punto, ni el gancho estaba enredado con hilo y su pulso tenía pequeños sacudimientos nerviosos. Cornichón la observaba de reojo. Fijó su vista en el piso y el, fruncimiento de cejas volvió a arrugar su frente; inclinóse y recogió del suelo un cigarro apagado. "Algo, algo indicaba aquello; no pudo contenerse y tomó el partido de pasearse con el aire de una fiera enjaulada a lo largo de la pieza, aventando sillas y profundamente pensativo. Remedios no se movía.

El barcelonete llegó al aparador, se apoderó del botellón, tomó un vaso, iba a verter el agua en él, pero... ¿por qué olía aquel vaso a jerez? ¿Y aquel pedazo de galleta, qué significaba?

—¿Nadie ha venido? —preguntó a Remedios, viéndola fijamente.

—Nadie...

—¿Nadie? —torció a preguntar el otro con tono de inquisidor.

—Per nada.

Tomó su sombrero y...

—Ya vengo...

—¿Qué no vuelves?

—¿Por qué? ¿Te interesaba?

—Sí, para ver si te espero o me acuesto.

—No te apures... no me tardo.

Aquel diálogo, naturalísimo, era trágico; sin embargo, la voz de ambos temblaba; la de él, procurando no traicionar un sordo furor; la de ella, temiendo provocarlo.

Cornichón salió, llegó a la pieza de la casera y... —¡Seorrito! —le dijo— venga acá, oiga, tenga este de a cuatro y dígame: ¿quién ha venido?

—Pues no he visto.

—Sí, alguien ha venido, dígame.

—Pues la verdad, patrón, un señor.

—¿Usted lo conoce?

—No señor.

—¿Qué señas tiene?

—Pues es así, gordito, güero, colorado...

—¿Con un traje aplomadito?

—Cabal. Aparenta ser así, español, porque habla como los gachupines.

—¿Y como a qué horas vino?

—Pues a eso de las cuatro.

—y se fue.

—~~Pos~~ la verdá le diré a usted para no mentir, que no sé la hora que sería, pero se estuvo harto rato allá arriba ...

—¿Y no vio usted si traía algún bulto?

—Sí señor, una botella y unos así como alcartaces grandes.

—Y... ¿dice usted que se retiró?

—Sí, señor, y anduvo tanto antes de salir como al entrar; así como que no se arriesgaba, como que tantaba; y si no me engaño ora que usted entró se escondió tras de la puerta y me pareció verlo hablar con la criada....

—~~Bueno~~, Socorro, pues, no diga nada, ¿eh? Pero me interesó porque subió ¿eh? Y yo creo que quería robar. Avíseme; écheme un ojito; ya usted ve que la niña se queda y luego estos se meten a las casas para ver qué se sacan. Ya vengo, ¿eh? Buenas noches.

—~~Buenas~~ noches y gracias, niño. Dios se lo pague. Entró a la pieza Cornichón. Remedios seguía su bordado y ni siquiera alzó el rostro cuando lo sintió entrar.

La conversación de Guadalupe, el cigarro tirado en el piso cuando él no fumaba más que puro, el olor de jerez en el vaso, el pedazo de galleta, la seriedad de La Rumba, las declaraciones de la casera eran datos suficientes para fundar sus sospechas. ¿Conque La Rumba lo engañaba? Deseos vivísimos le entraban de preguntarle y forzarla a decir la verdad usando de la amenaza; pero no, la conocía, su carácter era indómito y muy capaz de armar un escándalo; era de las mujeres que no ceden... Pero él, Cornichón, ¿se dejaría burlar por una mujer recogida de un muladar? Él, Cornichón, ¿permitiría que un vil tendero se introdujera a su casa? ¡Oh, nunca! Era preciso que Remedios confesara; él sabría la verdad, y si eran ciertos sus temores, entonces... ¡me la pagan!, murmuraba. Se posesionaba de tal modo

de su papel de amante engañado, que hablaba así en voz alta, en tanto que La Rumba lo observaba de reojo, sin interrumpir su tejido, pero pálida, muy pálida. Ella también sabía que el barcelonete era brutal, que una gota de alcohol solamente bastaba para provocar en él aquellos raptos de cólera sin razón; gritaba, pateaba, insultaba en aquellos casos, y estuvo a punto de pegarle una noche, en que se salvó gracias a sus buenos puños.

—¿Qué, no cenamos? —preguntó el barcelonete con songa.

—Nada más me dices qué! —le respondió la otra con el mismo tono.

—¿Cómo qué? Lo de siempre.

—Pues no hay cena.

—¿No hay cena?

—¿Como no me has dado ni un centavo! ¡Yo no me he de volver dinero!

—Bueno. Puesto que no hay cena en mi casa, voy a cenar a la calle.

—Que te vaya bien.

Malas se ponían las cosas. Aquellos diálogos con voz temblorosa, acompañados por miradas insultantes y mímica intencionada, eran presagio de una tormenta doméstica.

Salió Cornichón, perdiéronse sus pasos en el patio y La Rumba, poniéndose en pie, quedó largo rato pensativa, con mirada hosca, gesto adusto, oprimiendo rabiosamente la bola de hilaza.

Mucho, mucho había aguantado, y no, no podía sufrir más insultos de Napoleón. ¿Tenía necesidad acaso?

Ya no era aquella muchacha llena de sueños y aspiraciones imposibles; la costurera tímida que entrecerraba los ojos ruborizada y silenciosa cuando

un hombre había murmurado en sus oídos por la primera vez las dulces pero venenosas frases de la pasión.

No; era la rumbeña sublevada, la muchacha sin educación, la hija del herero brutal decidida a todo, pronta a responder las ofensas con los insultos aprendidos en la plazuela.

Cornichón, por su parte, había llegado hasta la esquina de la calle, y frente al escaparate de una tienda daba vueltas en su magín a todo un mundo de conjeturas.

Penetró al establecimiento y pidió un coñac. Sentóse frente a la mesilla de fierro; encendió un puro, echóse atrás el sombrero de paja y reflexionó, con la vista fija en el aserrín espolvoreado sobre el pavimento. Era necesario fragar un plan, tender un lazo a La Rumba para que ella solita se entregara. Nada de malos modos. Era corno las potrancas cerreras: cedían más a los terrones de azúcar que a los latigazos.

¿Dónde se te ha ido, Cornichón, aquella astucia, aquella sangre fría, aquella penetración de otras veces?

Hazte el que no sabes nada, finge que la quieres mucho y que tu mal talante se debe a que los negocios no van bien. Si Remedios no ha comido, llévale cena. Dale vino; con él le arrancaste el sí y con él le soltarás la lengua. Fascínala con una de aquellas conversaciones que la seducen. ¿No te acuerdas cómo temblaba al eco de tu voz cariñosa en la sombra de la Alameda? ..

Vuelve a comenzar la novela, y así que la hayas dominado, sin alterarte, sin levantar la voz, ¡zas! le das el golpe... y le dirás con ese modito cruel que tú sabes... "mi vida, dos alesnas no se pican... "

—¡Otro coñac! ..

Apurólo de un trago sin parpadear, sentía subir a su cerebro un vaporcito caliente, volvía su buen humor, pensaba más claro, y...

—Póngame —dijo a un dependiente— media libra de queso, una caja de sardinas y una botella de vino tinto ...

Envolviéronle las mercancías y volvió a su casa, subió sin hacer ruido y espío... La Rumba seguía tejiendo ...

—¿Hay pan siquiera, Remedios? Si no hay, que lo traigan, toma —y dio a La Rumba una moneda. La Rumba no se movió...

—Vamos a ver (tomando su cabeza entre las manos), vamos a ver, ¿por qué estás enojada?. (Pausa) ¡Mal genioda! (Otra pausa). ¿Ya no me quieres?

La Rumba lloraba, ese era su flaco; de que le hablaban con cariño, se convertía en una paloma.

—Tú eres el que no me quieres, ya ves... te pedí... y no me mandaste y dijiste... (Pucheros).

—Hijita, no tenía, por eso; pero... ¡sí, tienes razón! Pero mira, aquí te traigo, ¿me perdonas? Ya sabes que mi genio es así. Ríase, ande, ríase, no me ponga tan mala cara y déme un beso.

—Déjame, déjame...

Las puertas de palo se cerraron, la luz del quinqué se filtraba por las rendijas y salían de la vivienda de Cornichón el repiqueteo de platos y cubiertos, voces que dialogaban y una botella que se destapaba.

Remedios cruzaba algunas palabras con la cocinera.

—¿Y qué más te dijo don Mauricio?

—Nada más. ¡Ah! que quería venir pero que mañana se va a Toluca.

—Que no sepa nada el señor. Ya lo conoces. Es capaz de figurarse otra cosa

y hacer una diablura. Trae los frijoles. ¿Están calientes? Y vente a levantar los trastes.

Reinó el silencio en aquella casa de vecindad; oíase sólo el rumor de los molinos de café y el de los platos que lavaban en las cocinas; uno que otro maullido de gato en las azoteas. Todo parecía reposar tranquilo bajo las alas del sueño. Pero allá, tarde, muy tarde, los vecinos despertaron sobresaltados por el estruendo de un disparo de revólver y el desesperado acento de una voz que gritaba: ¡Socorro!

X

Nada había cambiado de aspecto en la plazuela de La Rumba. La iglesia seguía desmoronándose lentamente; dormitaba el gato en el balcón entrea-bierto de la casa cural, y todo parecía tranquilo bajo aquel sol vespertino que fingía una aureola incandescente a la torcida y negra cruz de la parroquia.

Era tal el silencio, que el agua de la pileta al desbordarse, remedaba un rumor de risas; roce de alas las basuras removidas por el viento, y sonaban apenas las ramazones del chopo. La fragua de Cosme Vena roncaba, y las sierras movidas por vapor de la maderería dominaban todos los ruidos con su gigantesco rezumar de contrabajo, largo lamento casi musical.

Ardía la arena en el piso, acribillada por los mil rayos del sol quemante, mientras convidaba a fresco reposo la acera cubierta de sombra, refrigerada por el hálito salitroso de las casas húmedas.

En la tortillería, de cuando en cuando sonaba franca carcajada, y en la escuela reinaba el silencio mientras duraba la clase; pero a la hora de estudio, salían de sus ventanas, completamente abiertas, todas las voces y todos los rumores.

— Venadillo, Francisco...

—Presente.

—Vencino, José.

—Presente.

—Zapata, Zeferino...

—Presente.

—Zamudio, Rito... etc.

A la lista seguía el coro de lecciones, estudiadas con escándalo; los reglazos repetidos en la mesa, o el chillón:

—¡Señor Borbolla! ¿Con permiso?...

—¡Está ocupado!

O el:

—¡A su lugar! —mandato enérgico del sesudo profesor ...

El tranvía pasaba cada veinte minutos alegrando aquella calma con el repiqueteo de sus cascabeles.

Sin temores picoteaban en el suelo los pájaros albergados en el pirú de la casa parroquial, y la enhiesta chimenea de la cercana fábrica arrojaba negras bocanadas de humo.

El gendarme departía en voz baja con el pulquero sin consumidores, y don Mauricio, en el fondo de su tienda, dormitaba recostado en enormes tercios de semillas, siempre inconsolable y agujijoneado por un constante e intenso recuerdo: el de La Rumba, aquella Remedios que lo enfermaba.

Grandes luchas sostenían en su embrionario cerebro la pasión indomable y

la memoria de los consejos que diariamente le daban sus amigos.

En aquellos momentos de paz en que Francisquillo en la trastienda partía azúcar, no había marchantes y nubes de confiadas moscas se extendían en el sucio mostrador, el pobre asturiano daba rienda suelta a sus meditaciones, que tenían siempre por fin o una in terjección entre dientes o un profundo suspiro, ruidoso y franco.

Era verdad; si pensaba en serio —lo había dicho el padre Millicua— tenía en primer lugar que despejar del campo a Cornichón y después casarse con Remedios. Si su fin era sólo buscarse un pasatiempo —se lo había repetido cien mil veces el sesudo Borbolla se exponía a perderlo todo: La Rumba era una pérdida, una mujer sin alma que jugaría con aquel su insensato amor, y después de haberle vaciado los bolsillos le daría las buenas noches y ¡hasta nunca!

No; eso no era verdad. Remedios no era mala. Un error, ¿quién no lo comete? El arrepentimiento todo lo borra, y hay almas (un paisano suyo lo escribió en cierto cantar), hay almas puras que anidan en cuerpos enfermos como las aves blancas en los troncos secos.

Y el tendero se conmovía. Su existencia toda, sus deseos, sus pasiones, habían dormido en el fondo oscuro de una tienda; su espíritu no había flotado en otros horizontes que los de aquel La Rumba oliente a bebidas alcohólicas y a semillas secas; y el amor, esa enfermedad hereditaria de todos los corazones, sin antecedentes, sin síntomas anteriores, de un golpe, como fulminante mal se había declarado en el suyo, y lo que es peor, a una edad en que los afectos son incurables. Había momentos en que se decidía a todo, se resignaba a darle su nombre borrando aquel párrafo —Cornichón— de la vida de su adorada; pero un yo no sé qué, un último escrúpulo, enfriaba sus calurosas decisiones y lo sumía en un aliento abrumador y en unos celos irremediables.

La herrería de Cosme Vena sonaba a lo lejos, en la tortillería comenzaban de nuevo las faenas.

Pitaba el silbato de la fábrica, llamaba a la hora santa la campana de la parroquia, y cantaban en la escuela no sé qué himno pedagógico. Aquellos ruidos familiares, inadvertidos otras veces, tenían entonces una elocuencia desconocida que complicaba la situación moral de don Mauricio. Y ¿cómo no? Al arrullo de aquellos ecos del trabajo germinaron sus primeros proyectos: por aquella acera cubierta de sombra transitaba la niña desairada todavía; veíala correr con los brazos desnudos, mezclada con los muchachos, en persecución de un papalote, y desde entonces el rubio mocetón la quería, la miraba de un modo insinuante fijando sus ojos en los negros, grandes y aún candorosos de Remedios. Desde aquel mismo rincón sintió estúpidos celos por Chito cuando los veía retozar en el polvo de la plazuela. ¡Cuántas veces se estuvo horas enteras devorando con la mirada la puerta de la herrería en cuyo dintel se recargaba La Rumba, ya esbelta, llevando ya en sus formas el primer beso de la pubertad y destacada fantásticamente en el fondo de llamas rojas de la fragua! Pensaba contar sus ahorros, arreglar sus deudas, cobrar lo que le debían, restaurar la vetusta tienda, alquilar una casa y vivir en ella con la soñada hija de los Vena; pero su imbecilidad, su timidez, sus preocupaciones, lo habían hecho infeliz. ¡Si él hubiera hablado con la familia; si él se hubiera atrevido a decir lisa y llanamente a La Rumba que la quería!, quizá... ¡Ese Cornichón —aullaba con sorda ira— ¡Deshonrada! —gemía con intensa amargura.

Pero ¿quién se había de fijar en que un pobre tendero se casaba con una costurera que se había largado con otro? Sus vecinos. ¿Y qué le importaban sus vecinos? Y volvía a quedarse frío cuando el amor propio sofocaba los impulsos del amor de Remedios. Temía, temía aquella maldición de las gentes de su plazuela; el zapatero se burlaría de él; Borbolla, el sesudo pedagogo, le lanzaría una filípica aprendida ad doc en cualquier libro de lectura; el aguador perjuraría arrojando ternos, el pulquero lo vería sobre el hombro; los vecinos y el cura se harían cruces y el mismo don Cosme le tomaría a mal aquel paso que lavaría la mancha deshonrosa arrojada a su nombre por Cornichón. ¡Pobre Remedios! No había uno, uno solo, que bajara al fondo de su corazón de mujer, para descubrir las fuerzas poderosas que arrastran a las que caen. No había uno solo que atenuara su falta, y todos parecían complacerse en anotar un nuevo error, una nueva maldad en la punible conducta de la muchacha; pero también digna de compasión.

Todos eran jueces airados, porque quizás ninguno de ellos había amado.

Don Cosme se había enflaquecido, y al recordar a la hija golpeaba más fuerte en las barras incandescentes, y se pasaba la mitad de la vida envenenándose con el pasado sueño de los beodos; la madre devoraba su dolor en los rincones, cuando el reumatismo le atenaceaba los miembros; oía llegar el tranvía de las ocho, y los pequeños lloraban de hambre colgándose a sus faldas; el padre Millicua arengó al herrero, pero el herrero no quiso transigir: ¡que se pierda! respondió cuando el cura le advirtió que aunque iba a la mitad del camino, "podía volver al puerto de la enmienda, como la oveja que retorna al redil".

Todos la abandonaban en su caída; no había uno que le tendiera la mano, que le diera un consejo; sólo él, y a él le reprochaban, primero, su amor por servil, y después, su compasión por indigna. ¿Y qué haría?

Largo y agudo grito lanzó el silbato de la fábrica, la campana sonó su última llamada al rezo, oyóse ruido de bancos en la escuela, después el griterío de los muchachos que como toros disparados del corral, se lanzan a la arena; la música del cuartel cercano ejecutó un vals y los primeros criados comenzaron a entrar a la tienda para comprar su mandado.

Bajáronse del tranvía algunas personas que vivían cerca; y cansados albañiles, sudorosos cargadores, empolvados canteros y ociosos, comenzaron a acumularse frente a la cantina para apurar tequila con membrillo, catalán con amargo y refino con dulce.

—¿Qué hay, don Encarnación?

—¿Qué hay don Mauricio? ¿A qué horas llegó de Toluca?

—Llegué a las dos, vecino, ¿Qué se hace?

—Pasando... y ¿qué tal le fue? ¿Qué tal el camino?

—Muy bien, vecino; primoroso, primoroso es ese camino; pero... ¡un frío!

Diría que se le entumen a uno los huesos. Y una comida... ¡ah, qué comida tan mala! Llegué a un hotelillo y no pude dormir: sin cobijas y hecho un granizo... ¿y usted? ¿No ha sabido nada de aquello?

A la última pregunta hecha con timidez, respondió el zapatero con tono desconsolador:

—¡Nada! No he salido porque se me ha cargado el trabajo y no he tenido campo para ir.

y después agregó:

—Ya vuelvo, voy a dejar estas suelas —y salió.

Volvió a reanudar el preocupado mocetón su interrumpida serie de reflexiones, compadeciendo a La Rumba. Nadie la recordaba ya; había muerto para todos los vecinos, maldecida por sus padres, odiada por sus rivales, insultada por Chito, y hasta los muchachos que antes no se la pasaban sin ella, jugaban lo mismo que siempre a la luz de la luna, y él en tanto callaba, pero sentía sangrar la herida en su pecho, allá muy hondo, muy hondo.

Llegó el insigne Borbolla anunciándose con sus exclamaciones de costumbre.

—¡Mi grande y querido amigo! ¿Qué hay de nuevo? —y no se ocupó de preguntarle por el éxito de su viaje.—¿Qué bien quedó usted la otra tarde! Lo estuve esperando hasta las siete. ¿Qué se hizo?

No pudo responder el mocetón desconcertado, más por lo que debía contestar al profesor que por la pregunta.

—Tuve un negocillio.

—A poco (maliciosamente) se me fue por allá, ¿eh?

—No (mal seguro).

—¡Que no! En la cara se lo estoy conociendo. Malos pasos lleva, muy malos. Usted no ha de escarmentar hasta que no le suceda un fracaso. Le anda buscando tres pies al gato...

—¡Hombre! ¡Hombre!

—Sí, amigo, ha ido, lo he visto medio tristón. Y no vale la pena la tal Remedios para esos quebraderos de cabeza.

—Adiós, pues qué ¿sigue pensando en ella? —interrogó don Encarnación apareciendo en escena.

—Sí, amigo, está chiflado; y dígame usted: ¿no está eso malo, muy malo? Comprendo que sacrifique uno su tranquilidad, por algo que valga la pena; pero... en fin, el que por su gusto muere. Echese el ajedrez. A ver (dirigiéndose al auditorio): ¿Quién es el valiente que quiere echar un mate?

—Echémoslo —respondió al de la Municipal el vecino aquél que había llegado.

Encendió don Encarnación su cacho de puro y el asturiano volvió a sumirse en sus reflexiones, dedicándose a fabricar simétricos envoltorios de arroz, paquetitos de canela y tlaeos de té.

—¿ Por qué tan triste?

—¿ Yo triste, don Encarnación? La verdá que ya me cargan con eso de verme si no triste, enojado; y si no enojado, triste.

—Pa qué lo niega, hombre, si se le conoce que no le llega la camisa al cuerpo.

—Vaya, pues entonces sí, ¿y qué?

—Nada (resignado): no se enoje usted. Ahora sí que porque se le pregun-

ta... Si lo hago es por su bien... y además, ¿qué me va ni qué me viene?

Dos rancherotes de sombrero ancho y armados de una varita de membrillo, penetraron a la tienda y pidieron dos anisetes. Sentáronse en la banquilla inválida que en un rincón había bajo un anuncio de cerveza y un programa de toros, y pusieron a dialogar en voz baja, dirigiendo a todos lados miradas de soslayo. Uno de ellos acercóse a Francisquillo y...

—Usted dispense —le dijo— ¿esta tienda es todavía de don Regino?

—¿De don Regino? Nunca ha sido más que de don Mauricio Peláez.

—Oiga, ¿el de Ameca que está ora en Tultenango?

—No, señor; está en México...

—¿En México? ¿Ya lo oye, compadre? ¿No decía que en Tultenango?

—Pues me habían dicho.

—Quería yo ver si compraba —agregó el compadre— una carga de chile pasilla de mi tierra. ¿A dónde se le ve?

—Pues aquí, mírelo —y Francisquillo señaló a don Mauricio, que seguía envolviendo arroz— ¿Quiere que le hable?

—No, déjelo; está ocupado: mejor vuelvo mañana. Oiga —agregó misteriosamente echándose el sombrero atrás y sonriendo con malicia— oiga, y usted que es del barrio, ¿qué ha habido de Remedios?

—¿Qué Remedios?

—¡Hágase! La hija de ese herrero que dizque se largó con uno.

—Pues yo no sé.

—Me habían dicho que dizque el padre la había vuelto a golpes a su casa. ¿Quiere un cigarro?

—Gracias, no fumo.

—Sí, eso me contaron, y usted debe saberlo.

—Pues lo que es con su padre no está... ¿Usted la conoce?

—¡Vaya! conque era mozo de la casa donde cosía. ¡Nada más dígame! ¿Qué horas tiene?

—Las ocho —dijo el dependiente mirando el relojillo de níquel colgado entre un altero de tompeates vacíos y una gradería de cajones con fideos italianos.

—Las ocho, compadre. ¿Vámonos? No pague, ya está pagado.

—Que yo pago.

—¿Compadre?

—Vaya, gracias. Adiós, muchachito —dijeron a duo y salieron. Francisquillo no los perdió de vista, y notó que desde la calle observaban con insistencia al tenducho, y quizá, notando que eran vistos, decidieron entrar.

—Háblele a su patrón...

—Don Mauricio, aquí lo buscan.

¿Qué se ofrece?

—¿Quisiera usted dispensarnos una palabrita? ¿Es usted uno llamado Mauricio Peláez?

—Servidor, ¿qué ocurre?

—Que lea usted este papel —dijo mostrándole uno, sin soltarlo, al mo-
ceton que se puso densamente pálido, tembló todo él y dijo en el último
grado de la emoción:

—Pero eso ha de ser una equivocación: ¿yo preso?

—¿Usted es Mauricio Peláez, dueño de "La Rumba"? —Sí; pero no he
cometido crimen.

—Pues entonces (con grosería), arrée.

—¿y usted quién es (enfullinado) para aprehenderme?

—¿Quién soy? Ahora lo verá. Compadre, llámese al gendarme.

A los pocos momentos apareció éste y...

—Don Mauricio, vamos a la Inspección.

—Pero ¿por qué? (enojado). ¿Qué he hecho?

—Nosotros no sabemos, pero es la orden que nos han dado, y

—Pues no voy. (Decidido.)

—Más vale por la buena —agregó el gendarme—, el que nada debe, nada
teme. Ande, vecino.

—¿Pero díganme ustedes (dirigiéndose a los ajedrecistas que se habían acer-
cado), qué he hecho?

—No sabemos, pero la orden...

—¿Pues qué pasa?

—Pues qué ha de pasar (con desesperación), ¡que me quieren llevar preso!
¿Y qué ha de ser ahorita?

—En este momento.

—¿Y quién se queda aquí?

—Pues usted sabe; pero la orden...

Corrió la noticia con eléctrica rapidez y agolpóse una multitud de curiosos; permitieron que fuera en coche el aprehendido, hacíanse comentarios a cual más infundado y transmitióse el escándalo. "¡Se llevan preso a don Mauricio! ¿Qué haría?"

Preguntaba todo el mundo a los gendannes; pero éstos y los de la reservada no respondían categóricamente más que:

—Es la orden.

—Dame —dijo llorando a Francisquillo— dame unos cigarros. Cierras ¿eh? cuidas. Y calóse el fieltro café, subiósele la corbata al pescuezo y con el cuello del saco parado, hecho ya un marica, ya una fiera, trepóse al coche diciendo:

—Esto es una injusticia.

—Es la orden... —le respondieron.

—¿Pero qué he hecho?

—Es la orden...

Un golpe de portezuela, una interjección asturiana y la voz del gendarme que trepándose al pescante, dijo al cochero:

—¡ A la Inspección!

XI

El de la Municipal no había podido separarse de sus muchachos. Encarnación Zapata, quizá porque no lo declararan sospechoso, no se había atrevido a preguntar en la Comisaría el porqué de la aprehensión de don Mauricio. Así es que La Rumba, antes pacífica, estaba sobre ascuas por saber la suerte del eximio asturiano. Ni una carta, ni un recado, ¡nada! Francisquillo había quedado encargado del tenducho, cuyos asiduos compradores iban desapareciendo uno a uno, y era tal el escándalo de los sucesos acaecidos en el barrio, que dieron motivo para un largo sermón del padre Millicua el último día del Jubileo, en su parroquia. Los muchachos jugaban con menos bullicio, los vecinos de conciencia poco limpia estaban en un brete, salían rara vez de su casa porque aquello de que la justicia anduviera de aquí para allá, no denunciaba nada bueno... y... había más de un culpable.

Los comentarios no faltaron. ¿Sería por robo? ¿Sería por monedero falso? ¿Por asesinato? ¡Quién sabe! Pero el caso es que don Mauricio permanecía en Belén hacía un día y una noche, y la prensa no había dedicado un uárrafo al mocetón

Encontró áquel vecino, el ajedrecista Cervantes, una oportunidad para vociferar sobre el actual estado de las cosas, y Zapata le suplicó que no hablara del Gobierno. ¡Quién sabe, decía, si nuestras disputas ¿se acuerda usted don Teodoro? hayan sido causa de este enredo. Y quedaban mudos y profundamente preocupados; olvidado el tablero, sin la y un entorchado la vihuela, y tristemente desierta la tienda, aquel refugio favorito para las horas de descanso.

Aquella noche hallábanse reunidos, Francisquillo sacudiendo botellas llenas de agua y municiones; Zapata fumando desesperadamente el cacho de un puro, y Cervantes mordiendo el puño de su bastón antediluviano. El sesudo Borbolla se había retardado. Reinaba el silencio.

—A ver si Borbolla trae noticias.

—¿Qué, fue?

—A la Inspección no, pero sí al centro.

—Vamos a ver...

y volvieron a sumirse en nuevo silencio. Dieron las ocho y se oyeron poco después los cascabeles del tranvía, cuyo timbre sonó al pasar frente a la tienda y se detuvo. Pararse y precipitarse a la puerta fue uno. Bajóse del vehículo Borbolla a toda prisa, y en medio de la fisonomía ansiosa e interrogante del auditorio, prorrumpió en sonora exclamación, y mostrando un húmedo periódico, clamó:

—¡Aquí está todo!

—¿A ver? (Coro.)

—Paciencia —y retiró a los que querían apoderarse del representante de la sociedad— o Calma, amigos, calma, déjenme tomar resuello...

Echóse el verdoso sorbete atrás, secóse con la mano el sudor, desabrochóse el chaleco y abriendo las piernas y recargando la cabeza en los tercios, se entregó al reposo.

—Pues ni se figuran. Tienen ustedes que iba a tomar muy tranquilo mi tren, cuando me ofrecen este número de El Noticioso, y veo: "El crimen del callejón de las Mariposas", y lo compro

—Lea usted.

—Allá voy. —Quitóse el sombrero, desdobló y extendió el periódico que olía a húmedo, pidió una poca de agua que trajo a la carrera Francisquillo, y en medio de la inquieta creciente curiosidad de Zapata, que se empinaba sobre su hombro para leer, Cervantes, que tenía la boca abierta, Francisquillo, que había palidecido, después de toser leyó:

—"El crimen del Callejón de las Mariposas. La Vivienda. Otra mujer que hiere. La víctima. Una botella de jerez. La pistola. ¡Pobre amante! ¡A la Comisaría!"

"Escandaloso —decía el diario— es el incremento que toma el crimen, y apenas si hay día que no tengamos que informar al público de uno nuevo. La sociedad va de mal en peor.

"Cubrían las sombras de la noche el sucio callejón de las Mariposas; serían las once y media cuando el gendarme del punto, el número 537, oyó que pedían socorro y acudió a la casa número 20, llamada de La Preciosa Sangre, y era de donde las voces salían. Los vecinos todos estaban en pie y dijeron haber oído un disparo y voces que pedían auxilio.

"Llegaron otros gendarmes, que oyeron el silbato de alarma y subieron a la vivienda número 20, cuyo plano publicamos a continuación:

"Los puntos indican el rastro de sangre.

"El gendarme llamó varias veces y nadie le respondió; pero oíanse dentro sollozos sofocados y un lúgubre quejido. Hubo necesidad de abrir las puertas y de encender cerillos porque la primera pieza estaba a oscuras. Penetrando a la segunda, que se hallaba sumida también en la oscuridad, se oyó un grito dado por

OTRA MUJER QUE HIERE

Y dijo a la policía: "¡Yo he matado a ese hombre!" Su aire espantaba: lívida, convulsa, sollozante y casi desnuda, parecía la sombra de Macbeth señalando

A LA VÍCTIMA

"Un joven como de 28 años que yacía boca abajo tirado en el suelo y respiraba penosamente. Se le interrogó pero no pudo responder; estaba bañado

en sangre y se quejaba débilmente. La mujer que lo había herido, una hermosa joven, bella, pero flor del crimen, gemía con desesperación; fue

LA BOTELLA DE JEREZ

"La policía encontró, en efecto, una tirada en el suelo, así como huellas de sangre y mendrugos de pan. Bajo la cama se halló

LA PISTOLA

que es de calibre 43, número 203,535, y estaba cargada con 4 balas todavía.

¡POBRE AMANTE!

"Según nos informaron, estaba el joven C. locamente enamorado de Remedios Vena, que así se llama .la criminal, y ella lo engañaba con un tal Mauricio, que se ha capturado ya por sospechas de complicidad en este atentado. Pidióle,el joven C. cuentas y (esto lo ha declarado una criada a última hora) ella le contestó con insultos; él empezó a quejarse y a chancearse con ella, enseñándole la pistola y diciéndole: "te voy a matar!" Entonces ella se le abalanzó apoderándose del arma, lucharon ambos, uno por quitarla y el otro por retenerla, hasta que se oyó el disparo y cayó en tierra el joven C.

"Hasta ahora se ignoran los móviles que pueden haber guiado a la joven Remedios a cometer el crimen; se sospecha que fue instigada por el Mauricio de que hemos hablado.

A LA COMISARÍA

"El cuerpo del desventurado joven C. fue conducido a la Comisaría de la 38a. demarcación, así como Remedios.

Daremos pormenores.

Lucas G. Rebolledo. (Repórter de crímenes)."

—¿Qué tal? —dijo saltando Borbolla—. ¿Qué tal? ¿No se los dije? ¡Me alegro! A ustedes les consta que le advertí mil veces a don Mauricio que no se metiera en aquella casa. ¡Ya lo ven! Ya me lo sospechaba, ya me lo sospechaba.

—¿Y yo?

—¡Que barbaridad!

—Está feo el negocio, muy feo, no crea. Hay cosillas de por medio.

—¡Se amoló! ¡Se amoló!

—¡Qué no tiene remedio!

—Pero no llore, Francisquillo.

—¿Les parece poco quedarse en medio de la calle? —contestó secándose los ojos.

—¡Pobre de don Mauricio!

—¡De veras que pobre!

XII

"UN JOVEN HERIDO POR UNA MUJER.—En el callejón de Las Mariposas acaba de cometerse recientemente un crimen o de suceder una desgracia.

"Una hermosa chica que, según se dice, responde al nombre de Remedios, tenía relaciones con un joven, quien se había enamorado perdidamente de ella.

"Parece que dicho joven llegó a saber o a sospechar que Remedios le era infiel, y le pidió cuenta de su conducta. Las palabras entre los amantes comenzaron a subir de tono, y llegó un momento en que el joven, más que como verdadera amenaza, a título de broma, según una de las declaraciones que hasta ahora ha recogido la autoridad, sacó un revólver y le dijo a Remedios que iba a matarla. Esta se lanzó sobre su adversario para arrebatárle el arma, y en medio de la lucha que se entabló, se disparó la pistola, cuyo proyectil hirió al mancebo.

"Cuando la policía llegó al lugar del suceso, el herido no podía articular palabra y fue trasladado a la Inspección de policía correspondiente, lo mismo que Remedios.

"Se ha practicado la aprehensión de un individuo por sospechas de complicidad en el hecho que acabamos de narrar."

Tal párrafo fue el grito de alarma, no sólo para los vecinos de La Rumba y el callejón de Las Mariposas, sino para la sociedad entera. El periódico más leído de la capital levantó ese inmenso murmullo que acompaña a los escándalos, cuyo punto inicial es el crimen y, cómplice activa, la prensa.

Remedios, tú querías hacerte notable, que se hablara de ti... pues has conseguido tu deseo —no discuto los medios— pero en un segundo, tu nombre ha recorrido el espacio que separa la mesa de un gacetillero de ese monstruo que te fascinaba: la sociedad. Muchacha alocada, tienes ya tu lugar en la gran comedia humana, y el público ha leído con avidez ese capítulo cuya trama —esa trama vulgar de todas las tragedias fue el amor, y cuyo desenlace ya presienten los filósofos inéditos de La Rumba.

Para tu carácter el golpe debe haber sido terrible; debe haber vibrado tu ser con todos los estremecimientos: el pavor, el miedo, la vergüenza... ¡Qué sé yo! Ese es el prólogo de emociones que preceden a la gloria, que está al otro lado del océano, y para atravesarlo se requiere ser buen nadador. Lo viste de lejos (al océano) misterioso a veces, amenazante, risueño, pero siempre enorme; te vino el deseo de surcarlo, temiste; después... quisiste medir con la mirada su profundidad, pero las ondas engañosas te pintaban

muy cercano, muy limpio, muy sereno el fondo... Metiste un pie, como los alumnos tímidos de una clase de natación, lo retiraste tiritando... volvió el temor y latió de nuevo el deseo en tu ardiente cabeza; invocaste, ¿a quién invocarías? Cerraste los ojos y... ¡al agua! La ruda impresión del frío, el golpe, las ondas revueltas bramando a tu lado, te arrastraban; querías volver a la orilla, pensabas en la muerte, pero ya estabas al otro lado.

Las lejanías, pobre rumbeña, no eran aquella ciudad de mármol rosa que fingían los celajes (como dijo aquel sabio) sino... ya lo viste: Cornichón, muchos gendarmes y un comisario. Pero vuelve el rostro, ¿oyes? No, no es tempestad; es que el piélago que surcaste, cuya calma has turbado, sigue inquieto, y esas olas que se levantan son tu huella que aún no se borra. ¿Estás contenta?

No sé qué respondería Remedios a tal pregunta, pero lo que sí sé es que el recuerdo de aquella noche será imborrable en su memoria. No he conocido los detalles del crimen o desgracia (vamos a ver qué sale) pero sí las escenas que le sucedieron.

El tendajón de "La Camelia" cerró sus puertas, indicio seguro de que las once y media habían dado ya. Desiertas estaban las aceras, y en el empedrado algunos perros trasnochadores, en grupo, se olfateaban reconociéndose.

Vibraba un pico de gas, el gendarme acabó su ronda, tocó el silbato, puso en la esquina su linterna, y envolviéndose bien en su capote, porque la noche, aunque serena y bella, estaba muy fría, fumó un cigarro, tosió despertando ecos, y con el kepí echado sobre los ojos y la bufanda sobre las narices, se acurrucó en el quicio de una puerta. Todo callaba, aunque de vez en cuando claros y distintos se oían unos estudios de Lecoupey que tocaba en el piano algún vecino de la otra calle, y vagos, lejanos, perdidos los toques de pistón y contrabajo marcando el compás de polka en alguna casa en que había baile.

En el 20 todos dormían, y sólo en las azoteas una pareja de gatos enamorados entonaba trémula anacreóntica, que imitaba los vagidos de un niño chiquito: serenata de maullidos.

La fuente del patio (detalle nocturno que nunca falta) murmuraba, rezaba, reía, lo que ustedes quieran, al desbordarse en el amplio caño.

Salía un rumor de voces de la vivienda de Cornichón, algo como una conversación muy animada; pasos precipitados después; manotazos en la mesa; una carcajada burlona; silencio; nuevas voces; otra pausa; un ropero que se abre y un ¡ay! de espanto y risas. .. Dos voces, una que amenaza y otra que reconviene; el vecino de junto que despierta y tose, enciende luz, espía y vuelve a acostarse.

Pasarían diez minutos y el vecino volvió a despertar y oyó en la vivienda de junto muebles que caían y voces sofocadas.

—No —decía una— no la suelto ...

—Veremos —respondía la otra.

—¡Señor! ¡Patrón! ¡Niña! ¡Las carga el diablo! —clamaba una tercera, y por último, una detonación y un grito desesperado en el corredor: ¡Socorro!

El vecino, temblando, envolvióse (en paños menores) en la frazada, y descalzo abrió su puerta.

—¡Socorro! —gritó a su vez—o¿ Qué pasa? ¿ Qué pasa?

—¡Lo ha matado! —gimió la criada bajando las escaleras— ¡Casera! ¡Casera! ¡Un gendarme!

Todo el mundo estuvo en pie al momento; veíase la multitud medio vestida en el patio y alumbrada por la luna; huyeron los gatos espantados; armaron los gallos sin igual algarabía; ladraron los perros.

—¿Qué pasa? —preguntaban los vecinos azorados.

—¡Que lo mató! —respondían viendo el corredor, sin que uno sólo se

atreverse a entrar a la vivienda de Cornichón, cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver la mesa y en ella un candelero cuya vela de sebo se consumía con enorme pabito y flama de cirio que hacía relampaguear en la sombra rojizos y móviles reflejos.

En la calle, el tumulto era mayor. La casera no podía abrir el inmenso zaguán, y afuera daba en él golpes desesperados el gendarme. Desde los balcones le gritaban: —¿Qué pasó? —cuando crujieron las puertas y se abrió la casa, precipitándose una multitud de curiosos al patio.

Cruzábanse comentarios en voz baja, tiritaban de frío y de miedo los vecinos, cobijados con lo primero que habían hallado a la mano: una sábana, una frazada, un saco echado a toda prisa sobre los hombros.

Trágico era el cuadro de aquella sorda agitación bajo la serena, dulce y pálida luz de la luna somnolienta y grave ...

Danzaban las linternas de los gendarmes, lloraban los niños asustados en el fondo de los calientes cuartos y un oficial había entrado a caballo hasta el patio. Subieron él y gendarmes a la vivienda, entraron, y la ansiedad del vecindario llegó a su colmo. Los más atrevidos espían temerosos, pero nada veían más que el fondo de la alcoba vivamente iluminada, y corrían a esconderse cuando algún gendarme se acercaba, alarmados por los convulsivos sollozos que de la vivienda salían.

—¡Trescientos sesenta! —gritaba el oficial, arrastrando su espada en los ladrillos.

—Aquí estoy —respondía el gendarme, saludando militarmente.

—Se me para aquí y que no me entre nadie. ¡Cuatrocientos ochenta!

—¡Presente!

—Váyase allá adentro y que nadie me salga ni toquen nada. ¿Quién fue el primero que llegó?

—¡Trescientos cincuenta y siete!

—¡Trescientos cincuenta y siete! Véngase conmigo. ¿Qué quieren ustedes señores? ¡Atrás! ¿Me hace usted favor de retirarse?

—Estaba yo viendo...

—No tiene usted que ver nada.

—Sesenta!

—¡Presente!

—¡Al zaguán! ¡Casera! Que lo ayude a usted. ¿Quién es la Casera?

—Yo, señor.

—Eche a todos los que no vivan aquí. Afuera señores. ¿Usted vive aquí?

—No, señor.

—Pues sálgase.

—Quería yo ver.

—No ve nada, sálgase ...

—Pero no me empuje.

—¡Sálgase!

—Pero no me pegue. ¿Para qué le sirve la boca?

—¡Sálgase!

—Verá. Se lo digo a mi tío, al general, y le cuesta el empleo...

—¡Dígaselo a quien quiera ... y este ¡a la comisaría! Yo lo enseñaré a respondón... (Risas, protestas ...)

—¡Señenta! Que nadie me entre. Favor de irse, señores

Y el activo oficial montó, espoleó a su caballo, y sacando chispas del empedrado, sonando su espada, se perdió por las calles oscuras, silenciosas, desiertas.

En la calle, platicaban las familias de balcón a balcón:

—Buenas noches, vecino, ¿qué dice usted?

—¿Qué dice usted? don Teodoro ¿y la señora?

—Con el ataque... Creíamos que era quemazón.

—¿Oyó usted el tiro?

—Yo no, ¿y usted? .

—¡ Cómo no! fue feroz...

—¿Y quién, eh?.

—Dicen que un francés...

—¿Ese de aplomado?

—Pues dicen... Conque ya veremos mañana. ¿ Usted gusta? Hace un friecito (tiritando) y luego estoy acatarrado, y el sereno es malo. Buenas noches.

—Que usted la pase bien.

Y poco a poco las vidrieras se fueron cerrando. Unos espiaban tras los cristales, otros platicaban todavía y oíanse muy claras sus frases en el silencio.

Los inquilinos del 20 seguían en el patio, viendo sin parpadear a la vivienda, en cuya puerta tosía el gendarme balanceando su linterna que enrojecía el follaje de las macetas. Adentro, los sollozos seguían.

Oyóse el lejano rodar de un coche. Los curiosos volvieron a sus balcones y bajó de un vehículo el comisario con el secretario, en camiseta y pantuflas, abrigados por un paletó y una mascada al cuello. Permanecieron largo rato dialogando con la casera y el vecino aquel. Subieron en seguida y la curiosidad de los inquilinos volvió a subir de punto.

Recorrían secretario, comisario y la criada, todas las piezas. Veíase pasar tras las vidrieras la lucecita de una vela que se detuvo en el primer cuarto. Pusieronla en el suelo para ver un charco de sangre; encontraron en otro lugar una botella rota, y el comisario preguntaba, tomando nota de todo cuanto se le contestaba, en un papel.

Algunos vecinos en negro grupo, perfilado por el cielo ceniciento, hablaban desde las azoteas siguiendo a lo largo de las citarillas los movimientos del comisario.

Llegó el médico, y poco después una vecina oficiosa iba y venía de la botica a la casa y de ésta a la botica. Deteníanla en el patio los vecinos para preguntarle.

—¡En el vientre! Está pero si empapado ... Ya merito se muere ...

—¿Y ella?

—Llora y llora... como loca... ¡Con unos ojos! Chonita, ¿tantita yerba buena?

—¡Agua tibia!

—¡Qué agua tibia!

—Aquí está ... ¿y qué hacen esos, eh?

—¡Son los de la Inspección!

—¡Ah!

Y la criada pedía un aventador y carbón y tantita agua y trapos calientes y... no paraba la inquietísima señora.

Conducida por dos cargadores llegó la camilla y el movimiento de los curiosos era un verdadero tumulto; se ponían a los lados de la puerta aunque el gendarme los rechazara; recargábanse formando valla en el barandal de la escalera y a lo largo del patio.

—Atrás, señores, atrás; favor de retirarse.

—Déjeme ver.

—No hay orden... atrás...

—No empujen.

—Usted es el que empuja

—De veras, ¡qué gente tan ordinaria!

—Ya está catrín.

—Pepito, vete a acostar...

—¡Mamá!

—Mira, tan desabrigado, vete, ora verás ¡Si te da pulmonía!

—Clotilde, ¿por qué llora el niño?

—Quiere mamar...

—Duérmelo, allá voy, dále su muñequita con agua de azúcar.

—No quiere.

—Que vayas, te digo.

Y los pobres mozalbetes se escondían de sus madres.

El desorden de la muchedumbre llegó a su colmo cuando sacaron la camilla, lo que se consiguió únicamente a empujones. Todos querían ver a la víctima que se quejaba y alzaban con terror la cortinilla, pero nada se veía, oyéndose sólo una respiración fatigosa y gemebunda.

—¡Señal!, cierre usted y que nadie entre...

—Pase usted, señorita, baje usted, señora —y Remedios, envuelta la cara en un tápalo y la criada, descendieron escoltadas. El comisario llevaba en una mano la pistola. Como hombre galante ofreció la mano para subir al coche a Remedios, y el auriga, sin esperar órdenes, azotó a los caballos, dirigiéndose a la Inspección.

Amanecía. Aclarábase el fondo de los cielos, recortando los contornos aún negros de las citarillas, bardas y macetones de azotea, o las fugitivas siluetas de gatos errabundos. Madrugadores pájaros anunciaban el día a los poetas; los gallos al hogar. Crecía ese sordo rumor del sol que nace, la vida que se despereza, las sombras que se van. Fueron apagándose una a una las luces de la calle, las linternas de los gendarmes, las lamparillas de las accesorias y en el vago reflejo del alba fría temblaban las sombras, se desvanecían los contornos de las casas, y una puerta aquí, una tos allá, un paso cansado más lejos, iniciaban el movimiento de las diarias faenas. La luz naciente hacía más pálidos los pálidos rostros de los desvelados, que poco a poco desaparecían en sus cuartos, hundiéndose en la tibia blandura de sus lechos.

Todo calló poco a poco hundido en el sueño, y la inmensa casa quedó tranquila.

Sólo el gendarme, de pie en el corredor, inmóvil, vigilaba. Adentro, en la pieza de Cornichón, la vela seguía parpadeando, arrancando en cada palpitación de su llama rojos reflejos en el aparador, a la vajilla; en el suelo, a un charco de sangre. Luchaba la trémula flama por vivir, chisporroteando todavía como un moribundo.

El primer rayo de sol puso fin a su agonía.

XIII

Ven acá Chino travieso, ven acá, te voy a castigar; me has revuelto los papeles ... me has vaciado el tintero, traviesísimo, ¡ven acá, bichito! ¡Toma...! El Chino con paso lento y sin atender a las palabras del padre Millicua, se deslizó por la puerta entornada.

—¡Chino... ven acá! —prosiguió el cura con voz más alta, y hubiera seguido en su melifluo llamamiento, si no lo hubiera interrumpido un toquecito discreto que sonó en la puerta.

—¡Adelante!

—Buenos días, padrecito...

—¿Qué hay maestro... ? Siéntese...

y le indicó una silla.

Era don Cosme el que había entrado.

No aquel Cosme rozagante, fornido, de mirada franca, palabra clara y ademán moderado, no; el herrero había cambiado: amarillenta palidez daba a su rostro enflaquecido un aire de enfermo; reperdíanse sus pu-

pilas de mirada vaga y estúpida en el color icterico de la conjuntiva, la demacración primero y el polvo de carbón que tiznaba su rostro después, dábanle un aire de criminal empedernido; revueltos, cerdosos, formando un casquete, caían los largos cabellos pegosteados por el sudor a su frente; pintábase en su cara el embrutecimiento; abríase su boca con gesto de idiota; agitábase sus músculos. Con nervioso temblor, y su palabra pastosa, incoherente, enronquecida, brotaba con dificultad de sus labios; desgarrado, sucio el traje: era la imagen del alcohólico incurable.

Sentóse con dificultad, como un hombre abatido por inmensa fatiga, colocando bajo el asiento su sombrero y agarrándose las rodillas con las negras y encallecidas manos.

El padre Millicua ordenó los papeles que el Chino había revuelto; con un pedazo de papel secante enjugó algunas manchas de tinta que se habían extendido en la carpeta de hule; puso todo en orden y después de acomodarse en el sillón dijo:

—¿Qué ha habido de ese barandal, maestro? Siéntese, siéntese.

—Mañana se lo mando, padrecito. Me he atrasado porque tuve... que remachar los barrotos...

—Hace dos semanas que me dice lo mismo. ¡Ah, qué maestro tan informal!

—(Riendo como un imbécil) ¡Ah qué padrecito! De veras... Mañana...

—Y qué ha habido (fingiendo buscar Un alfiler en el suelo). ¿que ha habido de esa muchacha... ?

—¿Decía usted?

—(Desconcertado.) Digo... ¿Qué pasó por fin con Remedios ... ?

Nublóse la faz de Vena y con la garganta seca, apretándose las manos y

dándose un sentoncito en la silla, respondió:

—Pues la de malas, señor. Ya usted sabrá ...

—Sí; he oído decir que anda por ahí en no sé cuántos enredos... Leí en el periódico.... ¡Qué muchachal

¡Qué muchacha! ¿Ya ve usted? Si hubiera seguido mi consejo, si usted la hubiera traído a su lado cuando ella, arrepentida, demandaba su perdón... otra cosa sería; pero...

—También diga usted... No, padrecito; yo con mis hijos ... se huyó con otro, pues... me puede; pero eso de que se vaya y yo me quede así no más...

—¿Pero para qué se es padre? ¡Cuánto mejor hubiera sido que usted la perdonara! No luego, luego; porque eso sería tanto "como autorizar su falta; pero no dejarla tampoco a la buena de Dios, y, además, que ya bastante caro ha pagado y está arrepentida...

—Sí, señor; me duele porque al fin es mi hija; pero no ha venido, ya usted lo ve; mejor se ha valido de gentes extrañas como don Mauricio...

—¿No le escribió a usted un papel?

—Sí, padrecito; pero debería haber venido y de rodillas...

—Bueno, pues ya todo pasó y ahora se encuentra en circunstancias muy críticas, ¿estamos? Y hoy más que nunca debe usted vigilarla: esas cárceles son un infierno. Si no es mala, ahí se volverá lo que no es...

Notó que la manga de su sotana estaba manchada de tinta, y con gesto de disgusto gruñó entre dientes:

—¡Este Chino todo lo ha puesto hecho un asco!

—Limpióse...

—¿Cómo ha seguido Porfiria? ¿En cama todavía?

—Todavía...

—Vean al médico... esas reumas, cuando no se curan, se empernan.

Y como hombre de pocas palabras y teniendo que hacer, creyó cumplida su misión de jefe espiritual y despidió al maestro, cuyos ojos estaban más humedecidos que de costumbre, haciéndole esta advertencia:

—Conque mañana ese barandal, ¡sin falta!

—No tenga usted cuidado...

Salió don Cosme con el corazón atribulado por mortal dolor: esos dolores de corazón de padre siempre inmensos; allá en esa especie de bruma que oscurecía sus ideas, levantábase el recuerdo de la Remedios culpable, encendíase en indignación, maldecíala en su interior; pero después el cariño de la hija dominaba la falta de la mujer y en tales momentos no sé qué fuerza poderosa y desconocida lo impelía a aquella casa donde se encontraba; andaba calles y más calles con el propósito de traerla, pateada, abofeteada, insultada; pero teniéndola a su lado... Y al recordar detalle por detalle la caída de aquel La Rumba, la alegría de su hogar, aquella alegría que daba chispas más claras al fogón, sonidos constantes al yunque y notas de voz humana al fuelle... Al evocar el desenlace inesperado del amargo drama, flaqueaban sus piernas, ardía la vergüenza en su rostro y el frío sudor de la angustia perlaba su frente, y para consolarse penetraba en la tienda. Era una lucha a muerte entre el vicio y el afecto... Y ya ebrio, juraba, maldecía, renegaba, resuelto a matarla si la veía a un paso, y la locura artificial del alcohol transformaba en odio su incurable dolor.

Las gentes del barrio lo juzgaban como un hombre sin corazón, citándolo como ejemplo de la peor calaña. Después de lo que había pasado... ¡emborrachándose! ¡La mujer agonizando en un petate! ¡Los hijos desnudos! y sí, él era malo, muy malo: pero de todo nadie más que La Rumba tenía la

culpa.

Y comenzaba aquella larga disputa sobre Remedios; jurado de plazuela, en que la condenaban analizando uno por uno los males que había cometido: les había hecho el mal de ojo. Vamos contando... el padre, borracho; la madre, enferma; la tienda, cerrada; don Mauricio, preso; su querido, que probablemente se había muerto, tenía metido el diablo y ¡quién lo había de decir! al verla tan compuesta, hecha una banderilla ...

Francisquillo vivía con el sesudo Borbolla, que tenía cada día un nuevo tema para filosofar sobre el drama del callejón de Las Mariposas y se había vuelto menos partidario de la emancipación de la mujer; Cervantes, el ajedrecista, no sabía qué hacerse en las noches; y sólo don Encarnación, después de cenar, sacaba su silla a la calle y en pechos de camisa, lanzaba al aire los gemebundos acordes de su guitarra. Interrumpía su canción y decía al auditorio:

—¡Pobre de don Mauricio, quién le había de decir hace un mes!

El asunto que había preocupado tanto a los gacetilleros, aquel La Rumba que fue tema obligado de conversación dos días gozando de la vasta popularidad que sigue al escándalo, iba poco a poco borrándose de la memoria y había dejado sólo dos impresiones: una profunda lástima por el herido y una desconfianza más del público hacia aquella plazuela de sospechosos antecedentes.

El tranvía de las dos de la tarde, concurrido como siempre por aquel Notario de los dientes movedizos; el Cura que lo imitaba y el carrero que dormía siesta en un rincón, pasaba lentamente por La Rumba silenciosa; veíanse los pasajeros con mirada elocuente que dirigían después a la herrería, y cada uno murmuraba como epílogo de sus graves reflexiones un pensamiento:

El carrero: ¡Pobre gabacho!

El Notario: ¡Pobre muchacho!

El cura: ¡Pobres padres!

XIV

En las noches, el inmenso edificio infunde pavor: el oscuro cielo lo perfila vagamente como una mole de sombras; interrumpe el monótono y recto perfil de sus azoteas, un garitón de techo en declive o la silueta de los inmóviles centinelas envueltos en sus capotes.

En las calles cercanas los vecinos cierran temprano sus habitaciones y de trecho en trecho, una que otra casa de comercio iluminada, barre con su luz las piedras de la acera.

Los trenes al pasar arrojan el reflejo de sus linternas en las altas murallas; resuenan escandalosamente los cascabeles de las mulas y el chirrido de los rieles; el ruido del vehículo va perdiéndose después hasta morir en la calzada interminable y negra; las yerbas del ancho foso se agitan fingiendo, balanceadas por el aire, un misterioso cuchicheo.

Ni un alma en la plazoleta, ni una luz en la hilera de balcones: delgadas líneas de claridad resaltan en las junturas de la enorme puerta, y se filtran por las angostas hendiduras de los garitones de piedra.

El silencioso sueño de la prisión produce no se qué de pavoroso, cuando se piensa que allá en su interior, detrás de las espesas paredes, en lo alto de las bartolinas, reposa un enjambre de seres; una Babel que, sin embargo, no produce el menor ruido y reina una calma inmensa interrumpida por las medrosas campanadas de alerta que resuenan, tristes cual ningunas, en el silencio de la noche. Vienen a la memoria las dilatadas galerías: se adivina en las tinieblas la doble hilera de los presos dormidos; vago rumor de respiraciones se levanta del negro conjunto, o la agitación de aquellos que sacude la pesadilla con repugnantes quimeras, o se revuelven en sus lechos de cuadra encandecidos por el insomnio. Parpadean las mustias lámparas, baña la luna los desiertos patios y suena en el dormido edificio el paso

de las guardias, la marcha de la ronda o la campana que sin cesar vibra su ¡alerta! ¡Cuántos oirán ese toque con el corazón oprimido, pensando que marca una hora menos para la ejecución o la condena!

El alba, que en todas partes ríe, entra ahí avergonzada y desnudando los horrores de la prisión inmunda como si arrancara de la lepra los harapos encubridores de la sombra; la luz, que todo lo transforma, no embellece la amarilla fachada, no irradia en una fronda de verdor alegre, no destierra de esa clausura de reos, el dolor que flota en todos sus ámbitos.

Los paseantes que van al campo en busca de aire, vegetación y sol, se asoman por las ventanillas de los vagones y señalan al pasar los altos calabozos, se espantan los niños y todos lanzan una mirada de profunda lástima a la pared ennegrecida por grandes manchas de humedad.

En las mañanas circula un público curioso frente a Belén: honorables licenciados cargados de expedientes, que se saludan murmurándose al oído un "adiós, compañero" muy amable; individuos que van a declarar y buscan en lo alto de las puertas los letreros de los juzgados; policías secretos que esgrimen sus varitas de membrillo y esperan consignas. Los escribientes de juzgado se asoman a los balcones con la pluma tras la oreja para botar un cigarro, y el público mete un bullicio atroz subiendo y bajando las escaleras de madera que conducen a las oficinas, y una multitud se sitúa frente al pequeño despacho donde según reza un letrero, se vende lo que fabrican los presos.

Ronda por ahí un escribiente ambulante que redacta recados en el quicio de una puerta; deben ser muy interesantes esas cartas, devoradas con ansiedad en el fondo de la prisión y dictadas con voz estremecida.

A cierta hora desemboca en la plazoleta una cuadrilla de presos rodeada de gendarmes: hombres haraposos, mal cubiertos por desgarradas blusas, provistos de sus jarritas; mujeres de pies descalzos, desgredadas, moreteadas y que llevan en la faz huellas de innobles orgías; los amigos, los parientes y los curiosos, rodean al miserable grupo, y no es raro que camine al lado un perro, que presintiendo quizá una pronta separación, camina con la cabeza

caída y el rabo entre las flacas piernas.

Sentí una palmadita en el hombro.

—¿Qué hay, amigo? ¿Qué hace usted por tan sospechoso lugar?

—Esperando los trenes de Tacubaya. ¿y usted, insigne repórter?

—Vengo —me dijo el ínclito Lucas G. Rebolledo, pues él era mi interlocutor— vengo a ver si hay algo de nuevo sobre... —y el repórter de crímenes pronunció el nombre de no sé qué reo.

—Hombre, ¿y usted conoce la cárcel?

—¡Vaya!... ¿Nunca ha entrado usted?

—Nunca —respondí.

—Pues lo voy a meter; nada más que déjeme ver si tengo tiempo —consultó su reloj—, ¡véngase!

Previo la orden del alcaide y acompañados de un galero, trepamos una amplia escalera, recorrimos no sé qué largo corredor, llamamos a la puerta de la azotea y henos aquí en observación.

Rebolledo me explicaba cuanto detalle podía interesarme, no omitiendo comentarios de sensación.

—Acérquese, ese es el patio de presos.

Acerquéme y espíe. En efecto, era un enorme patio rodeado de arcos; corría en el centro un largo estanque, en cuyos bordes y con el dorso desnudo, se lavaban algunos presos. Abajo era un gentío indescrptible; se mezclaban gentes de todas clases y veíanse hormigear cabezas, manchados fieltros, sombreros anchos de palma desecha, jaranos de gastados galones... Aquí una frazada roja, allá una manta, más lejos una blusa azul, o una chaqu-

eta ploma. Unos fumaban recargados a las columnas, otros acurrucados se calentaban en el sol, a cuyo calor veíanse expuestos y colgados de los barandales del corredor, sarapes de brillantes colores, pantalones mojados, sábanas extendidas, petates húmedos y enlodados guaraches. Diríase que era el pueblo reunido para alguna fiesta de plazuela, tal era el run run sordo que subía, el vaivén de la turba... La rueda de un torno zumbaba tras un tabique, golpeaba un martillo en el taller de carpintería y se desbordaba del estanque una agua bulliciosa y turbia, coronada de grises espumas que manchaban las losas ennegrecidas ya, por la continua humedad.

En los corredores se paseaban otros presos, algunos con cachuchas, otros envueltos en sucias capas.

Desfilaban las fisonomías más siniestras, un viejo de anteojos, un pálido señor con blancas y venerables patillas de gente honrada; jóvenes con precoces arrugas en la frente, ojos de mirada sombría, muchachos de menor edad ... En la peluquería, provista de un tocador al aire libre, espejo sin azogue y tijeras sin filo, hacían la toilette de cárceles, sin arte, de prisa; más lejos sonaba un pistón desafinado; un silbido estridente lanzado por una cara de recluta, que llevaba, a manera de gorro, el fondo de un tompeate, y de toda esa multitud inquieta, de ese constante hervidero, se levantaba un sordo rumor de marea, dominado por gritos que resonaban de trecho en trecho, gritos que se repetían en toda la cárcel llamando presos, y al oírse un ¡Salooome... Ji... meee... nez! diríase el vocear plañidero de un vendedor de petates.

—¡ Qué cantidad de gente!

_y todavía falta... esos son los talleres...

Todos trabajaban y se miraba el suelo del patio tapizado por azules cajas de cerillos, barnizados tacones y zaleas curtidas; cada grupo se dedicaba a su oficio y conmovía ver a los perros dormidos en el sol: esos animales todos corazón, todos gratitud, todos cariño, que llevan una dulce amistad allí donde vegetan —arrojados de la sociedad— les condenados a no alentar ni esperanza, ni libertad, ni amor, vigilados por inflexibles "presidentes" que

golpeaban el piso con sus trancas. El ínclito Rebolledo me señalaba a los criminales de nombre, añadiendo, cuando el caso lo requería, esta advertencia:

—Reporteado por mí... Aquel: homicidio calificado... Ese otro: estupro y lesiones... Ese de levitilla verde: allanamiento de morada y robo...

—y los truenan, ¿dónde?

—Allá vamos... en ese patio.

Una especie de corral sembrado de pedruscos cubiertos por enanas y anémicas hierbas, de trecho en trecho dormitaban los soldados y se alzaba al frente un alto paredón; dibujos azules, una cruz y el rastro de las balas tapizaban su musgosa superficie.

—Ahí tronaron a del Moral, reporteado por mí. ¿Ve usted los agujeros?

—Ha de ser feo eso de ver matar a uno.

—No digo; figúrese usted que a la madrugada los van sacando de la capilla y gritan los galeros: "Fulano de tal... sale a su destino." Esto lo van repitiendo de galera en galera; les cantan el Alabado; nada más se le enchina a uno el cuerpo; los paran ahí, los vendan, ¡pum! ¡a la otra! Vamos a ver a las mujeres.

Estas cosían en los corredores, se espulgaban en el sol, sacudían sus petates y había una anciana que acariciaba a un recién nacido cerca de una fuente con fondo de azulejos. Las caras marchitas, las formas degeneradas, los pies desnudos, la mirada impúdica.

Había una muy joven, cabizbaja, cosía. Contrastaba la frescura de su cuello desnudo y la turgencia de sus formas adivinadas bajo una sucia bata, con la fealdad de las otras.

—La del callejón de las Mariposas, reporteada por mí ...

—¿Remedios?

—Remedios. ¡Quién se lo había de decir! Pronto sale a jurado, lo mismo que el pobre gachupín don Mauricio; le ha dado diarrea del susto. Está feo el negocio... feo... muy feo.

—¿Conque no quiere ir al 4o. criminal?

—¡Gracias!

—De veras que sólo en la calle puede uno comparar esa cárcel... ¿qué dice?

—Pues le agradezco, ¿eh? ¡Adiós!

Me persiguió todo el día el sordo rumor de la criminal muchedumbre, el choque de las rejas, el griterío de los voceadores, y me estremecía al pensar lo que será toda una vida pasada entre los tristes y leprosos muros, sin amor, sin aspiraciones, sin esperanza.

¡Pobres! Y más pobres los que han caído allí persiguiendo en peligrosos caminos un ensueño como aquella Rumba pálida, encorvada sobre una cornisa, despeinada, friolenta, joven y ya infeliz, y para colmo, reporteadada por el ínclito Lucás G. Rebolledo.

XV

El proceso de La Rumba prometía estar muy animado.

Una multitud de curiosos invadía el patio del Palacio de Justicia, cuando aún no se abrían las puertas del salón.

Grupos aquí y allá, recargados en las columnas; sentados en el borde de una fuente de azulejos, espionando por las vidrieras o paseando a lo largo de los corredores.

Era ese público especial que se escalona en las graderías; público de ociosos que acude por costumbre a todos los debates; sujetos de raída levitilla; pelados de grandes melenas y sombrero ancho; ensabanados de mirada mustia; mujeres del pueblo cargando niños, y menores de edad emancipados de la vigilancia paterna y ávidos de presenciar esos debates en que hay palabrotas, o el relato de escenas trágico-eróticas que espeluznan por su argumento y su realismo. Aparte de esta concurrencia especial, divagaban impacientes tinterillos de zapatos rotos, uno que otro licenciado sin ocupación y algunos pasantes de derecho que, con el libro bajo el brazo y el cigarro en la boca, profetizaban incidentes y declaraciones.

¡Y el juez que no llegaba! Los gendarmes podían contener apenas a los que cerca de la puerta, impacientes, se empujaban. Oíase el rumor de las protestas y la súplica de los guardianes del orden que repelían a la desbordada multitud.

Rebolledo, el insigne repórter, tenía la culpa de aquel desorden. El Noticioso había publicado, en pésimo grabado en madera, el retrato de Remedios Vena (a) La Rumba, y una larga interviú habida con la homicida de Cornichón. Lucas G. observaba con placer a los concurrentes que leían en voz alta su reportazgo de sensación. Apuntaba toda clase de datos en su carnet, el número de los gendarmes, el nombre de los porteros; contaba mentalmente a los presentes; infatigable iba y venía, daba palmaditas... en el hombro, cariñosos apretones de manos a los colegas y exclamaba oprimiéndose las sienes:

—¡Tengo un jaquecón feroz!

—¿Y qué tal se presenta esto... ?

—¡Regio! Figúrese usted, Correas, Ministerio Público; Guerra, defensa, y Artigales, juez... Pero lo que hay que ver es la cara de ella. Interesantísima. Vengo, ¿eh? Y el repórter de crímenes tomaba del brazo a un señor, que mostraba su nombramiento de jurado al comisario y le pedía sus generales para apuntarlas en un ennegrecido bloc.

—Hay mucha gente de La Rumba~ en la cara se les conoce, son de fama.

Y en efecto, don Encarnación, Francisquillo, el vecino ajedrecista, el de la Pulquería, Chito, todos con excepción del sesudo Borbolla, que estaba preparando a examen a sus muchachos, habían acudido y se hablaban entre sí con prudente reserva.

¡Y el juez que no venía!

El gendarme treinta y cinco, según anotó Rebolledo, se había visto precisado a repartir algunos palos para hacer retroceder a la multitud que, precipitándose sobre la puerta, amenazaba derribarla. Un imberbe se había permitido parársele de gallito.

—Atrás...

—No me voy.

—Lo saco.

—¿Me saca?

—Lo saco.

—¡Lo veremos, le cuesta el empleo: treinta y cinco!

—Sí señor, mire mi número. Y el agente señalaba su kepí. (Murmullos, risas.)

El menor de edad, muy colorado, decidió abandonar su puesto y el imperterbale gendarme volvió a su mandato.

El juez, Artigas, pálido señor de patillas rubias y anteojos azules, acompañado del Ministerio Público, Correas, gordo y colorado, penetró al salón. Abriéronse las puertas, sonaron las vidrieras azotadas y como río que sale

de madre, precipitóse la multitud. Ni tiempo para quitarse el sombrero y en medio de empujones y risas trepó las graderías; los hombres fatigados, las mujeres despeinadas. Era un sordo rumor del que se desprendía el llanto de los niños, los pujidos de los magullados y una que otra interjección enérgica.

—¡Esta plebe! —murmuraba Rebolledo viendo la hora y apuntándola en su camet.

En la plataforma el desorden, aunque menos ruidoso, no dejaba de parecerse al de la plebe: un grueso señor hablaba con el sombrero puesto, contaba chistes un escribiente que hacía reír a dos o tres curiosos; sentado a horcajadas, con el fieltro echado hacia atrás, el defensor Guerra encendía un puro; iban y venían los empleados, los jurados tomaban asiento y el juez aún no aparecía en escena.

La prensa, cinco a seis individuos armados de lápices y cuartillas de papel, con las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada vaga, seguían las espirales de humo que formaban ya una densa, caliente y azulada atmósfera en el salón.

El banquillo de la procesada estaba aún vacío. El ínclito Rebolledo sacaba punta a su lápiz, ponía al frente de la mesa su reloj para dirigirse en seguida al defensor y pedirle sus generales.

El público se impacientaba en las graderías y llegó su desorden al último grado, cuando, custodiados por gendarmes, aparecieron en el salón Remedios y don Mauricio.

Cedo la palabra a Rebolledo, que escribió en su bloc:

"Ocupaba el banquillo de la izquierda la acusada Remedios Vena (cuyo retrato hemos dado a nuestros lectores al ser reportada por mí). Es una joven de veinte primaveras, esbelta estatura y algo robusta.

"Cubría su cara con un tápalo negro a manera de capucha y se adivinaban

sus pupilas muy brillantes, quizá por las lágrimas. Conmovía ver aquella tan humilde como colorida figura, completamente resignada, esperando el severo y recto fallo de los jueces.

"No era posible resistir la emoción que causaba la presunta reo: tal era su simpática figura.

"En el banquillo de la derecha estaba el acusado Mauricio Peláez, que es un hombre grueso, como de veintiocho años de edad, color blanco pecoso, frente estrecha, escaso bigote azafranado, patillas pequeñas. El conjunto y su fisonomía es bastante tosca. Vestía de aplomado; se le observaba muy emocionado; apretábase las manos, escupía a menudo y tenía la mirada baja."

Los periodistas empinábanse sobre la barandilla para ver si podían distinguir, aunque fuese un trozo del perfil de la acusada. Pero no era posible; cubríase con el tápalo hasta la boca y llevábase el pañuelo a los ojos muy frecuentemente.

El que estaba perdido era el pobre Mauricio: enflaquecido, con invencible temblor, dando vueltas entre sus manos al sombrero café y dirigiendo lacrimosas miradas de soslayo, el antes fuerte mocetón se hallaba atribulado; violadas ojeras ahuecaban sus órbitas y se pasaba la mano (gesto inadvertido para Rebolledo) por la frente, como si se enjugase con el dorso de ella el sudor.

Suplicó a los gendarmes lo llevaran al inodoro por encontrarse algo enfermo.

Ocuparon las partes sus lugares, reinó un profundo silencio, empuñó su lápiz Rebolledo y el juez agitó la campanilla.

Iba a comenzar la audiencia.

Flotaba en el aire la densa y azulada humareda de los cigarrillos, pesada la atmósfera y saturada por el olor humano de la multitud que se magullaba en la gradería, se alineaba en las barras de la prensa o se agolpaba en las puertas, no atraída por la gravedad del delito sino por la belleza y juventud de la procesada.

Reinaba una semioscuridad en el salón, agujereada allá arriba, en los altos asientos, por un cerillo encendido o por el clavo de los cigarrillos. Los guardarmes cuidaban el orden y se adivinaban sus blancos kepís en el vaivén de las cabezas.

Inspiraba graves reflexiones aquella audiencia; adquirirían no sé qué aspecto terrorífico los once jurados de pie y el juez de luenga barba de apóstol rubio, que con voz lenta concluía la protesta en estos términos.

— ... y decidir en vuestra conciencia y en vuestra íntima convicción los cargos y los medios de defensa obrando en todo con imparcialidad y firmeza?

Dicho lo cual volvía el rostro a diestra y siniestra para escuchar el "Sí protesta" de los aludidos, y tomaba asiento bajo el rojo dosel acariciándose las blondas patillas. Afuera los ruidos del salón llegaban confusos y apenas se oía al secretario que leía la causa con una voz tan baja, que el ínclito Lucas G. Rebolledo, boquiabierto, ladeando la cabeza y entrecerrados los ojos, formaba con la mano detrás de la oreja una cometa acústica.

El murmullo de la multitud seguía al invadir los asientos, arrastrando los pies y taconeando en los peldaños de la gradería. Los periodistas mordían sus lápices; tres pasantes de Derecho reían oyendo el relato de un voluminoso abogado que hacía girar unas tenacillas sin cigarro, cuyo anillo introducía en su dedo índice; más lejos, no sé qué sujeto, a quien suplicaron se quitara el sombrero, leía un periódico apoyando los codos en la barandilla. Las mujeres envueltas en sus rebozos hasta las narices, no se daban cuenta

de lo que pasaba, y los "rumbeños", dispersos aquí y allá, se buscaban con la mirada.

El Ministerio Público se mecía en su sillón limpiándose las uñas y tenía entre sus labios un cigarillo que ahumaba su ojo izquierdo, por cuyo motivo lo entrecerraba; el defensor Correas mordía el puño de su bastón y Oronoz, el defensor de don Mauricio, pintaba paisajitos a la pluma.

En el fondo los jurados, individuos insignificantes en cuyo monótono conjunto resaltaban las blancas patillas de un periodista retirado a la vida privada, el perfil de medalla gastada de un comerciante y la grave silueta de un homeópata (no plagio al poeta Arango) .

El insigne Lucas G. inflaba los carrillos (signo de reporteril satisfacción) y paseaba aquella su investigadora mirada, del público a la semicubierta faz de Remedios y de ésta a la desencajada de don Mauricio.

Los jurados parecían dormitar, arrullados por el sonsonete de la gangosa voz del secretario, que seguía leyendo:

— ... una herida hecha al parecer con arma de fuego, dicha herida estaba situada sobre la línea axilar izquierda a dos centímetros del reborde costal y era regular, circular como de un centímetro de diámetro e interesó las partes blandas penetrando a la cavidad torácica.

El repórter de crímenes apuntó algo en su bloc y volviéndose a su vecino le dijo:

—¿No decía usted que en el abdomen?

—Me contaron...

—Murió a los doce días de entrada en el Hospital, después de sufrir accesos de alcoholismo y delirio febril, y practicada al autopsia veinticuatro horas post mortem y abiertas las tres grandes cavidades se encontraron las lesiones siguientes: el proyectil había penetrado en el octavo espacio inter-

costal (Rebolledo se toca con el dedo ese sitio) rozando la novena costilla, hirió la arteria intercostal, y atravesando las hojas de la pleura fue a hundirse en el lóbulo inferior del pulmón izquierdo. La pleura parietal estaba adherida y la cavidad tabicada por pseudo—membranas, los pulmones congestionados, sin que los demás órganos presentasen alteración ninguna. De lo anterior se deduce que la muerte fue causada por una pleuresía purulenta, complicación de la herida anteriormente descrita. Dicha lesión es de las que por sí solas causan la muerte. Firman: Secundino Parra —José Othón Angostura.

Hubo necesidad de despertar a un gendarme que se había dormido y roncaba con la cabeza apoyada en el respaldo de una banca y con la boca abierta. En la pieza de las deliberaciones charlaban en voz alta y recia, había ruido de pasos y risas.

Los Jurados, con brazos cruzados sobre el pecho, enclavijadas las manos, o muy derechos, parecían perseguir una idea en su magín; el juez, cejijunto y grave, acariciaba su patilla rubia, y enamorados estudiantes, especialmente el defensor Cronoz, no apartaban los ojos de La Rumba.

—Párese usted.

Cuando tal dijo el juez, hubo un gran tumulto: todos querían ver a Remedios, alargábanse los pescuezos y dominó el bullicio de las graderías más de un ceceo.

Dijo sus generales con voz lacrimosa la procesada, generales que el insigne Rebolledo (inflando los carrillos) apuntó al pie de la letra.

Juez. —¿Sabe usted por qué está aquí? (Tono oficial)

Reo. —Yo soy inocente, señor, porque tiene usted...

(Sollozos.) Yo, yo, yo, no tuve... no tuve...

Juez. —Cálmese usted y respóndame a lo que le pregunto. Dígame usted

qué hacía la noche del...

Más de un corazón se sintió animado por los latidos de la compasión ante aquella angustia que se tornaba en llanto, y los jurados, obedeciendo a tendencias imitativas, reproducían con el gesto los movimientos convulsivos de la inculpada.

—Vamos... —continuó el juez—o ¿Deseaba el Ministerio Público?...

—Que se aparte del salón al inculpado Peláez para que declare la procesada.

Llevaronse al trémulo tendero, y...

Juez.—Va usted a contarnos (alzando el labio superior y haciendo el bizco para verse un dorado pelo del bigote) va usted a decirnos cómo pasó el hecho, confesando la verdad (aire severo) y sólo la verdad, esto (amenazante) lo tiene en cuenta el jurado a la hora de la sentencia.

El público se preparó a oír, acomodóse con la mejor postura en sus asientos, y después de atroz alharaca producida por toses, estruendos y carraspeos, reinó el silencio y habló La Rumba.

Relató los sucesos ocurridos con todos sus detalles, la seducción de Cornichón en la Alameda, sus promesas de casarse con ella, sus celos, su falta de cumplimiento en el pago del mes, las prendas enviadas al empeño, el disgusto con Guadalupe; y al llegar al punto culminante, a lo que llamaba Lucas G. el prólogo del drama, no había uno solo de los presentes que no estuviera cautivado por las interesantes peripecias.

—La noche del jueves llegó algo borracho y de mal humor; no me dio siquiera las buenas noches y comenzó a pasearse. Salió a la calle y al volver, me dijo con muy mal modo: "¿No cenamos?" Le respondí que como no me había dado el gasto Y no tenía un centavo, no había cena. Entonces él salió otra vez y regresó después de comprar queso, sardinas y una botella de vino. Me dijo que me contentara, que yo conocía su genio y que encargara

pan. Fui a mi ropero, saqué un billete de a cinco pesos...

Juez. —No decía usted que no tenía un centavo, ¿quién le había dado a usted ese billete?

Reo. —Me lo había mandado don Mauricio ...

Juez. —¿Luego él era el protector? (Cuchicheos.)

Reo. —No señor; me conoció desde chiquita y era amigo de mis gentes.

Juez. —Adelante. (Vigésima caricia a sus blondas, etcétera.)

Reo. —Cenamos y él parecía estar muy contento, recordándome muchas cosas. (Rumores.) Quiso abrazarme pero le dije que la criada podía entrar. (Risas.) Y viendo que se servía un vaso de vino, le dije: "Te hace daño el vino, Napo." Se paró sin responder, y cogiendo una botella de Jerez que me habían regalado ...

Juez. —¿Quién le había regalado a usted esa botella?

Reo. —Don Mauricio. (Rumores crecientes.)

Juez. —Adelante.

Reo. —"Pues para que no me haga daño, voy a tomar del de tu querido." (Risas) "Mira, le dije, no seas malo. Don Mauricio es nada más mi amigo; así es que no tienes razón." "¡Cállate, comedianta! Tu amigo, y te da para que te emborraches, y te manda cartas, y te paga, ¡sinvergüenza!" Y siguió 'diciéndome muchas cosas muy feas, y me fui a la otra pieza, donde la criada me dio un recado.

Juez. — ¿Qué recado le dio a usted? (Grave) ¿Y de quién? (Concluyente)

Remedios. —De don Mauricio que decía que si algo se me ofrecía que contara con él, lo mismo que si me maltrataba Napo se lo dijera, yo le dije

a la criada: "Filomena, usted haga su quehacer y no se meta en lo que no le importa. (¡Tapón! voz del público y risas.) ¿Vámonos a acostar?" le dije a Napo, y mientras yo cerraba las puertas y me llevaba el quinqué se quedó a oscuras y encendió una vela, se paró y me dijo: "Anda, Rumbita (risas), ven a brindar conmigo..." "No tomo —le respondí—, porque se me sube." "Pues sí tomas."

"Pues no tomo", y me alejé porque quería hacerme beber a fuerza. Y como lo vi riéndose, le dije: "Ni tú tomes porque ya estás pítimo." "¿Qué es eso?" "Nada, que se te subió." "A mí nadie me dice borracho, ¿eh r' Y muy furioso me aventó con la botella, que se hizo pedazos y me bañó de vino, y después me puso de asco echando muchas cosas malsonatites. (Risas)

Juez. —Suplico al público guarde el respeto y compostura que a este recinto se deben ... o de lo contrario, despejaré el salón. Continúe usted Remedios.

Remedios. —"No seas escandaloso, Napa; mira que te oye la criada y va a creer... Anda, vámonos a acostar, mira, por nada me ensucias." El metió la cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa Y se puso a llorar, diciendo que era muy infeliz, que yo era una cualquiera y que se quería matar. Lo levanté porque no podía tenerse en pie, y ya en nuestra pieza volvió a molestarme. "Confíesame que es tu querido." "No seas necio, Napa." "¿No me lo dices?" "¿Cómo te lo he de decir si no es cierto?" "Pues ahora verás si me lo niegas." Revolvió todo el baúl y sacó una pistola y me apuntó, riéndose, pero con cara de borracho. "O me lo dices, o te mato." Yo grité, y entonces él soltó la carcajada. "¡Miedosa! ¡cobarde! ¡Está descargada!"

"Aunque... con las armas no se juega, las carga el diablo; dáme esa pistola." Me acerqué para quitársela y me pegó una guantada que me echó contra la cama y con el fierro (mostrándose una descalbradura) me testeré aquí. La criada al oír el golpe entró, pero él ya me apuntaba y le cogí la mano. Se puso furioso, me dijo no sé cuántas cosas y estuvimos porfiando: yo que le había de quitar la pistola y él que no, hasta que se resbaló, yo me caí con él y se salió el tiro; después no le doy a usted razón, porque me puse como loca; pero yo juro que no quise matarlo; (llorando) no, no señor, que no

me fusilen porque... no, no, quise.

Juez. —¿Las partes desean hacer alguna pregunta?

El Ministerio Público —Sí, señor; que diga la procesada si la doméstica Filomena Vargas estuvo presente en la lucha y si lo estuvo, por qué no pidió auxilio.

Juez. —Diga usted.

Remedios. —Sí señor, ahí estaba; pero Cornichón tiraba patadas (risas) y como es muy cobarde, al ver la pistola le dio miedo, se tapó la cabeza con el rebozo y salió gritando.

Juez. —¿La defensa desea hacer alguna pregunta?

Defensor. —Que diga la acusada si mi defensa (habla el sin par Oronoz) Mauricio Peláez, conocía al occiso.

Juez. —Diga usted.

Remedios. —¿Si conocía a quién?

Defensor. —Al difunto, al muerto, al cadáver, a la víctima.

Remedios. —No sé, pero creo que sólo de vista.

Juez. —Síntese usted. (Dirigiéndose al comisario.)

Que introduzcan a Peláez.

Hondísima sensación causó (Escribe Rebolledo inflando, etc., etc.) al auditorio la narración de la acusada. En la inflexión de su voz, en la elocuencia de su ademán se traslucía la más sincera emoción; parecía una trágica inspirada interpretando difícil papel, cuando con tremante voz relataba el drama del callejón de las Mariposas (reporteado por mí). ¡Pobre joven...!

Sufría, sufría al evocar las escenas de aquella noche lóbrega y fatal, y más de una vez mojose su semblante con el lloro más conmovedor... y no escribo más porque entró don Mauricio. Entrar y soltarse a sollozar fue todo...

—¡Dios mío!... ¡Virgen! ¡En qué lío me han metido!...

El juez tuvo necesidad de llamarlo al orden; pero el pobre hombre parecía sufrir intensamente.

Los jurados (vuelve a escribir Lucas G.) parecen conmovidos y la audiencia continuará esta tarde.

XVII

—Peláez, ¿protesta usted decir la verdad y toda la verdad en lo que fuere preguntado?

—Sí, señor juez.

—¿Dónde nació usted?

—En Asturias.

—¿Qué edad?

—Treinta y cuatro años, poco más o menos.

—¿Casado?

—Soltero.

—¿Vive usted?

—En la plazuela de La Rumba, tienda de "La Rumba", tiene usted su casa.

—¿Conoce usted a Remedios Vena?

—Desde que era chiquitilla.

—A ver, véala usted, ¿es esa señora?

—(Volteando hacia Remedios.) Sí, señor.

—Cuéntenos usted lo que hizo el día 23 ...

—Pues, señor, en la mañana recibí unas cargas de azúcar; en la tarde, después de lavar algunas botellas, limpiar el mostrador y envolver arroz, fui en casa de un vezino llamado Borbolla; no estaría unos veinte minutos y después me fui en casa de Remedios, porque como soy amigo de su familia y no la había vuelto a ver, y por una Guadalupe llegó a mi conocimiento que sufría muy mal trato del señor que la tenía; como le digo a usted, fui pero no me la encontré y le dejé un billete de a cinco pesos, comprendiendo que estaría mal en cuanto a eso de dinero; en la noche un paisano me hizo saber que tenía yo que ir a Toluca. Y quise volver a ver a Remedios para decirle que me iba y que su familia se iba también a Zimapán dentro de dos días; no subí porque la criada me encontró y se puso a platicar conmigo. Le dije que si Remedios estaba en su casa, y ella me respondió que sí, pero que no entrara porque no tardaba el patrón y le pegaba a la niña, porque era muy celoso, y la señorita estaba flaca del maltrato que le daba y sin un centavo ni para frijoles. Yo entonces le di una peseta a la criada y le mandé decir con ella a Remedios, que lo que se le ofreciera, que contaba conmigo. En esas, la criada se fue yendo pegada a la pared porque entraba Cornichón; me paré en el zaguán, y viendo que no volvía a salir, me fui.

—Usted, Peláez, ¿tenía amores con la procesada?

—No, señor.

—Entonces (acariciándose, etc.) ¿por qué le mandaba usted dinero y vinos y se escondía usted de Cornichón?

—Yo le mandaba dinero de puro amigo; no le negaré a usted que la quería, pero no he tenido nada con ella ¿no es verdad Remedios? (Volteando.)

—Pues una testigo dice que usted entró y salió a la casa con mucho miedo: si fuera usted nada más amigo...

—Señor, por miedo, es decir... sino... cuando no se ve a una gente, pues siempre, ya usted ve que no puede uno estar tranquilo.

—¿Las partes desean hacer alguna pregunta?

Signo negativo.

—Secorro Espejo... —Hamó el juez, Y presentóse una mocetona de enaguas almidonadas, rebozo nuevo y botines de charol. Cubrióse hasta las narices pulcramente, y previa la protesta dio sus generales.

—Secorro ¿conoce usted a la señorita?

—Sí señor, es la niña Remeditos.

—¿Dónde la conoció usted?

—Pues en su casa: estuve sirviendo ocho días hasta que sucedió lo del señor.

—¿Qué sucedió?

—Pues que lo mató.

—Cuéntenos usted lo que sepa de eso.

—Pues señor, en la tarde llegó una persona a buscar a la niña y ella me dijo que le dijera a la referida persona, que no estaba ahí, porque ya veía yo lo que era el patrón. La susodicha persona se fue y me dejó una así como carta y unos bultos pa' la niña. En la tarde iba yo por mi mandado, y un

grosero me cogió así de esta parte (señalando los hombros). Voltié y era el señor que había ido en la tarde.

—¿Dónde vas? —me pijo.

—A traer mi mandado.

—Vente por aquí.

—No, señor, porque se me hace malobra.

—Sí, hombre; para que le des un recado a Remedios.

—Y empezó a chonguarme, y yo le dije que se fuera por su camino y yo por el mío; no quiso y lo amenacé con el gendarme; entonces sacó una peseta y me dijo que siquiera por mi ama debería oírlo; que le dijera que si algo le sucedía, él se comprometía a auxiliarla. En esas divisé al señor y me metí. Bueno; el señor estaba muy tomado, se paseaba del cuarto a la sala, y ya salía y ya entraba. A la hora de la cena oí que decía malas palabras, y me fui, cerrando la puerta, porque sabía que no les gustaba a los patrones que los oyeran decirse sus cosas. Ya muy noche, todavía los oí disputando. Yo estaba en la cocina fregando los trastes, cuando sonó un golpazo; creí que algo se había caído y fui a ver: era que el señor le había pegado una guantada a la niña, y que le apuntaba con una pistola, riéndose. Yo me puse a gritar, lo mismo que la señorita, y como les tengo miedo a las pistolas, corrí para salirme; pero las puertas estaban cerradas, y en esas, oí un tiro, y la niña tenía la pistola en la mano porque se la había quitado al señor.

—¿ No decía usted que no había visto nada?

—No, señor, no vi, porque me tapé los ojos con el rebozo; pero oía que le decía la niña: "Suelta la pistola; se va a salir un tiro"; y el señor le decía ; "No, no la suelto; no me muerdas"; "pues no me hagas cosquillas." (Risas.)

—Cuando oí el tronidazo la niña me dijo: "¿Y ahora qué hago? Ya lo maté "Y le dio el asidente.

—¿Las partes desean etc.?

Defensor Guerra. —Que diga la testigo si era la primera vez que se peleaban el occiso y la homicida...

Juez. —¿Diga usted?

Testigo. —No entiendo...

Juez. —Que diga usted si era la primera vez que Cornichón y Remedios se peleaban.

Testigo. —No señor, todas las noches que el señor llegaba tomado se disgustaban...

Juez. —¿El Ministerio Público desea... ?

Signo negativo.

La testigo Socorro González apareció a su vez sin que nadie se fijara en su declaración, porque repetía los mismos incidentes que conocemos y se redujo a asegurar "que le parecía" esto y "que le parecía" aquello.

El jurado de La Rumba tenía el aspecto de una representación teatral; el público hacía punto omiso de la procesada para fijarse en las peripecias del argumento. Sentíase el cansancio de las audiencias largas: comienzan con severo aparato y concluyen de prisa. El mismo Rebolledo anotaba con fastidio uno que otro detalle, y parecía no fijarse en las declaraciones de los testigos.

Flotaba enervante somnolencia, el humo de los cigarrillos, el calor de la multitud, la pesadez de la siesta se denunciaba en las posturas; el juez tenía jaqueca, el Ministerio Público estaba impaciente, los defensores platicaban entre sí y los jurados o dormitaban o parecían perseguir una idea con la vista dirigida al piso... Un llanto de niño, imprudentemente llevado al tu-

multo, un carraspeo de viejo interrumpían el murmullo de los mil diálogos en voz baja que se cruzaban.

El jurado es la escuela del crimen, y si en él se aprende la severidad de la justicia, se aprende también la manera de engañarla. La plebe desocupada de las graderías hacía elocuentes comentarios, calificaba las preguntas más capciosas del juez y censuraba la poca malicia de algunas declaraciones. Y aquel enjambre de curiosos que se agitaba en los duros bancos, hubiera querido no una trama sencilla sino una tragedia complicada, que saciara su sed de escándalo, y algo hubiera dado porque Remedios resultara, no una homicida casual, sino una hiena; don Mauricio, no un inocente sino un activo cómplice, y empezaron a despejarse los altos asientos con gran ruido...

Remedios, en tanto, sufría hondas angustias y lo ocurrido en las Mariposas volvía a su memoria ya deforme, ya grotesco, ya imponente, y al recordar su crimen, detalle por detalle, se estremecía su cuerpo con el frío del horror.

Veía a Cornichón derribado en el piso, trabado, lívido, con los ojos en blanco, la camisa enrojecida y las manos crispadas, y entonces temblaba, estaba a punto de escaparse un grito de sus labios, creía soñar, volvía los ojos en torno y se encontraba con mil pupilas fijas en ella: el juez, los defensores; los gendarmes...

Y como un fondo trágico recordaba el hogar, el padre inconsolable pero inflexible, la madre moribunda, los hermanos hambrientos, y se creía presa de una pesadilla, pero sentía dolorida la espalda por la postura incómoda que guardaba, y entumidas las caderas por la dureza del banquillo. Recordaría la hilera de jurados y nada, nada adivinaba en aquellas fisonomías en las que se leía el cansancio. Bostezaban hasta llorar, los unos; desperezábanse los otros, alargando los brazos; aquél movía el pie con impaciencia y éste mordía el puño de su bastón.

Artigales parecía meditar, enredando en sus dedos los blondos hilos de su bíblica barba, y Correas tocaba una escala con los dedos en el hule de la mesa.

Era tal el calor que hubo necesidad de abrir las ventanas que daban a un patio sombrío, bañado por una claridad de invierno, y se oía la ruidosa algarabía de un gallinero cercano.

Nadie pensaba en la trascendencia de aquel acto, nadie meditaba que una existencia estaba comprometida. ¿La absolverán? ¡Ojalá! —decían algunos, no porque estuvieran convencidos de la inocencia de Remedios, sino porque los había cautivado su hermosura, al defensorcito Oronoz, sobre todo...

En la pieza de junto, la alharaca era infernal: carcajeábanse algunos defensores de oficio... y sólo Rebolledo y los gendarmes conservaban una seriedad casi oficial. Don Mauricio, en el último grado del abatimiento, con los brazos cruzados y la cabeza sobre el pecho, parecía dormir, en tanto que Remedios, mareada, papujados los ojos, rojas las narices y las mejillas por el llanto, había llegado a ese período de fatiga y postramiento en que a fuerza de sufrir casi se es indiferente.

Vino a interrumpir la monotonía cansada de la audiencia, la voz de Artigales:

—Tiene la palabra el Ministerio Público para fundar sus acusaciones.

Púsose en pie Correas—con aire negligente, abrochó su levita, calóse los lentes y con actitud de un dependiente tras el mostrador, apoyó ambos puños en la mesa, y como quien medita, abatió la cerviz... dio un trago de agua... acaricióse el bigote... y...

Señor Presidente, señores Jurados:

XVIII

A guisa de preámbulo dirigió Correas una mirada, primero, al semicírculo de los jurados y al público, después; una de esas miradas que los tribunos

estilan para dominar a las multitudes, y dio principio a la requisitoria, que no anduvo desacertado en llamar el repórter de crímenes: "joya forense de sociológicos conceptos".

Y fue la verdad. Hizo un estudio femenino completo, adornado con observaciones fisiológicas, y todo para concluir uno de sus párrafos de esta manera:

—Dicen, señores jurados, que la sociedad marcha a su desorganización moral, y esto se debe a la mujer, cuya educación actual mata en ella a la madre, a la esposa, a la hija. Sí, señores jurados, comparad la sencillez de aquellos tiempos con el lujo de hoy; las exigencias de otra época, con las insufribles de la vida moderna, y esto se debe a que la vestal del hogar abandona su misión en pos de anhelos funestos.

El periodista retirado parecía complacidísimo del giro alarmante de la requisitoria, y víctima quizá de algún desquiciamiento casero, aprobaba con un gesto de asentimiento; el homeópata, de cerebro un poco menos amplio, hacía poco caso, y el resto de los jurados oía la acusación, interesándose menos en la parte material que en las flores retóricas "preñadas de erudición". (Rebolledo.)

El público guardaba profundo silencio y más de una vez se dejó oír un murmullo al terminar el orador con entonación aprendida de memoria, una cláusula casi rimada.

—¡Miradla! —continuaba—, en aquel tiempo ella compartía con la madre las faenas del hogar, barría la casa, preparaba el alimento de la prole, tejía a la luz de una vela, elevaba sus preces al acostarse, calmaba el llanto de los niños. Si se casaba, era una Penélope, y si tenía hijos, una Camelia. Pero hoy ¡miradla! comparte con la madre las alegrías del baile, no sale del tocador, no prepara alimento alguno y sólo enjuga el llanto de ridículos amantes; cede al primero que la galantea y para ella el matrimonio es, no un deber, sino un oficio. En buena hora que los ricos empleen su existencia en tan fútiles obras; pero ¿el pueblo? Ved un ejemplo práctico... Y lo digo con tristeza ¡miradla! (la señalaba con el brazo extendido). Su padre, un

honesto artesano; su madre, una honrada mujer; vivía sin pesares, siendo el encanto de los paternos cuidados. Va a la escuela y toma de la ciencia, no la parte útil sino la parte nociva, porque la mujer no ha nacido para las aulas, las Amigas hacen germinar en ellas esas aspiraciones que no elevan sino levantan para hacer caer con rudo golpe. Sigue la vida del taller, y ya habéis visto lo que declaró aquí Madame Gogol; la costurera se distraía a menudo y era preciso llamarla al orden cuando se sublevaba su orgullo, impropio en una obrera. Un hombre, un probo comerciante, Mauricio Peláez, le promete un hogar, y ella lo rechaza porque es un tendero, pobre víctima, que por un error lamentable ha ocupado ese banquillo, pero cuya inocencia soy el primero en proclamar, porque obró, no movido por la complicidad, sino por un sentimiento noble... el amor. (Conmoción en el homeópata; las miradas se vuelven a Mauricio y la defensa sonrío; Oronoz tose, viendo a la procesada) Y la que así desdeñaba al que pudiera haberla hecho feliz, ¡miradla! cae en los brazos de un seductor de oficio, un insignificante que la maltrata, que le roba la honra, la marcha y, por último, es víctima de tan pervertidos instintos.

—No, señores —~~prosigue~~— no es cierto que haya sido un homicidio casual; lo que la procesada ha dicho aquí es una absurda fábula. ¡Primero se golpean y después pegan! ¡Con una pistola! (crescendo). ¡Y el tiro hiere un espacio intercostal! ¡Y las partes blandas!. (más fuerte). ¿Esto es lógico? ¿Esto es verosímil? (piano). No, señores jurados, (pianissimo) no fue la casualidad la autora del delito, no: este crimen es la consecuencia natural de una mala conducta, y la que tiene audacia para abandonar el hogar, la que entrega su honra en manos del primero que pasa, la que desprecia a un comerciante digno, la que riñe con frases de plazuela, esa, señores jurados, tiene también sangre fría para matar a un amante. Señores, en nombre de la sociedad ofendida, pido un castigo para que las mujeres honestas vean que la justicia vela sobre ellas y las que se hallen en peligro sepan cómo condena el tribunal del pueblo a las que, en pugna con su sexo, se convierten en una amenaza para los hombres dignos.

La Rumba parecía no oír aquel alud de reproches; el público guardaba un orden absoluto, y las personas cercanas a la reo la miraban con atención, sorprendidas de que una mujer joven y bella, pudiera ser un monstruo.

Rebolledo aventaba cuartillas y más cuartillas ennegrecidas por su lápiz incansable, y los jurados pensaban en sus madres, en sus esposas, en sus hijas y seguían el discurso de Correas con gesto de profundo interés...

—Señores jurados —prosigue el orador— mi corazón se hiela cuando pido una sentencia: jamás he formulado tan penosa acusación como la que habéis oído; pero a mi dolor se sobrepone mi conciencia, y a la juventud mal empleada de la acusada Remedios Vena, el recuerdo de una víctima: Napoleón Cornichón. (Voz trémula y grave.) ¡Qué no os pida cuenta de vuestro fallo (amenazante) desde el fondo de la tumba!

Aplausos. El juez llama al orden y ese signo de aprobación resuena de un modo lúgubre en el corazón de La Rumba.

Los jurados al oír las últimas y terribles palabras de Correas, palidecieron, y Oronoz se agitó en su asiento temiendo que condenaran a Remedios; pero ahí estaba Guerra para salvarla. Guerra, que se puso en pie de un salto, lanzó con vehemencia estas frases:

—Señores Jurados: Me pongo en pie ¿para qué? ¡Para salvar a Remedios Vena! Pues bien, (voz tonante) pues bien, oídllo todos, ¡es inocente! Y un fallo condenatorio, señores, merecía ¿sabéis qué? que abandonarais esos lugares para ocupar el de esa joven infeliz. ¡Porque condenarla sería un crimen!

Si Correas alardeó de erudito, Guerra no le fue en zaga, porque echó el resto; agotó todos los recursos oratorios, llamó visionario al Ministerio Público, adulterador de la verdad y víctima del "apasionamiento judicial."

—¡Ha calumniado a la mujer mexicana, toda dulzura y abnegación; ha hecho la caricatura de la madre, de la esposa y de la hija; pero ha olvidado que aquí estáis vosotros para desmentirlo, en nombre de los calumniados, y aquí estoy yo (golpe de pecho) para limpiar la injusta mancha lanzada a la frente limpia de una honra!

Era tal la pasión de la defensa, que el mismo Artigales se había quedado con la mano en el aire enredando en uno de sus dedos la rubia madeja de sus barbas; Correas, acostumbrado a toda clase de réplicas, se armaba con el disimulo, y Oronoz hacía un gesto a Rebolledo, como diciéndole: ¡esto sí que es bueno!

Y sí lo era. Pintó el primer amor como un poeta.

—Amó, señores jurados, amó como se ama una vez sola, como la mujer mexicana sabe amar, y desmayó al engaño de un vil seductor por quien dejó hogar y familia, un seductor que pagó su afecto con el insulto y sus caricias con golpes... ¡Oh, los que habéis amado!... (El homeópata tenía húmedos los ojos, Oronoz sonreía con los labios dulcemente entreabiertos y el público joven estaba extasiado). Los que habéis amado, oídme: ¿no es verdad que la pasión es una locura y se carece de libertad moral cuando se ama?

—Señores jurados, la que llora como Remedios ha llorado, la que mucho amó como esa joven infeliz, ¡nunca! ¡jamás! es imposible que hiera a sangre fría a un hombre. No la condenéis: he probado que obró en defensa propia, y si me estuviera permitido mover vuestros corazones, os diría: pensad en la esposa que os espera, pensad lo que sentiríais si una hija vuestra ocupara ese sitio; juzgado con vuestro corazón de padres.

Viendo el juez que el discurso se extralimitaba en el terreno del sentimentalismo, sonó la campanilla y una salva de aplausos y rumores fue el epílogo de la defensa.

Hizo el juez, luego que manifestaron Ministerio Público y procesado que no deseaban hacer uso de la palabra, hizo, repito, el resumen de los debates brevemente, y leyó el cuestionario:

—¿Es culpable la acusada Remedios Vena del homicidio de Napoleón Cornichón, perpetrado la noche del 23 de agosto de 18... en la casa número 20 del callejón de las Mariposas?

¿El homicidio se cometió en riña?

¿La acusada fue agresora?

¿Fue agredida?

¿Estaba ella armada y Cornichón inerme?

¿La acusada fue anteriormente de buenas costumbres?

¿El crimen causó a la sociedad grande escándalo?

¿Causó grande alarma a la sociedad?

El juez se puso en pie y los jurados siguieron su ejemplo para protestar.

El grave acento de Artigales, el silencio del público, la trascendencia de aquellos momentos difundía no sé qué de majestuoso y terrible en la conciencia de los once ciudadanos, y un frío, frío mortal, inexplicable ansiedad, en el alma de Remedios.

Había llegado el supremo instante. Allí, tras de aquella puerta estaban decidiendo de su suerte: o Belén o la calle; pero de todos modos la desgracia, porque ¿de qué sirve la absolución del pueblo cuando no absuelven los padres? ¿cuando no absuelven los amigos? ¿cuando un público inmenso señalará a Remedios, no como una mujer honrada, sino como una procesada escandalosamente conocida?

En la plataforma el desorden era atroz. Juez, defensores, licenciados, curiosos, todos fumaban. Allá abrazaban a Correas; aquí, felicitaban a Guerra, y un grupo hablaba de Remedios, señalándola, mostrándola, adivinando su angustia tras el embozo de un tápalo.

Una hora duraron las deliberaciones; sonaba el Angelus, se encendieron las velas y el público se puso en pie.

¡Cómo latiría el corazón de Remedios!

Se leyó la sentencia.

XIX

Moría la tarde, fundíase la última violeta en el ámbar diluído de ocaso.

Iba a llover y el viento levantaba remolinos de polvo, los pájaros, tendida el ala, se perdían en las frondas con ruidosa algarabía.

El gentío de esas horas precipitaba su marcha al sentir los primeros goterones que se estrellaban en las paredes o dejaban grandes manchas en las losas.

Los vendedores encendían sus farolillos de papel, y los quemadores de gas, como doble hilera de pálidas estrellas, se iluminaban a lo lejos.

Sonaban puertas, se agitaban las cortinas y las palmas benditas en los barandales; barrían el suelo las basuras arrastradas por el viento, y después se desató la lluvia del cielo ennegrecido, lluvia tenaz que repiqueteaba en las vidrieras, chasqueaba en el empedrado y rayaba el espacio con sus opacos hilos de cristal.

Quedaron desiertas las aceras. Oscuras siluetas, mujeres encapuchadas, hombres de prisa, paraguas abiertos se destacaban frente a los escaparates iluminados, para perderse en un zaguán, trepar a un tranvía o doblar las esquinas. Crecía el sordo rumor de la lluvia, dominado por el chorro de ducha de las canales o por la lenta y grave nota del viento que levantaba faldas y arrancaba sombreros.

Los zaguanes estaban llenos de rezagados, que al ver pasar un coche gritaban: ¿Llevas carga? sin que el cochero se dignara voltear.

Los tranvías iban henchidos de pasajeros Con paraguas abiertos en las

plataformas; al fulgor de los relámpagos sin trueno se iluminaban como ancha banda espejeante las calles que comenzaban a inundarse, y en la última claridad del cielo, se erguían crestas de montañas, escuetas ramazones, azoteas, chimeneas y torres de iglesia.

Las calles eran verdaderos ríos, sólo cruzadas por criados de piernas desnudas o ebrios que, envueltos con un solo costal y repegándose a la pared, pasaban cantando en medio del clamoreo de los chicuelos, que locos de alegría, retozaban en el fango. Perros vagabundos y cabizbajos buscaban los umbrales solitarios, y algunos valientes, con el sombrero hasta los ojos, alzado el cuello de los sacos, las manos en los bolsillos y recogidos los pantalones, trotaban, saltando por las bocacalles, causando la más profunda lástima.

Y aquellas calles de Plateros, antes tan concurridas; aquella avenida que con sus rumores fingió una voz de seductor en los oídos de La Rumba, también estaban desiertas, cerrados sus escaparates y apenas si de trecho en trecho una tienda iluminada lanzaba al arroyo su reguero de chispas. Tal parecía que todo se conjuraba parro castigar a la Remedios Vena, cuyo nombre gritaban los voceadores:

—¡El Noticioso con el jurado de La Rumba!

Dos columnas de periódico, llenas de minuciosos detalles, firmadas por Rebolledo. Habían absuelto a Remedios y a don Mauricio y el repórter de crímenes decía que el público había juzgado como injusto aquel fallo.

Don Mauricio, Oronoz y La Rumba callaban en el interior del coche de alquiler como si estuvieran abosortos en profunda meditación, perdida la mirada en los vidrios de la portezuela y viendo al pasar casas de comercio sin marchantes y tenebrosas bocacalles.

Gronoz buscaba con sus pies los de La Rumba, cuyo pensamiento flotaba en los tempestuosos horizontes del pasado y lloraba, sí, largas lágrimas como las que fingían las gotas de agua al escurrirse en el cristal. Volvía a las mismas calles, por ellas había atravesado fraguando la quimera de sus locos

sueños, impelida por la esperanza. Y Cornichón se dibujaba en su mente, no siguiéndola, no estrechándola, sino herido, derribado en el piso, con las piernas abiertas, las manos crispadas, los ojos en blanco y saliendo de su garganta aquel doloroso gruñido que parecía un estertor, y La Rumba temblaba sin poder contener aquel inmenso dolor de haberlo matado. La habían absuelto, pero ella no se absolvía: recordaba haberle deseado la muerte al barcelonete, y sí, una voz sorda se lo decía en su interior, ¡era asesinal!

¡Quién al ver cruzar por las calles solitarias aquel desvencijado vehículo hubiera sospechado que encerraba a la popular procesada! ¿Quién podía suponer que estaba triste?

La lluvia se calmaba; manos extendidas salían de los zaguanes; en las esquinas se agrupaban centenares de personas que reían cuando alguien se atrevía a cabalgar sobre las espaldas de un cargador, porque no era posible atravesar a pie las calles anegadas de bote en bote.

El cenagoso oleaje penetraba a las puertas bajas, y para arrojarlo bombeaban aquí, exprimían jergas y escobeteaban allá, y más lejos se servían de cajas de sardina o cubos de lata.

El coche seguía avanzando y Oronoz quería entablar conversación, pero nadie le respondía.

¿Qué hacer? Mis padres en Zimapán; Guadalupe fuera. ¿A las Mariposas? ¡Imposible! ¿Dónde ir? ¿Con don Mauricio? No, no. Juraba no volver a las andadas, pero, ¿dónde pasaría la noche?...

—Remedios, yo creo que por lo pronto debía usted ir en casa del padre Millicua, mientras arreglamos otra cosa...

Don Mauricio había respondido a la interior pregunta de la muchacha.

Sí, sí, en casa del padre Millicua, y no volvería a salir de ahí jamás, aunque la persiguieran, porque la suerte parecía querer precipitarla y, ¿quién lo

dijera? hasta arnoz, cuyos ojos de sátiro veía relumbrar en la sombra. ¡Qué canalla es el hombre! Y volvía Cornichón a aparecérselo, y para olvidar su imagen fijaba la vista en las casas que pasaban o en la iluminación intensa de una botica que prendía en los charcos un mosaico de chispas de colores, un ardiente riel de intensas claridades; pero no, no podía olvidarlo... y la faz contraída del herido parecía asomar en todas partes y tras ella un grupo: su padre, su madre, sus hermanos, la Gogol, Guadalupe, personajes de su drama que se confundían en su memoria como esos fantoches hacinados en el foro después de la comedia; le pedían cuenta de sus actos, lloraban unos, reían los demás, y los días azules de otra época, ¡oh recuerdos cómplices! La calma del hogar, la ilusión del primer afecto no embellecían, no ponían una nota consoladora en el cuadro, sino que acentuaban el contraste y recortaban con más intensidad las deformidades del pasado.

Iban a llegar y el corazón de la infeliz muchacha latía hasta romper su pecho. Mojábanse sus ojos en lágrimas y presa de temor murmuraba, ¡Me voy a volver loca! Al doblar la esquina del callejón de Los Tecolotes se oyó la gritería de unos muchachos: ¡Ya están ahí! Y al pararse frente al tenducho una música de viento estalló en una diana y La Rumba en un sollozo.

—¡Vecino!

—¡Querido don Mauricio!

—¡Peláez apreciable!

—¡Amigo mío!

—¡Patrón!

Y las exclamaciones salían de todas las bocas. Don Encarnación tiraba su puro, el ajedrecista empujaba y el ínclito Borbolla, con los ojos humedecidos, estrechaba en sus brazos al asturiano, que no podía responder embargado por la emoción.

—¡Francizquilio! —y al decirlo con una voz salida del alma, no pudo más y

como un niño se desató en llanto besando la cabeza rapada del muchacho.
—¡Franciszquillo!, qué ganas tenía de verte!

—¡Qué viivaaa! —gritaban los ebrios, en tanto que la música seguía tocando la diana y La Rumba era consolada por el de la Municipal que le decía:

—¡Está usted empapada, hija! —y la llevaba al fondo de la trastienda para ocultar a la curiosidad profana su sincero dolor. aronoz se erguía saludado como un salvador, y afuera, en la plazuela, el aguacero producía su constante correr de oleaje.

—Copas, copas, copas —veciferaba el ajedrecista, y era tal el tumulto que apareció en un balcón de la casa la silueta enorme del padre Millicua.

Los gritos, los brindis, los aplausos, ¡cómo resonaban en el silencio de aquella plazuela solitaria!

Ni una luz en las casas, ni un rumor en el empapado chopo.

Las puertas del tenducho se cerraron, fuése el coche y a su vez se alejó cargando su mesilla el vendedor de hojas.

Mauricio quedó en familia y momentos después Oronoz salió a su vez murmurando:

—¡Se me escapó!

Muy tarde el ínclito Borbolla y don Mauricio llamaban al zaguán de la casa cural, y Remedios los espiaba por la entornada puerta del tenducho.

Era la misma plazuela, negra, sucia, maloliente. Un cuarto de luna anémica tras nubes delgadas, bañaba el conjunto con mortecina luz que fingía fosforescencias en la iglesia, cuajaba de chispas al chopo escueto y prendía pálidos fulgores en las comisas.

Era la misma plazuela; pero no correteaban sus hermanos jugando al toro,

no había niñas en las escalinatas, no sonaba el arpa del aguador, y las puertas de la herrería estaban cerradas y en la pared blanca se iba borrando el rótulo "Herrería" y aquellos dibujos de una cama y de un barandal. Era La Rumba, pero era una Rumba airada que parecía cerrar sus hogares para no dejarla entrar, una Rumba más triste que otras veces, una Rumba que la odiaba...

Sólo allí enfrente brillaba el balcón del cura junto a la iglesia derruida y la tapia musgosa y desmoronada del cementerio sin tumbas...

—¿Qué dice? —preguntó con ansiedad cuando llegaron don Mauricio y Borbolla...

—Vámonos —le respondieron. Cruzaron la desierta plazuela y ya en el quicio de la puerta:

—¡Adiós, Remedios!

—Adiós, don Mauricio, que pase usted buena noche.

—Adiós, y cuidado con volver...

—Ah, señor Borbolla, nunca, nunca he de querer ya parecerme a las rotas.

—¡Dios lo haga!...

Y la muchacha se perdió en las sombras del patio, sombras quizás protectoras y no cómplices.

